

ÁNGEL CURA

AMARA SOFÍA



Ángel Cura

AMARA

SOFÍA



Primera edición: diciembre de 2019

©Grupo Editorial Max Estrella

©Editorial Calíope

©Ángel Cura

©Amara Sofia

©Diseño de portada: Alex Dmental Designs

ISBN: 978-84-121289-4-9

Grupo Editorial Max Estrella

Calle Doctor Fleming, 35

28036 Madrid

Editorial Calíope

editorial@editorialcaliope.com

www.editorialcaliope.com

PRÓLOGO

1 PRESENTE

2 PASADO

3 PASADO

4 PASADO

5 PASADO

6 EL SUEÑO (PRIMERA PARTE)

7 PASADO

8 PASADO

9 PASADO

10 EL SUEÑO (SEGUNDA PARTE)

11 PASADO

12 EL SUEÑO (TERCERA PARTE)

13 PASADO

14 EL SUEÑO (CUARTA PARTE)

15 PASADO

16 PASADO

17 PASADO

18 PASADO

19 PASADO

20 PASADO

21 PASADO

22 PASADO

23 PASADO

24 PASADO

25 PASADO

26 PASADO

27 PASADO

28 EL SUEÑO (QUINTA PARTE)

29 EL SUEÑO (SEXTA PARTE)

30 PRESENTE

31 PRESENTE

32 PRESENTE

33 PRESENTE

34 PRESENTE

35 PRESENTE

36 PRESENTE

37 MESES DESPUÉS

ADDENDA (PRESCINDIBILE)

PRÓLOGO

Amara Sofia estaba desde hace tiempo frente a la nada, su asombro no tenía límite ante la profundidad y lejanía que la nada presentaba. Sofia miraba con insistencia hacia un punto desconocido.

Anteriormente quiso entrar en contacto con ese misterio, pero todos sus intentos fracasaron. La nada permanecía estática e inmutable. Amara le gritaba pero no atraía su atención; le hablaba y la nada no oía. Sofia le preguntaba y no respondía; la acusaba, no había defensa; le bromeaba, no reía; le lloraba, no era consolada; Amara era feliz, la nada no era empática. Furiosa, Amara la insultaba, no era reprendida. La nada fue indiferente y Amara fue ignorada.

Alguna vez recibió mínima respuesta, sí puede decirse así, del mundo de la nada. Parecía que por fin aquella dimensión, escuchaba sus palabras, sin embargo, la certeza fue cada vez más lejana. Un día alguien de ahí la cobijó, ocupándose de ella. La alimentó, le puso colores y vestidos hermosos para mostrar su existencia al mundo de la oscuridad. Ya hacía mucho tiempo de aquello.

Amara Sofia intentó regresar al mundo de la nada, para que ese universo escape de la vida oscura e indiferente, pero siempre recordaba la frase regalada el último día: “Te necesitan más donde estás”. Tenía miedo de sí misma y de su alrededor en el mundo de las sombras, cuando regresara ahí; temor de perderse en el vacío de la existencia sin luz.

El día en que perdería el miedo estaba cerca, lo entendería tarde o temprano.

Presente

Amaneció en el horizonte triste de los sentidos. El ruido del despertador resonó en las paredes blancas de la habitación. Amara giraba entre las sábanas tratando de acallar el sonido del aparato. Deseaba dormir más. De costado vio de reojo el molesto reloj, estiró la mano tratando de detener el insoportable sonido. Logró apagarlo. Siete de la mañana. A los cinco minutos sonó de nuevo. La muchacha dio un manotazo, la fuerza de la acción tiró al suelo el objeto. El escándalo terminó.

Cubrió su rostro con las sábanas para ocultarse del sol que se filtraba en la ventana. Bostezó largamente. Era tarde. Los pesados parpados hacían las cosas difíciles. Empezó una guerra entre el esfuerzo de la responsabilidad y el placer de seguir durmiendo. Sin más opción, desenvolvió su cuerpo y somnolienta fue al baño. La ducha de agua fría terminó de despertarla. Agujas heladas y transparentes caían sobre la blanca piel, los ojos azules se abrieron a la realidad y los hombros recibieron de nuevo las pesadas angustias.

Amara logró ayer salir de la caja del miedo. Voló como águila hacia la libertad. La alegría del atrevido paso fue incontenible. Habló a su amiga para compartir la liberación de su alma al infinito. Era ella misma por primera vez.

Con la bata rosa puesta se acercó al tocador. Sentada, cepilló su largo cabello rubio. Miraba al espejo. Experimentaba ser otra, cambiada y nueva; o al contrario era *ella* sin cambios y máscaras. Los minutos iban muriendo tras el tiempo. Las clases comenzarían pronto.

Sofía realizó un gran esfuerzo para ingresar a la Universidad. Sus notables calificaciones le permitieron tener la beca, así no tenía tantas preocupaciones. Fue admitida en la Universidad de México. Una vez matriculada vivió la carga de los estudios, fue absorbente. La chica lo sabía muy bien. Estudiar Filosofía y Letras lleva esos riesgos.

Desde la preparatoria tuvo la inquietud de estudiar esa licenciatura, sumergida como estaba en la lectura de obras literarias y de filosofía. Lamentablemente casi todos los textos presentaban una llana historia de la filosofía, ella aspiraba a vivir y hacer filosofía. Por más que buscó no encontró algún libro para “practicar filosofía”. Reflexionar fue un nuevo hábito en la vida de Sofía.

Dejó el cepillo y se puso jeans grises de cadera, blusa azul con mangas. Acomodó la mochila de correa cruzada color negro sobre el hombro izquierdo. Bajó ágilmente a la sala por las escaleras de caracol. El primer piso estaba habitado ahora por la soledad palpitante, impregnada en el ambiente, y pensó “Así podría estar siempre”. Abrió la puerta del apartamento, miró el solitario corredor que llevaba a las escaleras y elevadores del edificio. Respiró el aroma del nuevo día recién abierto para ella. Se dirigió a tomar el metro.

La vida llegó a ensombrecerle el espíritu. Buscaba un escape, éste era lejano y oculto. Gritaba en la oscuridad para llamar la atención. Mitigaba la tristeza con palabras propias llenas de lástima y resignación. Dedicaba el tiempo a los pensamientos abstractos y lejanos, es decir, fantaseaba despierta. Siempre se asombró de no morir atropellada o caer en alguna alcantarilla en la calle. Recordó la ocasión en que pareció encontrar el amor, resultó espejismo decepcionante. Una historia reciente, pero bastante lejana ahora. Aquella experiencia hizo abrirle los ojos a la realidad. Aún quedaban varias cosas pendientes.

Entendió entonces que las cosas no siempre son como aparentan. Uno preguntará cómo no se aprende de esa frase, si la sabemos de memoria, mas siempre confiamos, es ahí donde nos dañan. La paz y el amor es fruto de la guerra. Lo difícil es empezar el camino, continuarlo y terminarlo recae en otras causas. Ella juntó las piezas de su alma despedazada y reestructuró el sentido de su existencia.

Llegó a la Universidad con el tiempo justo para la primera asignatura del día, caminó por el pasillo blanco que siempre le daba la bienvenida, en medio del jardín. Aceleró el paso para llegar al salón. No le gustaba llegar tarde a ningún lugar. Estaba tan preocupada por conservar el registro perfecto de asistencia, la beca valía cada esfuerzo.

Entró del *campus* a los salones. El tercer piso era donde impartían las asignaturas de su grado. En los pasillos oyó una voz conocida: “Amara”. Miró a quien le llamaba. Reconoció al instante aquel rostro sonriente. Era Carmen, su amiga incondicional. Amistad surgida por accidente.

—Siempre caminas a prisa —dijo Carmen—, traté de alcanzarte y no pude. Si continúas así algún día caerás en algún agujero.

—Si caminaras más rápido —repuso Amara con una sonrisa—, no tendrías que correr.

—Tu típico humor del asco está de vuelta —sonrió su amiga—, tú siempre preocupada por llegar temprano y cumplir con todo.

Puso su mano en el hombro de la rubia. —Ve vaciando esa cabeza —le dijo, tocándosela y sacudiéndosela levemente mientras le hablaba. —Mucho pensar y cumplir puede dejarte loca —añadió sonriendo.

—Genial, seríamos dos —repuso Amara, ambas rieron.

Carmen Tamarían es compañera de clases de Amara, se conocieron en el primer semestre de la licenciatura, hace tres años. Carmen posee espíritu inquieto y travieso. Es aventurera, los peligros son sus atracciones favoritas. Si fuera a una exposición de armas peligrosas, Carmen sería la primera en usarlas. Definitivamente, las cosas peligrosas la prefieren a ella. Su cabello es castaño y corto. Ojos cafés claros y vivaces hacen de ella la persona más despierta y observadora del salón de clases. Nada, pero nada se le escapa, incluso sería la primera en ver el agujero donde caería Amara. Además, le gusta repartir a todos una sonrisa, no todo es preocupante en ella. Es de pequeña estatura y alma grande. Delgada figura, morena clara, parece frágil, pero carga fortaleza en su carácter. Juega fútbol, su pasión. Poner el mundo de cabeza es otro de sus pasatiempos.

Amara Sofia Márquez, por el contrario es alta, también es simpática y alegre pero introvertida, lo necesario para no morir en este mundo. Sus ojos de un azul claro tiñen de dulzura y amabilidad su rostro. Su piel blanca refleja sin distorsión la luz del sol. Requiere mucho esfuerzo para expresarse. El silencio es la mejor arma que tiene para salirse de cualquier problema. Un largo cabello cubre su cabeza, y “oculta sus ideas” dice Carmen refiriéndose a la discreción con la cual Amara comenta sus pensamientos.

Eternas horas de clase transcurrieron, el timbre de salida terminó con la tortura de los discursos interminables de los catedráticos.

—Los profesores deberían estar en un frasco de formol para estudiarlos y saber por qué son tan cuadrados —comentaba Carmen con sarcasmo acerca de sus maestros. Sofia le respondía con una sonrisa, también pensaba lo mismo, pero no lo decía, por lo menos no en ese momento.

El maestro de Historia, ya cargado de años había dirigido una letanía onomástica a los alumnos. Empezó por Sócrates, pasó por Descartes, siguió con Kant y terminó quejándose por el incremento de las bolsas para mujer “Chener” que tanto le gustaban. No pregunten la razón, puede ser que carecía de recursos para regalarle una a su mujer.

—Por eso, chicos —concluyó la monofónica lección—, nunca compren una bolsa en el mercado. Compran los de la marca ‘Chener’, de calidad y a buen precio.

—¡Por todos los árboles genealógicos! —saltó Carmen en su asiento—, ¡ya tengo otra cosa para comprar!

Metió la mano en su mochila y sacó una pequeña libreta verde.

—¿No hablas en serio, ¿verdad? —volteó a verla Amara desde el pupitre, más alarmada que sorprendida.

—Claro que no, mira —Carmen le mostró el rótulo de la libreta: “Ocurrencias y otras pendejadas. Volumen IV”.

—Estás exagerando... ¿cuarta parte? Creí que ya habías acabado con esa locura. ¿Vas a escribir todo lo estúpido que oigas? —preguntó atónita Amara.

—Claro, ya son cuatro libretas desde el primer año. De hecho, a ésta le quedan pocas hojas. Ten por seguro la edición especial —la chica reía por su obra mientras pasaba las hojas.

—Me gustaría saber lo mucho que ya escribiste —rio.

—Hay muchas frases tuyas —dijo Carmen a Amara.

—¡Por un demonio! ¡Deja de hacer eso! —replicó indignada Amara.

Terminada la clase de Historia, era la última hora, fueron a casa. Le acompañó Carmen, subieron al metro como de costumbre. Entraron al vagón de mujeres.

—En ocasiones —dijo Carmen—, quisiera tener un auto, pero bajo las circunstancias poco seguras y el tráfico enloquecedor, prefiero seguir en el metro.

—No puedes ni pagarte la universidad y haces planes con un auto ficticio —le respondió Amara.

—Cualquier sueño es digno de seguirse —dijo Carmen.

—Difiero en eso —repuso Amara—, a veces son peligrosos.

Descendieron estaciones más adelante, se despidieron y tomaron rumbos distintos.

La rubia caminó a casa. Llegó, al edificio. Subió y abrió la puerta del apartamento, estaba sin llave. Entró con sigilo a la sala. Escuchó ligeros pasos acelerados, cadenciosos, parecían buscar algo para poder escapar... y nunca volver. Identificó quien era y arrojó la mochila en el mueble. Su ánimo y su semblante cambiaron de inmediato. La tristeza los surcó.

Una delineada silueta femenina bajó entonces por las escaleras, las miradas se cruzaron. Era Tima su hermana menor, volvía por el resto de sus cosas.

Al ver a Sofía, Tima inclinó la cabeza. Le pesaba verla de nuevo. Llevó las prendas que tenía en las manos a la maleta, colocada encima de la mesa del comedor. Pasó junto a Amara. Contraste evidente, los humores eran tensos. Tima tiene cabello negro sobre la espalda, fleco al frente, ojos grises claros. Ahora viste blusa negra, manga larga, botones y jeans grises. La misma estatura que Sofía, la cara triste y sombría. Piel clara, así era Tima.

Metió las cosas rápidamente en la maleta negra, mientras decía.

—¿Me vas a pegar otra vez?

—Perdóname Tima —dijo Amara—, no te vayas otra vez.

—Tengo razones para hacerlo —respondió su hermana sin mirarla. Con la maleta a rastras, se dirigió a la puerta de su habitación. Amara la siguió hasta ahí. En el lugar desordenado le volvió a hablar:

—Tima no te vayas —hubo silencio—. Hazlo por mamá —suplicó Amara.

—Por ella me voy —contestó triste Tima. Salió de la habitación con un cajón, Sofía la siguió de nuevo hasta la maleta del comedor.

—Compréndeme —insistió la rubia—, estamos solas ahora.

—No puedo quedarme —dijo casi inaudiblemente—. No puedo.

—Esto es difícil, pero debemos estar más unidas —le quiso tomar de las manos.

—Lo siento —concluyó Tima, cerró la maleta. Caminaron hacia la puerta, Sofia la agarró del brazo.

—Dime aunque sea dónde estás — quería retenerla.

—Está bien, estoy en el hotel Hidalgo, en Zaragoza 248 Av. Rentería —le dio una tarjeta—. Aquí está el número.

—Claro —Amara la tomó—, te hablaré —la puso sobre la mesa. Tima avanzó con la pesada carga a la puerta.

—Infórmame cuando puedas como sigue mamá, por favor —dijo Tima mirando por última vez a su hermana.

—Lo haré —antes de dejarla ir, le rogó—, prométeme que regresarás.

—Te lo prometo —Sofia apretó las manos de Tima.

—Cuídate —se limitó darle un beso en la mejilla derecha. Tima no pudo contener las lágrimas. La cascada fue abundante.

—Tú también —contestó con la voz entrecortada.

Tima arrastró la maleta hasta el elevador. En la calle, acompañada por Sofia, detuvo al primer taxi y subió. Se despidió de su hermana con la mano temblorosa, el miedo había hecho nido en Tima. El chofer subía la última carga en la cajuela delantera del “escarabajo”. Tima se marchó en el bólido verde. Amara observaba la calle llena de vehículos yendo en la misma dirección. Nadie las veía en ese momento.

Pasado

En una mañana de septiembre, Amara lo conoció. Desde el primer momento le impactó su elegancia y su físico. Era atlético, fanático de los deportes. Practicaba la natación y el fútbol. Estaba inscrito en todas las competencias, siempre ganaba los primeros lugares. Apenas recién llegado de las costas del Golfo de México, ya había manifestado su presencia. Además de su cuerpo, a Amara le atraían sus ojos verdes. Quedaba hipnotizada con sólo mirarlos. Para ella, el mundo terminaba en esos profundos abismos esmeraldas. Deseaba acariciar el cabello corto castaño de su amado. Eran como pastizales de tierras vírgenes aún sin cultivar, habitados por la brisa de la mañana. Admiraba su cortesía y delicadeza cuando trataba con la gente. Era diferente a los demás. Su nombre incluía todas sus cualidades: Arturo. “No le cae mal el nombre” señaló Amara en una ocasión para sí. “Sigue pensando en él y pronto tendré que levantarte del suelo” contestaba Carmen con sarcasmo. Era difícil sacar a Amara de sus frecuentes divagaciones. Éstas eran el continuo obstáculo impasable para Carmen. “Algún día se le acabaran” se hacía ilusiones ella misma.

—¿Ya lo viste? —preguntaba Carmen a Amara respecto al nuevo chico.

—Sí, ¿no te parece guapo? —contestó sonrojándose.

—Vamos a preguntarle su nombre para averiguar la clase que toma —Carmen la tomó del brazo.

—No, no, espera —se soltó—, prefiero verlo de lejos.

—¡Vamos! No seas tímida. Si sigues así nunca encontraras novio. Además, no perdemos nada —la jaló con más fuerza.

Antes de llegar frente al esculpido chico, ellas percibieron que estaba acompañado. Con él estaba otra mujer. La “mujer de sus pesadillas”: Deniseye.

—¿Qué está haciendo ese demonio ahí? —pensó en voz alta Carmen.

—Sólo huele hombres y aparece —completó Amara. —Es una depredadora, los come vivos y luego los escupe —la ira causó ebullición en ella rápidamente.

—Deberíamos escribir una nueva leyenda: “El demonio come hombres” —inició Carmen con su burla habitual.

—¿Cómo empezaría esa leyenda? —Sofía siguió el juego. Normalmente le diría a su amiga que parara, sin embargo, hoy quería desquitarse de esa bruja, aunque fuera en su imaginación.

—Hace tiempo tengo varias ideas. Recientemente las escribí...

—¿En el libro de las pendejadas? —interrumpió Amara sin disimular la curiosidad.

—No, en mi libro de cuentos —respondió su amiga de cabello corto castaño.

—¿Tienes un libro de cuentos? —la sorpresa de Amara creció.

—Sí, el libro no está concluido, pero el relato sí —confesó apenada Carmen.

—Algún día yo escribiré uno —aseguró Sofía.

—¿En serio? —la sorprendida fue Carmen—. ¿De qué va a tratar?

—Sobre los cuentos que mi papá nos contaba a mi hermana y a mí —dijo la rubia—. Muchos no los recuerdo bien. A pesar de eso confío en que arreglando las cosas con mi hermana, ella me

ayudará. Tima recuerda letra por letra cada uno de los relatos. A mí me gustaría escribirlos.

—Vas a ser una escritora famosa —Carmen animó a su amiga.

—Ja, ja, ja. —la sonrisa brotó de los labios de la rubia. —Lo único que quiero es no olvidarme de esos cuentos, me recuerdan a mi papá —ambas se abrazaron dándose un beso en la mejilla y retornaron a la realidad. —Bueno ¿me vas a contar la leyenda del demonio?

—Ok, ya voy —las amigas miraron a ver al demonio nalgudo que todavía seguía con Arturo. — Bien hay minutos para contarlo —Carmen sacó de la mochila gris una libreta de bolsillo de cuero café.

—Vaya —Amara dejó salir su asombro—, me sigues sorprendiendo amiga, eres escritora de tiempo completo.

—Estoy en todo momento preparada —aseguró Carmen—. Muy bien te contaré la historia, amiguita. Prepárate porque después del relato nunca más podrás dormir tranquila.

Tomaron asiento en las mesas de la cafetería. Arturo estaba en la mesa frente a ellas, junto a él: Deniseye. Aclarando la voz, Carmen, inició el relato:

EL DEMONIO DE LA MONTAÑA DE GRIMER

“Luego que los seres de la oscuridad fueron desterrados de la Zona de Claridad, los demonios habitaron las Montañas Negras en la región aledaña de Grimer. Todos los habitantes en aquella lejana tierra se resignaron a la presencia de los desagradables engendros que entonces moraron entre las rocas.

“Por las tardes el cielo se convertía en un lugar aterrador. Los demonios salían de sus escondites para elevar el vuelo en busca de comida por las zonas lejanas de las montañas. Acercarse al pueblo lo tenían vetado. Enmarcados por la luz naranja del atardecer, las siluetas aladas de los seres de la oscuridad atravesaban el horizonte. Cada demonio era de un color particular y muy llamativo: desde los intensos rojos hasta los pasivos verdes. Sus largas colas terminadas en punta, mantenían el cuerpo en equilibrio, estiradas de tal manera a todo lo largo. El feo aspecto de aquellos despreciables vecinos causaba miedo entre la población.

“Las aterradoras puestas de sol eran vividas por los pobladores, dentro de sus casas. Los padres de familia ocultaban a sus hijos bajo sus techos, de la vista de esos malvados seres. Los niños volvían a salir hasta la mañana siguiente, ya que los demonios se protegían del sol en esas horas.

“Los animales eran guardados en los establos con la misma rapidez del sol cuando se ocultaba, y terminaban el día amarrados o encerrados en sus jaulas o corrales. Así, los dueños evitaban que sean alimento de los monstruos.

“Todo este escenario permanecía rodeado por las Montañas Negras. Los anocheceres y amaneceres marcaban un intermedio en la situación de todos los días: tanto demonios como el pueblo entero permanecían, según fuera el caso, en la protección que les brindaban sus respectivos lugares. Los engendros aparecerían hasta el atardecer siguiente, y los hombres muy temprano al amanecer. La convivencia era muy extraña. Ambos evitaban convertirse en víctimas, unos de otros.

“Los grimerinos siempre tuvieron curiosidad por saber cuál era el alimento de los demonios. En una ocasión, con el sol ocultándose, las familias de unas casas contiguas oyeron un ruido afuera, junto a sus paredes. Algunos se asomaron para ver el objeto extraño que escucharon caer. Imaginaron diversas cosas, mas todos confesaron, cuando pasaron los hechos, que el sonido les

pareció de una res cuando se despeña.

“Los atrevidos miraron a través de sus ventanas, atónitos reconocieron el objeto: en el suelo yacía la mitad superior de un cuerpo femenino desnudo. El terror aceleró los nervios de los vecinos. Casi todos cerraron sus cortinas para dejar de ver aquel siniestro espectáculo. Unos pocos continuaron mirando.

“El cuerpo fue cercenado, de forma irregular, por el abdomen. Las entrañas salían lentamente. La piel de los pechos de la infortunada mujer mostraba salpicaduras de su sangre. Los observadores concluyeron que el origen de las heridas fue provocado por mordidas. El demonio comió lentamente las extremidades inferiores mientras ella gritaba de dolor. La mujer murió con los ojos y la boca abierta. Observó al demonio devorarla. El corazón se detuvo cuando fue insoportable el dolor, además hubo pérdida abundante de sangre. El rictus de sufrimiento, tortura y desesperación era evidente entre el revoltijo de cabello lacio y negro, encima del rostro.

“Los curiosos permanecieron viendo el medio cadáver hasta percibir un ruido de alas. Era el asesino que vino a recogerla. La sombra, apenas visible del demonio amarillo se hizo más pequeña en el suelo. El monstruo tomó con sus grandes garras de los pies, el resto del cuerpo para llevárselo. La sangre seguía goteando de la herida gangrenada cuando el tenebroso ser emprendió el vuelo. Desde ese momento, nadie más asomó la cabeza por las ventanas pretendiendo espiar para conocer las costumbres demoniacas de sus vecinos.

“Los años se sucedieron unos a otros hasta completar una década. El decimocuarto día de la segunda semana del mes quinto, en el año ciento sesenta menos setenta multiplicado por dos más cuarenta y siete, los seres de la oscuridad abandonaron las Montañas Negras. Un tumulto de miles de engendros alados cubrió el cielo. Los habitantes de Grimer no entraron en confianza por el hecho, ellos creían que era una trampa para comérselos a todos.

“La precaución duró seis largos meses. El pueblo empezó a convencerse de que los demonios jamás volverían. Los más jóvenes permanecieron afuera más tiempo de lo acostumbrado. Las tardes eran nuevas para ellos. Querían disfrutar del placer de ver el atardecer robado por esos monstruos. Pocos se atrevían a seguirlos. Transcurrieron semanas antes de que muchos se unieran a los rebeldes rompiendo la costumbre. Luego de un largo tiempo, el pueblo entero decidió salir de su encierro obligado.

“Todos dejaron de sentir miedo. La paz por fin reinó en la región de Grimer. Hombres y mujeres visitaban los campos, arreaban ganado, separaban leña y preparaban los arados. Las tardes volvieron a ser el placentero fin del día. Ya nadie se acordaba de la década de los demonios.

“Los juegos infantiles volvieron a invadir los espacios abiertos, especialmente en las zonas baldías alejadas de las casas. Niños y niñas perseguían a sus animales criados en casa: perros, gallinas, cerdos, gatos y algunos pollitos. Entre las carreras y risas, un día unos pequeños se alejaron del lugar permitido. Iban detrás de un cerdito rosado y gordo, llegaron hasta la parte posterior del poblado.

“Cuando alcanzaron al animalito, vieron un claro en el bosque, sembrado de césped y escondido por unos árboles grandes y frondosos. Caminaron un poco más, entonces hallaron una casa, blanca desde los cimientos. Parecía habitada. Alrededor tenía un bello jardín, las flores estaban acabadas de regar. Era la única construcción con vegetación en la zona. De inmediato los niños avisaron a los vecinos.

“Al principio no les creían. ¿Desde hace cuánto tiempo estaría la casa en las afueras del pueblo? y una pregunta más intrigante: ¿quién viviría ahí? Las preguntas se multiplicaron, mas las respuestas no llegaron, por el momento. Se formó un grupo de hombres para averiguar la identidad

de los raros vecinos. Visitaron el claro, comprobaron la existencia de la casa. Sin embargo, prefirieron averiguar en otro momento porque la tarde acababa para dar paso a la oscuridad. El grupo dio media vuelta para dirigirse hacia Grimer, pasó desapercibida la luz que se encendió inmediatamente dentro de la casa.

“Esa noche se desató una tormenta de proporciones apocalípticas. El cielo caía o el infierno subía. Relámpagos y truenos estremecieron el pueblo. Desde el reinado de los demonios ni una tormenta había producido tanto caos. Las flechas luminosas se estrellaban estrepitosamente en el suelo, los árboles quedaban calcinados.

“La tormenta cesó al amanecer. Ese día, muy temprano los jefes de familia salieron para calcular los daños. Sólo encontraron vegetación quemada y árboles incinerados desde la raíz. Lo extraño era el espacio ocupado por la arboleda muerta: estaba a las afueras del pueblo, en dirección a la misteriosa casa blanca. A partir de ese momento los grimerinos vetaron esa zona. El paso quedó prohibido.

“Ese mismo día, a las diez de la mañana hizo aparición una mujer alta, bella y de piel blanca. La extraña recorrió el mercado, parecía que conocía el pueblo desde hace años. Ataviada con immaculado vestido, cubriéndole los tobillos, iba sonriendo a todo el mundo. Platicaba con las mujeres consumidoras y vendedoras. Dijo llamarse Luz. Nadie la había visto antes.

“Los hombres eran los menos despreocupados en saber el origen de la mujer. Jóvenes y viejos entablaron conversación con ella. Ellos eran sus predilectos, las mujeres del poblado pronto se dieron cuenta de las intenciones de la intrusa. Luego de visitar el mercado, sin comprar algo, desaparecía. La volvían a ver en el amanecer. Así todos los días.

“Cuatro semanas después, las esposas celaron a sus maridos por la cercana presencia de esa mujer. La apodaron ‘La mujer de la Tormenta’. A la misma velocidad con que cae la gota de lluvia al suelo, ella adquirió mala fama. Las mujeres, incluso las jóvenes, aseguraban que era la nueva prostituta del pueblo. La dueña del prostíbulo desmintió esa afirmación diciendo que nunca había visto a Luz en su vida.

“El misterio de Luz fue haciéndose más oscuro. Ella ocultaba su lugar de origen. Nunca hablaba de su familia ni la manera como llegó a Grimer. Siempre contestaba: ‘La tormenta me trajo’, respondía a los ancianos; ‘Bajé con la lluvia’, decía a los niños; ‘Un rayo me abandonó’, respondía a las mujeres. No obstante, la frase cambiaba por completo con los hombres: ‘Soy Luz, aun así, me da miedo la oscuridad. Alguno de ustedes puede ser buena compañía’.

“Fue la gota que desbordó la lechera. Los problemas llegaron pronto. Las mujeres desconfiaron por completo de la extraña. Ni la gentileza podría salvarla de las hembras que despotricaban. Las esposas corrieron el rumor de que Luz era un ser diabólico salido del infierno para acostarse con los hombres, castrarlos y comerse su miembro. Los niños aseguraban haberla visto con los ojos rojos llenos de ira. Los maridos, para lavar su honra, mentían diciendo que ella los invitaba al lago cercano a bañarse juntos. Estas acusaciones, entre muchas otras, consternaron a Luz.

“La trataban como basura. Ninguna grimerina la bajaba de perra. Luz lloró todos los días sin consuelo. La última vez que fue vista en el mercado recibió de las pueblerinas, una lluvia de tomates que le mancharon el vestido immaculado. Huyó lo más rápido permitido por sus piernas. Los niños la persiguieron, tirándole piedras, hasta el escondite detrás de los árboles de ceniza. Para sorpresa de los pequeños, Luz entró a la misteriosa casa blanca. Asustados fueron a decírselo a sus papás, quienes apenados fueron a pedirle disculpas a las puertas de la casa. El enigma del habitante por fin fue resuelto.

“Las mujeres reclamaron a sus maridos el atrevimiento. Entonces sonaron fuertemente las

campanas del templo. El cura convocó a la gente, les recriminó la actitud grosera con que trataron a la chica. Las mujeres lloraron, incluso pidieron confesarse por su gran pecado.

“Luz salió al día siguiente. En el mercado habló con las mujeres, éstas quedaron conmovidas con sus palabras. Pidieron perdón por su comportamiento. La misteriosa chica fue bienvenida de nuevo. La normalidad regresó a Grimer, pero por la tarde la calma se rompió.

“Las ancianas, que visitaban la iglesia para orar al atardecer, encontraron el cuerpo sin vida del cura, boca abajo y frente al altar. El autor y el motivo del asesinato eran desconocidos. La forma de la ejecución fue cruel: decapitación. El pánico retoñó en Grimer como en el reinado de los demonios. La cabeza del sacerdote nunca fue hallada. Lo enterraron como pudieron, sin ritos sacramentales ni misa, y mucho menos con una bendición. Él recién difunto era el único capaz de invocar a Dios.

“Los grimerinos volvieron a ocultarse en sus casas al caer el crepúsculo. Durante las penosas horas de duelo nadie se percató de la ausencia de Luz. En la madrugada concluyó la tragedia para el pueblo: la iglesia quedó abrasada por un fuego desconocido. Al despertar Grimer ya era un montón de ruinas. Aquella triste mañana Luz continuó desaparecida. A los grimerinos les eran inexplicables esos sucesos, y más aún averiguar quién sería el culpable. Esa misma noche unas luces extrañas dieron vueltas en el oscuro cielo del pueblo. Alguno dijo: ‘Esto es sólo el principio’.

“Dos noches después, apareció el cuerpo sin vida del encargado principal de las caballerías del habitante más rico del pueblo, para variar: decapitado. En esa ocasión la oscuridad trajo una nueva y terrible tormenta. Los vientos sacudieron todo a su paso. Filtrado, entre el sonido del agua y el estruendo de los rayos, Grimer escuchó el gemido de dolor de una mujer, que cesó junto con la tormenta.

“Los días pasaron y más cuerpos de hombres sin cabeza aparecieron. La distinción para ellos no existía: jóvenes y adultos habían sido víctimas del ‘Asesino anónimo’. Los pobladores vivían en niebla de espanto. Las mujeres iban quedándose solas, sin alguien que las protegiera. La muerte que más consternó al pueblo fue la de un niño. El cadáver fue hallado fuera del mismo, en la ‘Región Prohibida’, degollado. Enterraron los restos. Al anochecer, cada familia, o lo que había sobrevivido de ella, cerraba sus puertas con llave y apagaba las luces para que no fueran vistos.

“A partir de la muerte del menor aparecieron despojos sin alma de muchachas jóvenes descabezadas. La plaga continuó con las niñas y los niños, por último, los ancianos. Mucha gente recurrió al suicidio para salvarse de la exterminación. Ni un alma salía de su casa, evitaban ser presa del ‘Demonio de los alrededores’ como renombraron al desconocido monstruo.

“Los casos inexplicables parecían no terminar. Los bebés comenzaban a desaparecer de los hogares. Decenas de niños estaban siendo arrebatados de sus cunas. El único aviso del secuestro era el arrullo misterioso junto a las cunas antes de oír llorar a su hijo. Cuando iban por el bebé, éste ya no estaba.

“La psicosis se propagó como fuego en aceite. Las mujeres se culparon unas a otras de robo. Hubo tres casos de asesinato entre ellas. Un caso muy triste fue el suicidio colectivo de cuatro hermanas: eran las niñeras del pueblo, comieron pan envenenado para evitar ser culpadas y ajusticiadas por las psicópatas mamás ante la desaparición de los niños.

“A la semana siguiente los animales sufrieron mutilaciones durante las madrugadas. Los cuerpos de los brutos eran mordidos para desprenderle las extremidades. Lo más extraño era la ausencia de sangre de cada uno de los restos. Ponerlos dentro de los establos o del corral ya no era garantía.

“Entonces sólo las mujeres quedaron en el pueblo. Las casadas cayeron víctimas del ‘Demonio de los alrededores’. Su muerte era diferente: eran mutiladas de cabeza y manos, y abandonadas con el cuerpo desnudo. Los trabajadores escasearon. Los campos terminaron siendo baldíos. La hambruna surgió en Grimer, mermó a las mujeres hasta el fallecimiento. Muchas terminaron mendigando. Las más jóvenes recogían los cadáveres, tirados en la calle, con el objetivo de tirarlas en una fosa común cercana al cementerio. La crisis acabó siendo insostenible: las decapitaciones y la falta de alimentos provocó el desequilibrio de muchas chicas, entonces ellas optaron por comer a las que antes fueron sus madres, hermanas e hijas.

“Misteriosos incendios sucedieron unos a otros. Las casas eran devoradas por llamas brotadas de la nada. Volvían cenizas cada objeto interpuesto en su camino: ropa, árboles, animales, muebles, personas... Descendían desde la siniestra niebla formada en el cielo. Las mujeres más pobres cayeron en el desamparo. Terminaron en la calle rogando por comida o muertas por inanición. La neblina permaneció varios días. La excesiva cantidad de cadáveres obligó a las sobrevivientes a deshacerse de los cuerpos en las mismas flamas que las mataron. Grimer apestó a muerte durante un mes.

“Fatalidad y hambre obligaron, a las pocas muchachas que sobrevivían, eran quince, irse de la región. Recogieron la miseria de pertenencias conservada. Dirigieron sus pasos a las afueras de lo que antes fue su pueblo. Con lentitud arribaron a la ‘Región Prohibida’. Recordaron la casa blanca.

“Tocaron la puerta. Ya no les importaba correr algún peligro en ese lejano lugar. Nadie les respondió. Desesperadas, rompieron la puerta. La entrada cedió. Dentro, caminaron en la penumbra de las piezas, la mitad de ellas pensó en la retirada, pero el hambre era traicionera. Avanzaron hacia la sala. Encontraron una puerta entreabierta al fondo de la pieza. Dentro de la habitación salía una luz roja, como flamas.

“Las más valientes decidieron abrir la puerta, encontraron unas escaleras que descendían. Bajaron escalón por escalón. Cuando llegaron al final descubrieron el origen de la luz: un caldero hirviendo. Voltearon hacia la derecha. Cada fibra de su piel se volvió más blanca que la nieve. En lanzas de madera, cada una terminada en puntas de metal, estaban incrustados los cráneos de los habitantes decapitados. En muchos de ellos aún colgaba la piel o conservaban el pelo.

“Una sombra hizo su aparición. Las envolvió en un manto oscuro, deteniendo su vuelo frente a la hirviente caldera. Era Luz, aquella mujer que asomó y desapareció de la nada. Frente a los ojos de las chicas tomó forma de demonio. Engrosaron sus músculos, el grueso pelo negro cubrió su cuerpo, alas crecieron en sus espaldas y emitió un largo rugido estremecedor, llenó el lugar de terror. Las últimas grimerinas murieron entre la crisis de nervios y colmillos, a manos de un engendro que creían retirado.

“El ser infernal, en forma de mujer, afligió a Grimer durante seis meses asesinando a quien se acercara a ella. Luz era un demonio abandonado en las montañas, su clan la olvidó en la cueva cuando ella no podía volar. Vagó hambrienta durante semanas por las rocas, llegó al pueblo una primavera. Construyó su casa a las afueras del poblado bajo la tormenta que invocó. La apariencia humana facilitó el contacto con las personas.

“Conservaba la vida por medio de la sangre caliente de las cabezas. El sol quemaba su falsa piel, así que hizo ungüento con la grasa de los bebés. Tras exterminar a la región de Grimer, dirigió el rumbo hacia la aldea cercana, la cual era bañada por una tormenta apocalíptica”.

Entre las dos chicas hizo presencia el silencio sepulcral. El extenso relato acaparó toda la atención de Amara. Crudo desde el inicio, pero emocionante siempre.

—¡Wow! —exclamó la rubia—. Ese cuento me deja claras dos cosas de ti: primera, vas a ser una excelente escritora y segundo... realmente odias a Deniseye. Serás una gran escritora.

—Ja, ja, ja —la carcajada abrió los labios de Carmen—. Está mal que lo diga, pero Deniseye es una inagotable fuente de maldad para inspirarme —la risa envolvió a las dos. —Mira —señaló en dirección al muchacho—, el “demonio” se despegó de él. Efectivamente, Deniseye, se había ido dejando solo al chico.

—Estoy nerviosa —confesó Amara—, sabes... lo dejamos para después.

—Anímate nena —dijo Carmen—, otra oportunidad no vas a tener. Esperaste mucho tiempo, incluso escuchaste mi relato...

—Porque no me quedó de otra —interrumpió riéndose.

—Ahh! —gruñó su amiga mientras Sofia disfrutaba la reacción—, eres mala.

—¡No es cierto!

—Ya lo sé —aseguró Carmen—. Pero contéstame amiga, ¿dejarías pasar esta oportunidad? —Amara pensó mucho la respuesta.

—Creo que no me lo perdonaría —respondió al fin.

—Pues vamos amiga —Carmen la agarró de la mano—. Si no es para ti, no lo será nunca.

—Está bien, pero tú preguntas —asintió resignada. Le costaba disimular el vivo interés de saber quién era el nuevo chico.

—Siempre te haces de rogar, aunque bien sabes que te “comen las ganas” de conocerlo —replicó Carmen.

—¡Eso no es cierto! —Amara quedó al descubierto y quedó sonrojada.

—¡Ah! Ves que tengo razón —le dijo mientras la llevaba—. Y no me digas que no vas a hablar porque sí lo vas a hacer, así no pensará que eres muda. —Amenazó Carmen. Amara ya no contestó, la habían descubierto por completo.

Como niñas en un parque de diversiones, avanzaron hacia la mesa de enfrente. La cacería principió.

—¡Hola! —lo saludó Carmen. Giró para ver a Amara—. Dile “hola” —le susurró.

—¡Ah! ¡Hola! —reaccionó la rubia.

—Hola —el muchacho devolvió el saludo, sonriente.

—Eres nuevo ¿verdad? —preguntó apresurada Carmen.

—Sí, es mi primer año en la Universidad —Carmen volteó de nuevo para ver a Amara.

—¡Dile algo! —susurró una vez más.

—Esteee... —las palabras se trabaron en sus labios— ¿hace cuánto que viniste a la ciudad de México?

—Apenas llevo seis meses —contestó el chico. Después, un bochornoso silencio hizo aparición. Las amigas se quedaron bobas, sin qué decir. Estaban de pie junto a él, no se atrevían a sentarse en el mismo lugar del “demonio”. Mientras, el nuevo alumno las observaba intrigado y se reía de ellas en su interior.

—Me llamo Carmen —al fin reaccionó la castaña, aterrizando— y ella es mi amiga Amara.

—Mucho gusto, me llamó Arturo —les estrechó las manos.

—¿Qué especialidad llevas? —preguntó la rubia, más animada.

—Sociología ¿y tú? —el muchacho sonreía más.

—Filosofía y letras —murmuró apenas—. Carmen es mi compañera de clase.

—Bueno —miró el chico su reloj de pulso—, tengo que disculparme con ustedes porque voy a mis clases. Ojalá pueda verlas al rato —se levantó de la mesa.

—Si necesitas ayuda —dijo Carmen—, aquí estamos.

—Lo tomaré en cuenta —aceleró el paso.

Las chicas se vieron a los ojos y comenzaron a reírse de su hazaña. Arturo no olvidaría los ojos de Amara.

Durante las semanas siguientes los tres formalizaron sus reuniones en la cafetería. Arturo, inclinado más por la presencia de Amara, soportaba la molesta presencia de Carmen, quería estar cerca y a solas con Amara. El trato entre la rubia y el recién llegado se hizo cada vez más personal. Carmen lo sabía.

—Oye —dijo a la rubia un día en el salón— creo que le gustas a Arturo.

—¡Estás loca! —reaccionó sorprendida y sonrojada.

—En serio, veo su mirada fija en ti todo el tiempo —afirmó su amiga.

—Imaginas cosas —quiso acabar con eso la conversación—. Es imposible.

—¿Por qué? —insistió—, eres bonita. Tus ojos azules matan a cualquiera —le acarició el cabello—. Eres una diosa dorada. No tienes que pedirle nada a las otras “artificiales” que rondan por aquí. Además, Arturo es guapo.

—Eso es mentira —replicó Amara—, pero... en lo que dijiste de Arturo estás en lo cierto.

—¡Qué! —dijo atónita Carmen—. ¿Cómo te atreves a negar el atractivo que tienes?

—Nunca estoy lista para nada, incluso el amor lo pongo fuera de mi agenda. Estoy saturada de compromisos con el sufrimiento.

—¿Vas a comenzar con tus sermones funerarios de: “No estoy lista para el amor”? ¡Como si alguien lo estuviera! —la agarró del brazo. —El amor viene y corresponde a uno reconocerlo. ¡Intentalo! —le dijo Carmen.

—¿En serio lo crees? —el tono de la frase era entre pregunta, duda, afirmación e ironía. Lo más seguro era: “Quien sabe”.

—¡Sí! —sonrió la otra—, aprovecha la oportunidad, puede ser que no vuelva a repetirse.

—Voy a intentarlo, pero... —vio a Carmen—, ¿me ayudas? soy pésima con los chicos.

—¡Por eso no has tenido novio! —contestó entre broma y verdad—. Despreocúpate, aquí está tu amiga inseparable que tiene la solución para todo —le aseguró Carmen.

3

Pasado

El timbre anunció el fin de la jornada escolar. Ambas se levantaron de la banca al aire libre. Las clases acabaron. Era un alivio para muchos alumnos. Sólo los “matados estudiosos” lloraban la llegada del fin de semana. Carmen olvidó su mochila de rayado verde en el salón. Las chicas regresaron con premura a él. Amara tenía culpa, en parte, su amiga Carmen la buscó con desesperación por todo el *campus* hasta encontrarla en una banca del aula, la muchacha tenía el alma deshecha.

Habían apresurado grandemente el paso, la mochila estaba a merced de cualquier barbaridad imaginable o inimaginable de los chicos del grupo, si se daban cuenta del objeto sin dueño. Éste no viviría para contarlo.

La vez pasada, esa parvada de inútiles, prendieron fuego a una maleta de la licenciatura vecina. Los estudiantes de ingeniería industrial notificaron a la prefectura el humo salido de su salón. Al llegar, fueron testigos de una extraña fogata hecha con un portafolio escolar y una pira de libros. Los demás estudiantes que se acercaron a ver, causaron un desorden mayor. Los maestros trataban de alejarlos. Muchos tomaron fotos con sus smartphones para subirlos a su perfil de internet.

Todo terminó con la llegada de los bomberos. Apagaron los restos del siniestro. La dirección indagó en busca de culpables. Los encontraron. Eran cinco alumnos de la licencia de Filosofía y Letras. Expulsaron a tres por ser los autores intelectuales, a los restantes los suspendieron por suministrar la gasolina y los fósforos. Estos, como es de suponer, formaron otro grupo. Eran más relajados con respecto a sus antecesores, pero sus bromas seguían siendo pesadas.

Si las chicas regresaban más tarde, la mochila podía dejar de existir. “Esos desgraciados son capaces de comérselo con el único motivo de molestarme” hablaba en voz alta, Carmen, al tiempo que daba grandes pasos. “Voy a salvar a mis pertenencias” repetía cada vez más cerca del salón. El aula estaba vacía. Carmen pensó lo peor.

—¡No! ¡Mi mochila ha muerto! —gritó Carmen junto a la puerta cerrada.

—¿Te han dicho lo dramática que eres? —decía Amara toda avergonzada.

—Sólo la buena para nada, esa Deniseye —respondió indignada la amiga.

“¿Sabes lo ridícula que estás con esos pants amarillos y las trencitas sujetas con listones morados?” Deniseye era la encarnación del sarcasmo, las oportunidades de burlarse de Carmen eran su “dulce” favorito. Aquella ocasión la amiga de Sofia realizó audiciones para estar con las porristas del equipo de baloncesto. “¿Y sabes lo boba que eres sin novio? Eres gatita sin poste” La respuesta de Carmen le disgustó a su enemiga. Ésta dio media vuelta y se fue.

Había esperanza de rescatar la mochila sana y salva. Amara esperó afuera mientras la “olvidadiza” entraba al salón a revisar. Casi inmediatamente salió, en sus manos traía un envoltorio de cinta color canela, en forma de bola gigante. Amara reconoció ese objeto amorfo. ¡Era la mochila abandonada!

—¿Es tu mochila? —preguntó Amara en tono burlón.

—¡Sí! —ardía Carmen del coraje, mataría al culpable—. ¡Esos malditos me lo encintaron!

Amara no pudo contener la risa, carcajeó hasta dolerle la mandíbula. Acabó sentada en el piso. “¿Te parece gracioso?” dijo Carmen mientras ponía la “cosa” en su espalda, las tiras para colgarla las dejaron libres. Sofia reía, lagrimaba y se retorció en el pasillo como loca.

—Muy bien, búrlate de mi desgracia —la rubia continuó riendo—. ¡No es divertido! ¡Déjate de reír! —gritó ya molesta.

—Disculpa —respondió Sofia sin contener la risa—, eso intento. ¿Sabes?

—¿Qué? —Carmen sólo esperaba otra burla.

—¿Llevas cargada tu colmena? —preguntó Amara y la risa se formó otra vez en sus labios.

—¿P-o-r-q-u-é? —escupía las letras, el enojo de Carmen fue evidente.

—Pareces abeja reina.

—¿Te han dicho sobre tu pésimo sentido del humor? —Carmen quiso devolver el sarcasmo, aunque era obvio el mal chiste de Amara— Las abejas reinas son las que menos hacen en un panal, sólo son fecundadas para mantener la población y luego son desechadas cuando son viejas. Esa es su naturaleza.

—¿Y la tuya, tu falta de humor? —respondió Amara.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más puedes decirme? —la bomba estalló. El rostro de Carmen enrojeció enseguida, estaba harta. Nunca habían tocado sus cosas, mucho menos esa bola de inútiles.

—Realmente estás enojada —dijo sorprendida la rubia—. Es raro.

—Detesto que alguien toque mis cosas —empezó a desahogarse Carmen—, lo odio. Es como si me tocaran a mí. ¿A ti te gustaría? —Amara pegó los labios. —Tocan mi intimidad, y para colmo sin permiso.

—Ya cálmate —Amara se asustó en serio.

—Todas mis cosas las guardo en un lugar especial en la casa. Cada objeto tiene su espacio propio. Antes de poner algo, medito y reflexiono la razón de por qué elegí ese lugar. Si no me gusta lo cambio a otra parte. Si me gusta lo dejo para que ninguna persona la mueva de ahí —Sofía la miraba atónita—. ¿Acaso es mucho pedir dejar las cosas en su lugar?

—Estás exagerando... —Amara habló con titubeos—, tomas la broma muy personal.

—¡Pareces desconocerme! —Carmen dejó salir un grito—. Me harta la brutalidad y el desorden. Lo odio. Sobre todas las cosas, detesto soportar esas estupideces pasajeras. Si el orden dejara de existir, el desastre se haría presente. Deja de pensar un poco Amara y siente—. La rubia quedó muda ante la confesión de su amiga. Era la primera vez que la oía hablar así.

—Disculpa, desconocía lo importante de tus objetos personales —rogó Amara.

—Pues deberías saberlo —Carmen dio media vuelta hacia la salida con pasos apresurados.

Carmen en la vida diaria era muy pacífica. Odiaba todo lo referente a las peleas y guerras. Era extraño verla enojada, pero cuando eso ocurría, Carmen se volvía vulnerable y externaba los sentimientos ocultos. Para ella era importante mantener la homeostasis del estado interno. Le enojaba estar enojada. En esos momentos, Sofía comprobaba no ser la única que sufría.

Caminaron en silencio hasta la estación del metro. Mientras esperaban, Amara observó a Carmen. “En tan poco tiempo cambió. Es diferente” reflexionó para sí. Tan diferentes y tan amigas. Los vagones hicieron arribo en la estación. Mucha gente esperaba para abordar. “Creo que tendremos otra aventura más” dijo Carmen a Sofía. Sonrieron. Abordaron el vagón exclusivo para mujeres, apretujadas, hacían un espacio para caminar y respirar.

—A Deniseye le encantaría estar aquí —dijo Carmen.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Amara—. Ella tiene auto.

—Por eso lo digo, le gusta tanto el lujo que debería darse un “baño” de humildad —Carmen resaltó la última palabra—. Si pasara un día dentro de los vagones de estas latas rojas daría cuenta de otro mundo.

—Lo dudo —dijo Sofía—, la gente de su clase no cambia.

—El día cuando le alcance la pobreza —dijo Carmen con seriedad—, se dará cuenta de su soberbia. No será nadie.

—Eres mala con ella —observó Amara—. Siempre la has odiado.

—Estás equivocada —corrigió Carmen—. Hasta conocerla empecé a odiarla.

—Pobre, le cae pésimo a todo el mundo —recordó la rubia.

—Sólo los hombres la toman en cuenta —Carmen continuó con sus declaraciones—. La belleza de su cuerpo le ayuda en mantenerlos entretenidos.

—Pero realmente es hermosa —advertía Amara—. Eso es innegable.

—Tienes razón —reconoció su amiga—. Puedo admitir estar llena de envidia. Creo que si fuera hombre me iría con ella hasta dónde me dijera. ¡Tiene unos ojos hechizantes! ¡Esa mujer es un monstruo! Demonios, cada prenda le queda a la perfección, es como si se la hicieran para ella.

—Su vestuario es increíble —la emoción traicionó a la ojiazul—. A mí me encantaría vestir como Deniseye...

—Te lo digo —interrumpió Carmen—, es un monstruo. Lástima de ella, debería ser más amable.

—¿Por eso te cae mal? —preguntó Amara, siempre había tenido curiosidad por descubrir el origen del conflicto entre ellas.

—No —Carmen pensó dos veces responder—. No, es por otras razones.

—Nunca hay poca gente aquí —habló absorta Amara—. Yo sí creo que Deniseye se divertiría en este lugar. Podría presumir su clase a todas las mujeres del vagón. Tenga o no tenga dinero, ella seguirá siendo la misma, y seguirá atrayendo gente. La personalidad no desaparece junto con el dinero.

—Desgraciadamente, tienes razón —suspiró Carmen—. Seguro la felicidad llegaría por fin a su vida.

—A veces, es mejor callar sobre lo que no se sabe —remató Amara mirándola de reojo. Quedaron calladas por un momento.

—¿Sabes? —inició la rubia otra plática—. Últimamente me pregunto muchas cosas acerca de mi vida. En estos días la veo de forma distinta, como si lo que antes era tan claro para mí, se vuelve ahora turbio y sombrío. Mi pasado parece llevarme a algo. Me hago muchas preguntas, éstas quedan sin respuesta. Busco señales, pero ni una aparece.

—¿Cómo cuáles? —preguntó curiosa Carmen.

—¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? —dijo Amara.

—Tus preguntas me dan dolor de cabeza —intentó terminar la conversación su amiga—. No es la primera ocasión que lo haces. A veces siento que eres muy trágica buscándole razones o fines a la vida cuando en realidad es tan sencilla: toma lo que venga y el resto déjalo ahí.

—¿Nunca te cuestionas sobre las experiencias de tu vida? —insistió Sofía.

—Sí, pero... tú haces preguntas complicadas —evadió la castaña— prefiero hacerme otras más sencillas.

—Dime cuáles —retó a su amiga.

—Bueno... por ejemplo: el tacón alto ¿me beneficia o no?, ¿me pongo blusa roja o azul?, ¿voy al gym o al spa?...

—En serio —interrumpió Sofía— por un punto te entiendo, pero ¿no hay algo más importante que te preguntes?, digo, algo fuera de tus gustos y sentimientos, algo significativo para tu vida.

—Para qué necesito explicaciones de algo que no comprendo —continuó Carmen—, no tiene sentido. Es mejor ignorarlo, así evito el dolor —la última frase la dijo casi inaudible.

—Hay preguntas sin respuesta —habló Amara—. No es necesario encontrar todas las respuestas, eso le quitaría el misterio a la vida, pero buscarlas lleva a descubrir el “yo”. Somos desconocidos hasta para nosotros mismos.

—Ojalá pudiera ser tan inteligente como tú —dijo Carmen inclinando la cabeza—. Yo me deprimó cuando intento conocerme, no me gusta lo que descubro, me hace sentir mal.

—El sueño de la otra noche removié mis cimientos —continuó Amara ensimismada—. Es difícil responderme y, a pesar de ello, lo intento todos los días. Son muchas cosas para pensar...

—Parece que estoy fuera de posibilidades para ayudarte en eso, mas aquí me tienes cuando lo necesites... aunque sea para burlarme de otro sueño —remató su amiga.

—Gracias, te avisaré cuando quiera una dosis de vergüenza y humillación —ambas rieron—. El viaje aún no termina —dijo para sí en voz alta. Nadie le iba a discutir eso.

Pasado

Al día siguiente el desayuno estaba servido. Las chicas resentidas. Tima discutió hacía dos días con Sofía. La primera fue sorprendida en una de sus escapadas, Amara la esperó hasta lo más tarde de la noche. La pelea inició para acabar de mal modo. Después del desencuentro, Amara salió con Carmen y Arturo a la fiesta de disfraces. No iba a amargarse el fin de semana por una niña desobediente. “Dale. ¿Te vas a quedar llorando en tu casa?” con estos y otros ruegos insistió Carmen para que fueran a divertirse. Valió la pena. Su amor, Arturo, se le declaró esa noche.

Sofía quedó en *shock*, no por la declaración, sino por el sueño. Esa noche había soñado cosas inimaginables, las cuales, la dejaron pensando mucho tiempo. “¿Qué me querían decir?”, dijo al despertar. Todavía buscaba el sentido de las palabras escuchadas. Mareada de tanto silogismo, Amara, bajó al comedor. El desayuno ya estaba servido en la mesa, su hermana menor tomaba bocado.

Las miradas fueron defensivas. Los rayos de sus pupilas las delataron. El disgusto de la última pelea no era para menos. Sofía tomó asiento frente a Tima dejando la cabecera vacía de la mesa. En eso llegó Clara, madre de ambas. Desde hacía mucho tiempo no se hallaban las tres juntas para la hora de la comida. Los estudios, el trabajo, las tareas y una que otra salida las habían convertido en personas distantes. “Mamá, ¿dónde quedaron las conversaciones de la niñez?” preguntaba Amara. Sí, ya era mucho tiempo.

Las hermanas comieron sin hablarse, la semana les cayó pesada, el reciente desencuentro las alejaba cada vez más. El abismo crecía conforme ellas defendían sus posturas. Las dos eran muy radicales en ese sentido. El desacuerdo era evidente de todas maneras. Siempre terminaban peleadas, tardaban semanas en volverse hablar.

Clara notó el problema. “Están muy calladas” les dijo. Las dos ignoraban cómo responderle. Ella sabía, como madre, de donde cojeaban las dos. Cuántas veces vio las escenas de llanto y coraje de ambas. Todos los insultos, frustraciones, corajes, odios, desprecios y rechazos entre las dos, desde la adolescencia hasta el día de hoy, las escuchaba con paciencia. Esperaba la pronta salida de sus hijas de esa etapa, pero nunca pasó. Antes podía soportar la presión de tener a dos “boxeadoras”, sin embargo, en estos momentos, sus fuerzas mermaban. Le quedaban pocas opciones para reconciliarlas. La preocupación de madre que le carcomía el corazón era: dejar a dos hijas enfrentadas antes de la despedida final. “¿Cuándo entenderán? Solamente se tienen una a otra, fuera de ellas sólo hay desierto”, y era verdad, un desierto muy amplio.

Comúnmente las hermanas conversaban sobre diferentes temas en las comidas. Es raro verlas calladas, cuando estaban contentas. Tima era evasiva con Clara, la relación entre ellas era mala, Sofía era la mediadora, situación nada agradable. Caso contrario, Amara y su hermana, son muy apegadas, juntas han salido adelante de situaciones peores donde derramaron lagrima viva, y reído de travesuras de juventud. La relación tan ambivalente de ellas realmente era extraña. Ciertamente guardaban sus secretos, pero a pesar de ello, el grado de complicidad era muy fuerte.

De niñas les gustaban las galletas que mamá dejaba encima de la barra del desayunador. Ninguna de ellas alcanzaba siquiera la orilla de este. Lo intentaron varias veces, sin embargo,

comprobaron una teoría: “Para comer galletas no hay imposibles”, formuló Tima. Y lo pudo comprobar haciendo un cálculo nada complicado, entre la altura del sitio del postre y un banquillo de madera. Así lo hicieron. Bajaron la lata de galletas que tenía capacidad de un kilo, y se las comieron entre las dos. Como es obvio, su madre las descubrió, las regañó y más tarde fueron al médico por una indigestión de lo peor.

Años más tarde, las niñas, concluyeron lo siguiente“ :La distancia entre el suelo y la barra del desayunador, disminuía conforme se le agregaba un objeto de cierta altura. Esto hacía disminuir la lejanía de la lata de galletas de las manos alguna de nosotras. La condición se cumplía ,sí y sólo sí ,acercábamos el banquillo hacia la susodicha barra ”la presente resolución fue terminada por Sofía ,a una década del suceso, cuando las chicas platicaban sus aventuras“ .Lo que prueba que tu teoría era correcta ,”concluyó la rubia. Las risas sonaron pronto“ .Deja de hablar así ”dijo Tima. “Es el resultado de nuestras variables ,”respondió su hermana“ .Malditas galletas ,”mencionó Tima“ .Que ridículas somos ,”respondió la otra. La risa se desató de nuevo.

Clara Vásquez, era una mujer alta y hermosa, divorciada, en su único matrimonio tuvo a Amara y a Tima. La relación con su esposo fracasó. Intentó sanarla de diversas maneras, todo fue en vano. Ambos tomaron rumbos distintos. La culpa y el desconsuelo fueron hundiendo a Clara dentro de un abismo sin salida. Después que el divorcio estuvo concedido y pasado el tiempo, la amargura era sangre alimentando sus venas. La ruptura marital la marcó para siempre. Hizo todo el esfuerzo para conservar su matrimonio. Pensaba que la causa era ella, sin embargo, una sorpresa inesperada le rompió las últimas esperanzas. Descubrió el origen del distanciamiento de su esposo: había otra. Clara no creía ver al amor de su vida besándose con otra mujer. Se peleó con él. Quería verlo lejos de su vista. ¿Cómo podía vivir con ese traidor?, pero más amargura era conocer quién era esa mujer, ladrona del amor de su vida. Sin duda la conocía y muy bien.

Clara intentó abandonar todo, sus hijas la detuvieron. Impensable abandonarlas, las quería. A pesar de los problemas, estaría con ellas. Ningún desgraciado destruiría la vida de sus niñas. Amara y Tima entendieron la situación de distinta manera, pero seguían juntas. Su mamá las protegía. Los miedos tendrían que alejarse.

Las niñas, percibieron el estado depresivo y represivo de su madre, esto las distanció de la mujer que les dio la vida llegando a tenerle cierto miedo. Aunque Clara trataba de hacer las cosas bien, el resentimiento y odio provocado por el marido surgían cuando educaba a sus hijas.

Sofía intentaba acercarse a ella por todos los medios, a cambio recibía órdenes y obligaciones. “Eres la mayor, por eso te corresponde más responsabilidades” era la justificación dada por su mamá. La relación era áspera y distante, por lo menos hablaban. Su mamá impuso como única obligación a Sofía obtener altas calificaciones y cuidar a su hermana menor. Fuera de ahí, nada. La adolescencia hizo dudar de muchas cosas que su mamá le decía. Empezó a hacer cosas en secreto.

La primera vez que Sofía probó alcohol, nadie se enteró. Ni Tima lo supo, hasta cuando ella se lo reveló. La época de la escuela secundaria fue una de las mejores. Quitó muchas barreras personales. Sin ellas, Sofía, creció considerablemente, pero otras empezaron a formarse. Una pared cae para levantar la siguiente. La chica deseaba alejarse de las órdenes de la madre. En su grupo de amigos, Clara nunca la encontraría. Cuidar a Tima la estaba hartando. La odiaba. “¿Qué tiene ella? ¡Si no es inválida. Puede cuidarse por sí sola!” reclamaba a Clara en las frecuentes discusiones que protagonizaban.

La historia era diferente para Tima. Ella recibía los regaños y los gritos de Clara. Su espíritu rebelde la impulsaba a desobedecerle a cada momento. La chica, cansada de los gritos sin sentido,

decidió hacer lo opuesto pedido por la madre. Quería demostrarle quien era la más fuerte. Las presencias autoritarias de su maestro o de cualquier persona encendían aquel deseo de libertad. Las reglas terminaron siendo juguetes y para divertirse tenía que romperlas. En muchas ocasiones, Sofía, fungía como mediadora entre madre y hermana cuando discutían. Muchas veces llegaron a los gritos e insultos. Tima salía llorando cada vez.

El caso de Amara no era distinto, sus ojos acababan húmedos, sollozaba en silencio. Ellas, Clara y Tima, eran sus únicos familiares, ¿dónde quedaría sin las dos?

De Clara podía decirse muchas cosas, pero afirmar que es una mujer indiferente, nunca. Ella veía llorar a sus hijas. Le partía el corazón darse cuenta del sufrimiento anidado en ellas. Luego de cada discusión con Tima, Clara se acercaba a su hija mayor a decirle: “Quiérela mucho, es tu hermana. Nunca la dejes sola” entonces la abrazaba hasta terminar en llanto.

El silencio envolvía el ambiente. Las chicas buscaban que decir, se dirigían miradas una a la otra para advertirse que debían inventar una excusa y evitar informar a su madre, la razón del disgusto. A Clara le desagradaban las discusiones entre Amara y Tima. Si discutir con ellas le causaba culpa y remordimiento, enterarse de una pelea de hermanas le molestaba más, porque ellas eran las que debían estar más unidas. Pero cuando sucedía, reprendía a sus hijas con severidad. Las hermanas ocultaban sus peleas o inventaban algo para evadir la cuestión y no preocupar a su madre. Casi nunca resultaban los planes, siempre eran descubiertas.

—Están muy calladas hijas —Clara tomó la palabra—. ¿Les pasa algo? —Las chicas se mandaron la última mirada.

—Con permiso —Tima se levantó dejándolas en la mesa.

—¿Dónde vas? —gritó la madre con severidad.

—¿¡Te importa—?!ascendió las escaleras sin esperar respuesta.

—¡Siempre es lo mismo con ella! —dijo disgustada—. Amara ¿sabes qué se trae?

—Creo que está cansada —contestó, pensando terminar la escena si mostraba desinterés.

—¡Sofía, conoces a tu hermana! Sabes lo desobediente que es. Nunca me hace caso —continuó Clara. —Ella oculta algo.

—Mamá, puede ser uno de sus arranques de ira —intentó proteger a Tima—. Tal vez ayer fue un pésimo día y no quiere hablar de ello. Al rato se le pasará. Además, dudo que tenga algo en mente.

—Amara —interrumpió a su hija, parecía como si su hija hubiera hablado a la pared— anda a verla y dime después. Que ella haga su voluntad es la última cosa que yo le permitiría.

—Pero... —Sofía insistía.

—Ya oíste —concluyó Clara.

Sin otra opción la chica se dirigió a la recámara de Tima. La puerta cerrada. Era hora de enfrentar el trago amargo. Tocó despacio la puerta dos veces sin éxito. Dio los golpes más fuertes. Su hermana abrió.

—¿Te mandó mamá, ¿verdad? —interrogó la menor—. Imaginé, no resiste la curiosidad.

—Tima escucha... —quiso calmarle los ánimos.

—¿Sí o no? —insistió Tima—. ¡Contéstame!

—Sí —admitió Sofía, inclinó avergonzada la cabeza. Tima quiso cerrar la puerta, la rubia lo impidió empujando la misma.

—Por favor —suplicó la mayor—, déjame hablar.

Tima pensó mucho dejarla pasar. Rindió la resistencia. Abrió la puerta por completo. La rubia entró a la habitación. Miró lo impecable y ordenado de cada rincón. Tima es responsable en los quehaceres de casa. Le gusta el orden, las cosas en el lugar correspondiente. Si ve algo

desordenado lo dice, si nadie hace caso, resuelve hacerlo ella misma.

Es una estudiante de gran desempeño con trabajos escolares excelentes. Ganadora de varios premios académicos a base de altos promedios, conservados desde la primaria hasta el actual curso del segundo semestre de arquitectura. Sofia siempre se sintió orgullosa de ella. En cambio, Amara requería de mucho esfuerzo para estudiar literatura y matemáticas.

—¡Siempre mantienes bonita tu habitación! —dijo Sofia mientras observaba las maquetas de modelos antiguos y modernos de diversos edificios. A Tima le encantaba armarlos desde niña. Compraba los más complejos y difíciles. Concentraba días enteros en construirlos.

—Gracias. Tú siempre has sido muy amable conmigo —Tima cargaba tristeza en la mirada. Su hermana lo sabía, Sofia intuía las vibraciones del corazón de su sangre.

—Mamá quiere saber la razón del disgusto. Le dije que lo olvidara. Me ignoró —Amara susurró las palabras.

—Ambas sabemos por qué debemos callar. No tiene que enterarse ella. Puede morir si lo sabe —decía Tima para evadir.

—Pero algún día la verdad va a salir a flote. ¿Cómo enfrentarás a mamá ese día? Hay situaciones de las cuales carecemos de control. Ese día, sólo sucederán y veremos, sin meter las manos, las consecuencias de nuestra mentira. Tima, yo sí tengo miedo, mucho miedo. Debemos parar esto —Tima endureció el rostro.

—Lo sé —respondió la hermana menor— ella tiene la culpa. Compréndeme. Trato de contenerme, a cambio ella me trata mal. La paciencia se le acaba. Me regaña por todo. ¿Qué puedo hacer?

—En ocasiones te lo buscas —dictó Sofia.

—¡No es cierto! ¡Ella se desquita conmigo! ¡Es una vieja amargada! —gritó Tima con furia.

—¡Eres una desconsiderada! —la reprendió Sofia.

—¡Fíjate! ¡Te trata distinto! —vociferó su hermana al punto del llanto—. ¡En cambió, a mí, me vigila a cada rato! ¡Es injusto!

—Tú eres la injusta —aclaró Sofia—. Mamá no desea para nosotros un futuro como el que ella vivió.

—Eso le pasó por idiota —replicó furiosa—. ¿Acaso no se dio cuenta del tipo que escogió?

—¡Cállate! Era nuestro padre —Sofia se ofendió.

—Tú lo dijiste —replicó Tima en modo amenazante—. Era.

—Ella creyó en él —señaló la rubia.

—En eso tienes razón, lo injusto es que se la traiga conmigo —las lágrimas rodaron por sus mejillas—. Ella quiere quedarse contigo, eres sumisa y estúpida. Le crees todo. Te maneja muy bien, no te dejará ir. Estarás con ella hasta la vejez. La mantendrás, nunca harás tu vida como quieres. Mi salida es lo mejor —le dio la espalda—, porque yo sí le digo lo que pienso y evito caer en sus tretas. No me amargaré la vida.

—Escapar te servirá poco —respondió Amara—. Razonas mal, aunque aseguras lo contrario. La gota de amargura fue derramada en ella. Si supieras los dolores de esposa sufridos...

—Amara —interrumpió Tima—, cierra la boca. Ignoras muchas cosas también. Deja de hablar así. Mi enemiga es ella. Además, mamá te oculta muchas cosas. Eso lo sabes.

—Tima, respóndeme ¿el divorcio es sencillo? —la tomó de los hombros para verla de frente—. ¡Papá nos dejó! ¡La culpa fue de él! ¡Es lo que no comprendes! —Tima la miraba a los ojos.

—Uno se puede recuperar —dijo la hermana menor con la cara desencajada.

—¿Aunque la mujer que se lo quitó haya sido su propia hermana? —Tima hizo silencio. Nadie

habló.

5

Pasado

Las fiestas del carnaval llegaron. La Universidad era un gallinero. Los estudiantes recorrían los pasillos colocando *posters* para el baile pre—carnavalesco. Cada año, salones completos o grupos de alumnos, iban a la celebración. Las personalidades se reflejaban en ese evento, desde el disfraz hasta el conjunto de amigos acompañantes. El galán, el tímido, la culebra, la chismosa, la piruja, la necia, el lento, el bailarín, el borracho, la fácil, el complicado, la fea, la *nerd*, eran entre otros, los muchos epítetos ganados a pulso por los diversos personajes. Era la prueba de fuego para conocer al resto de la matrícula universitaria. Conocer implicaba observar a los protagonistas de la festividad, incluso a los que no asistían.

Amara necesitaba un espacio para descansar entre clases, los disgustos con Tima llegaron al cenit. Estaba inmersa en preocupaciones, al hablar con Carmen sobre el asunto se sintió reconfortada, ahora, por el momento era una nube apacible.

Amara mantuvo sus altas calificaciones a comparación de su hermana que bajó su promedio, algo ignorado por la rubia. Terminó el quinto semestre con notable aprovechamiento académico. Dio la sorpresa a todo el grupo incluyendo a Carmen.

Las dos chicas, Amara y Carmen, veían a Arturo de manera constante. Él las esperaba en la cafetería, conversaban, reían y compartían sus opiniones. Amara, desde tiempo atrás, le atraía Arturo. Ella buscaba musarañas en el techo, imaginaba estar en los brazos de su amado. Además, Carmen le dio ánimos para la “conquista”. Por otra parte, Arturo, era complaciente con Amara. Esto hizo pensar a Carmen la posibilidad de una próxima declaración.

La celebración del Carnaval de este año fue diferente a las anteriores. Antes había guerra de globos con agua, baños de espuma, DJ en vivo. Ahora se exigía una condición de entrada, normalmente se cobraba hasta doscientos cincuenta pesos por persona, el resto lo ponía la Universidad. En la edición presente fue requerido el uso de disfraz obligatorio. Para unos fue algo muy costoso, para otros en cambio fue la oportunidad perfecta para exponer la creatividad. Explícitamente era un encuentro de disfraces, con premio al mejor, de cinco mil pesos. Suficiente aliciente para aceptar el reto. La sede era el Salón Internacional de la Casona Nueva Vida, amplio y majestuoso, dentro del bullicio de la ciudad. Presumía vistosos balcones con barandales de piedra y pequeñas columnas torneadas. Rodeado por un amplio jardín. En realidad, era una casa colonial reconstruida. Pintura blanca completaba el añejo atuendo exterior.

Adentro había un amplio espacio para el baile. Mosaicos negros y blancos, tablero de ajedrez. La escalera negra, con barandales de madera oscura, conducía a la segunda planta.

Amara Sofía asistió como una princesa de cuento de hadas. Portaba un vestido dorado con tirantes, se rizó el cabello, y llevaba zapatos áureos. Carmen se disfrazó de la época victoriana

con la inconfundible peluca blanca y un abanico azul que lo movía desquiciantemente. Arturo encontró un disfraz más serio: el fantasma de la ópera.

En el salón principal se dio cita un *collage* de seres fantásticos, míticos e históricos con el único fin de divertirse y bailar.

Los tres amigos acordaron verse en la puerta del lugar. Se burlaron de sus trajes, porque se veían muy diferentes así, buscaron a quien aparentarse. El traje en sí expresaba diferentes cosas. Entraron, bailaron, comieron y disfrutaron de la fiesta. Saludaban a los conocidos y a uno que otro desconocido.

En determinado momento, Arturo llamó a Amara y la llevó aparte dejando a Carmen bailando en compañía de un elfo. Los fugitivos se escurrieron entre la gente y subieron por la escalera negra. Salieron a los balcones. Admiraron las pocas estrellas nocturnas visibles desde la ciudad contaminada.

—Son muy hermosas —dijo admirada Amara. Trataba de hacer plática, en realidad las únicas luces identificables eran las de los edificios aledaños.

—No tanto como tú —le dijo con dulzura Arturo.

—Mentira —negó la rubia—, lo que pasa es que no las distingues.

—Te lo digo de verdad —insistió Arturo—, aunque se vieran a la perfección diría que tú eres más hermosa que ellas.

—Lo dices por ser amable —la chica se ruborizó.

—Es verdad —le repitió—, si no fuera así, ese vestido no te quedaría tan bien.

—Todos los hombres son iguales —miró a Arturo—, cuando son menos serios sacan las palabras bonitas. —El chico rio.

—Eres simpática. ¿De dónde sacas tantas ocurrencias?

—En sueños.

Los dos cruzaron sus miradas. Congelado, el tiempo detuvo la marcha por unos instantes. Momento eterno, profundidad sensible y al mismo tiempo peligrosa. Arturo tomó las manos de Amara y las acarició con ternura.

—Sofía —dijo Arturo solemne—, quiero decirte algo guardado desde hace tiempo y que no me he atrevido a decirte. —Amara se preguntaba que podía ser, pero ya sospechaba aquel secreto.

—¿Qué puede ser? —dijo la chica disimuladamente.

—Es... —hizo una pausa—, las palabras se me escapan para poder decirlo. —Cerró los ojos y miró las blancas manos de Amara.

—Despreocúpate, puedo esperar —dijo sin pensar, se reprendió mentalmente a sí misma. “¡No digas eso! ¿Eres estúpida? ¡Vas arruinarlo todo! Lo dejaste más nervioso. Al contrario, tienes que “sacarle la sopa” Amara sonrió nerviosa. “Ya la regué” hizo mueca desaprobatoria.

—Esto no es guardable, si no lo digo saldrá expulsado de mi pecho por sí solo —Amara suspiró aliviada—. Hace tiempo te conozco, te voy conociendo cada vez más y definitivamente te considero atractiva.

¡Boooooom! Amara se quedó con la boca abierta. Fueron las palabras más bellas que había escuchado. El momento era mejor que sus expectativas. Ella sonrió de manera modesta para tratar de ocultar su orgullo, el esfuerzo provocó en su mente en ebullición, una sopa de letras.

—Te quiero preguntar... —continuó el chico. Un silencio inoportuno surgió. Parecía *cliché* de empalagosa telenovela. Amara inquieta, por dentro, repetía: “¡Dilo, dilo!”—. ¿Quieres ser mi novia?

—¡Sí! —reventó la alegría como piñata en navidad. Arturo estaba al borde del infarto. —¡Sí, sí

quiero! —Amara hizo una expresión típica de una quinceañera.

—Pensé que no aceptarías —dijo con humor el chico ante la efusiva aceptación—. Gracias por darme la oportunidad. —La abrazó.

—Tú también me gustabas desde antes —le sonrió Amara.

Conversaron largo rato. Olvidaron el bullicio del salón. Centrarón en ellos dos su mente y su corazón. Después bajaron de sus nubes para regresar al mundo real.

—Oye —le dijo Arturo a Amara—, olvidamos algo.

—¿Qué? Algo importante, supongo —aseguró Amara.

—Así es.

—¡Hola chicos! —les gritó Carmen cuando los vio en la escalera. Tenía en su mano derecha un vaso de piña colada—. ¿Pueden creer qué baile con una marmota?

—¡Ya me acordé! —dijo Sofía.

Arturo las llevó a sus casas. Dejó a Carmen en la puerta de su hogar, ésta se despidió con un “Bueno, se cuidan”. Ella notó algo diferente en el trato entre ambos. El joven reanudó la marcha. A Amara la llevó hasta la puerta de su departamento

—¿Tienes tus llaves? —preguntó Arturo a su novia.

—Sí —se las mostró—, las traigo. —Miró su reloj —Son las dos y media de la mañana. Es tarde.

—No te preocupes —dijo su novio con una sonrisa—, estás conmigo.

—Me voy —acercó el rostro hacia él.

Imprevisto. El corazón los atrapó. Acercaron el rostro lentamente. Arturo colocó el brazo derecho en el hombro de Amara. La atrajo hacia sí. El mundo paró su marcha, el alma de la chica revolucionó. Llegó el momento. Se besaron por primera vez. Fue de forma suave y dulce. El pensar era innecesario, la hora carecía de importancia. Los minutos irrecuperables. Aquellas sexagésimas partes de hora, eran oro, atrapadas con las manos del alma para ponerlas en lugares íntimos del corazón y del ser, antes de volar al infinito.

—No me gustaría irme —dijo Amara mientras se despegaba de él.

—Me costará esperar verte hasta mañana —Arturo quería prolongar el momento.

Ella, abrió la puerta despacio. Dentro procuró guardarse de hacer ruido. Ascendió con precaución la escalinata, apenas visible. En la habitación, se quitó el disfraz. Fue difícil cambiarse en la oscuridad, más con ese vestido tan complicado. No encendió la luz para no delatarse. Buscando su ropa de dormir, chocó el pie derecho con la silla cercana a la cama, reprimió el grito. En la cama, tapada por las sábanas, siguió pensando en su novio. Pudo haberse quedado la noche entera pensando en él. Era raro el hecho de tener novio. Era increíble.

El sueño no llegaba. Dio vueltas con el objetivo de mitigar la emoción. Como un asalto, comenzó a recordar las historias que su padre les contaba a Tima y ella. La mala memoria de Amara era obstáculo para recordarlas por completo, mas intentó repasarlas mentalmente. El papá de ambas le relataba numerosos cuentos cada noche. Amara nunca recordó por entero alguna historia, eran incontables, cada día su progenitor tenía una diferente. Sólo dos quedaron grabadas, la demás pasaron al olvido. Tima aprendió todas, por eso a Amara le gustaría escribir un libro. Cuando su padre las abandonó, lloraron cada vez que iban a la cama.

Esa noche, Sofía sólo pensaba en nada.

El sueño

(Primera parte)

La dicha de tener novio la mantenía despierta. Pasaba los minutos intentando dormir, sin éxito. Amara pensó parar la noche para conservar el estado extraño y duradero de la vigilia. El caballero desató nuevos sentimientos, desconocidos para la chica. El tiempo pasaba y los parpados abiertos de Sofía no cesaban de moverse.

Al fin, la mente fue preparándose para descansar. La somnolencia hizo su aparición como un ladrón. La oscuridad cubrió su mente. Entonces el horizonte de los sentidos cambió gradualmente de una espesa oscuridad a un amanecer brillante. Se durmió al instante.

Despertó cuando sintió una fuerte ráfaga de viento que estremecía su cuerpo. Se encontró en una atmósfera matinal. Volaba por el cielo. Por primera vez sentía la libertad, no estaba sujeta a las ataduras terrestres. Desde arriba podía ver todo y en consecuencia controlarlo. Divisó debajo de ella, un amplio valle de césped verde y suave, con aroma a humedad. El mundo había cambiado, probablemente el suyo también.

En el nuevo mundo podía respirarse antiguo y arcaico. Más adelante las montañas fuertes y elevadas se erguían en medio del valle, tratando de tocar el cielo. Detrás de esas masas de piedra el valle continuaba ampliándose más allá de la imaginación. La extensión era interminable. Parecía no acabar. A Sofía le encantaba la idea de la existencia de un valle interminable.

Recordó los días cuando su padre le contaba acerca de la existencia de: *El viaje del alma*. Nunca llegó a entender la mayoría de las cosas que su papá le decía. “Realmente era demasiado pequeña”, disculpaba su ignorancia con Tima. “Nunca prestas atención a nada” respondía ella. Sofía podía volver hacia atrás y recordar todas las palabras que le regalaba su padre, sin entender en su totalidad, el sentido del relato. Quería recordarlo, pero ahora algo se lo impedía, su mente deseaba quedarse adelante.

El viaje por las alturas continuaba en un lugar desconocido. La admiración surgía en su interior, poco a poco le fue interesando el lugar y los objetos que ahí se encontraban. “¿Qué será esto nuevo?” se preguntaba para sí.

Sin aviso previo se detuvo o la detuvieron, ya no sabía qué pensar, quedó de pie en el aire. Frente a ella el sol ascendía en amanecer lento, iluminando de naranja todo el espacio visible a los ojos. El sol salía con señorío de su escondite. La luz fue un deleite para la chica, lo miraba de frente sin dañarse los ojos. Tenía los ojos puestos en aquel inusual espectáculo, en su vida había visto un amanecer. Sofía estaba absorta y encantada, nunca volvería a presenciar un amanecer así. Casi nunca salía de su casa sólo para divertirse. Hoy era un día diferente.

Sintió frío. La muchacha notó la ropa que tenía puesta: una blusa verde y un bóxer del mismo color. Se disgustó demasiado porque tras ver toda la belleza de alrededor, quería estar a la altura. “¿De dónde proviene tanto frío? Ya llegó el amanecer” surgían numerosas preguntas. “El frío no viene del ambiente, surge de alguien”, le entró miedo.

—¿Quién eres? —le habló una profunda voz venida desde el horizonte.

—Soy Amara Sofía —contestó ella casi silenciosa y turbada.

—¿De dónde vienes? —le preguntaron de nuevo.

—Del mundo... de mi mundo —corrigió ella.

—¿A dónde vas? —insistió la voz.

—No lo sé, nunca me lo he preguntado —esta pregunta la desubicó por completo.

—Te falta por aprender —le siguió hablando la voz—, tienes que encontrarte, lo que buscas está en ti. La búsqueda continúa.

—¿Qué busco? —preguntó extrañada—. Me falta tiempo para buscar algo. El tiempo no lo puedo detener. Traté de hacerlo una vez, no funcionó. ¿Ahora me dices: “la búsqueda continúa”? Si eso que busco dejó de existir. Es como la Estatua Muda de *El viaje del alma*. Ella quedó petrificada, el tiempo la abandonó. Quería conocer el mar, pero no podía hasta devolver el tiempo robado. Lo hizo. Sin embargo, se detuvo al borde del mar que nunca pudo tocar.

—La estatua terminó sin tiempo para dar a otros —aclaró la voz—. Cuando ella se dio cuenta de eso, quiso regalar el tiempo que su egoísmo había privado a la gente necesitada de su ayuda. Pero era tarde, los días de ella llegaban a su término y cuando pudo devolver los minutos a quienes correspondía, el alma abandonó su cuerpo. Por eso Zeus quiso cumplirle el deseo de ver el mar, aunque nunca lo tocara y la convirtió en roca. El silencio hizo presencia entre ellos. Ella siguió buscando, consiguió la meta. —Sofía se quedó pensando.

—Mi búsqueda la abandoné hace mucho tiempo —Amara habló al fin—. ¿Puedes ayudarme a encontrar eso que tanto he buscado?

—Todo depende de ti —aseguró la voz dándole esperanza—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Por este lugar, ¿cómo se llama, me lo puedes decir? —rogó la joven.

—Aquí hay cosas útiles para resolver tus preguntas. Obsérvalas, te mostrarán el camino. Es imposible caminar sin tener un sendero que nos guíe. La meta es la misma, se puede partir de caminos muy distintos de acuerdo con cada uno, sin embargo, muchos abandonan, o se pierden, o se desvían. Ellos jamás llegan.

—Me falta camino —reflexionó Sofía.

—Ese camino te espera —continuó la voz—. Te pedirá cosas. Él sabe que las puedes dar.

—¿Quién? —preguntó Sofía. Eso era un imprevisto—. Además de estar aquí, ¿me van a quitar algo? Eso es injusto —se exasperó—. Es increíble, ¿qué tanto me pedirá?

—Todo —respondió la voz de manera clara, sin alteración—. El mundo te pedirá todo para aportar. Mira alrededor. La humanidad parece dirigirse a la decadencia. El seguro sostén de la era pasada ha desaparecido provocando una caída drástica, y trágica, a la destrucción inminente del mundo. El hombre sabe que una era ya acabó y está inmerso en la incertidumbre sin saber cómo salir de este estado revuelto de pensamientos y sentimientos. Aún no tiene seguridad si es un estado de transición u otra era o, aún peor, si es el fin. La Nada en la que tú piensas se vislumbra desde hace tiempo. Se espera una respuesta, pero se ignora de dónde vendrá. ¿Qué vivimos? El caos disfrazado de orden o el orden disfrazado de caos. Tendrás que resolver esto de una forma o de otra.

—¿Por qué habría yo de salvar a los demás, cuando nadie se preocupa por mí? —refutó enojadísima la chica—. Soy muy poco para el mundo. Él me puede devorar con facilidad. ¿Acaso no te das cuenta? Los modos de escapar se han acabado. Todas las puertas están cerradas. Cada persona vive para el hombre. Aunque sea para un hombre muerto, pero vive para venerar sus restos.

—Tienes razón sería inútil —le contestaron dulcemente—. Nadie te pide luchar contra el

mundo, sólo se te pide clarificar el sentido de tu humanidad. No eres la primera en ver las dificultades, mas ha habido muchos que las han afrontado. Todos las encuentran en algún momento de su vida: algunos temprano, otros más tarde, y son obligados a dar un giro extremo. En ocasiones el encuentro es catastrófico, su ideal se ve golpeado por la realidad, rechazan lo encontrado poniéndose mascarar de rostros distintos con el objetivo de negar lo que son. Asimilan y crean una personalidad irreal. Son fantasmas mentales entre la realidad.

—¿Por qué me dices eso? —sonrió Sofia—, si la esperanza ya desapareció.

—El lobo está despierto todo el tiempo —aclaró la voz—. Él no ha destruido todo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó ella desconcertada.

—Eso lo descubres tú, aun así, podrás decidir si lo haces o no —la voz se escuchaba lejana.

—Espera, ¡quédate! ¿Cómo te llamas? —gritaba Sofia, quería aclarar muchas dudas.

—Logos —contestó firme la voz—, el inicio del pensamiento. Siéntete como en casa porque así es, aunque no parezca. Descúbrete y diviértete. La aventura de conocerse es sorpresiva e inesperada y eso hay que agradecer.

—¿Cómo empiezo? —interrogó indecisa.

—Empezar es complicado, pero una vez que has iniciado es interminable —le animó la voz.

—¡Es difícil! —expresó la joven—. Puedo mentirme a mí misma.

—Si tú quieres lo lograrás. Sólo eres tú en el mundo, Nadie más puede vivir tú vida. Eres única en toda la larga historia de la Tierra —la voz cesó por fin.

Sofia continuó viendo el horizonte. Al tiempo de parpadear y abrir los ojos se halló en medio de un valle oscuro y muerto. El cielo oscuro y relampagueante la cubría. La piel se le enchinó por el frío y tuvo miedo. A unos metros, frente a ella, se levantaba una imponente montaña gris. Sentía la desnudez. Se acercó a la formación rocosa. Descubrió una abertura en medio de la estructura abierta desde el suelo hasta la cima de esta. Alzó la vista para ver el final de la abertura, no lo logró.

Sus pensamientos más profundos quedaron al descubierto como la mayor parte de su piel. Sufría confusión y miedo. Varias dudas asaltaron su mente: ¿Qué sucederá con sus pensamientos?, ¿con sus motivaciones ocultas?, ¿con los deseos guardados?, ¿podría soportar encontrarse? Se hallaba desnuda ante sí misma. Nadie la esperaba.

Pasado

El timbre molesto del teléfono interrumpió la plácida tarde. El repiqueteo constante era insoportable. Todas las veces se preguntaba Tima cómo sería la vida sin esa maldita cosa. Siempre le era pesado ir a contestar, especialmente cuando ella estaba sola en la sala y Amara en su habitación.

Era su turno para descolgar el auricular. Pesadamente se puso de pie, disfrutaba del mueble de tres piezas de la sala antes de la interrupción. Antes, leía plácidamente el periódico digital como todos los días, y acomodada con sus plantas descalzas sobre la mesa de centro.

Cuando oyó el timbre dio un salto, es más, la manzana que comía se le atoró en la garganta. Unos minutos más y muere. Escupió el pedazo, carraspeó. Con lentitud tomó la bocina y la colocó en su oído. Respondía vagamente: “Bueno... sí está... un momento”.

El “fono”, como ellas le llamaban, era inalámbrico. Hacía pasar apuros a cualquiera cuando estaba perdido en otra parte. Tima caminó exactamente al nacimiento de la escalera y gritó molesta: “¡Amara, te hablan!”. Ella bajó como un rayo hasta donde estaba Tima.

Cerca Amara preguntó: “¿Quién es?”, la otra con grosería le contestó: “Es la chismosa”. A Sofia le disgustó la forma despectiva en que su hermana denominaba a su amiga.

Mientras Amara preparaba la reprensión para Tima, ésta arrojó el teléfono al vacío. Amara lo atrapó con dificultad, el aparato saltó sobre su mano varias veces. Una vez lográndolo asir, dijo por el auricular:

—¿Bueno? —esperó Amara unos segundos.

—¡Hola! —saludó una conocida voz femenina—. Es increíble que alguien tenga teléfono fijo en estos días.

—Es una reliquia de mi madre —dijo Amara—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Cómo te fue anoche? —preguntó Carmen

—¡Fantástico! —expresó al ascender la escalinata en dirección a su habitación—. Imagino que te diste cuenta, Carmen.

—Sí, los vi muy enamorados —dijo con voz risueña—, y ¿él te dijo algo?

—Pues no mucho, pero ¿sabes? —Amara soltó la bomba—, ¡nos dimos el primer beso! —se sentó en la orilla de la cama.

—¿En serio— !?se oyeron las risas de Carmen—. ¡Y qué hiciste! ¡Cuéntamelo todo!

—No fue fácil —dijo Sofia sonrojada—, pero me dejé llevar, ya ves.

—¡Es-in-cre-í-ble! —dijo Carmen asombrada—. Eres rápida —remató.

—¡Oye! Siendo sincera... moría de ansias por besarlo —sonrió la rubia—, además me pasó algo raro ayer...

—¿Cómo qué? —preguntó Carmen—, ¿qué sucedió? Ni por asomo mejor al beso.

—Tuve un sueño muy raro —se acostó y puso la cabeza sobre la almohada.

—¿Qué soñaste? —insistió intrigada la chica castaña—. Seguro con tu amado.

—Te equivocas amiga —empezó Amara con su relato—. Llegué volando a un lugar extraño —hizo una pausa—, después una voz me habló... —hubo un profundo silencio en la línea, el tiempo

detuvo el paso, antes de la estrepitosa carcajada de Carmen, la cual rompió por completo la tenue calma.

—¡Es en serio! —reaccionó asombrada Amara por la respuesta de su amiga—. ¡Deja de reírte!

—¡No puedo! —contestó Carmen entre risas—. ¡No puedo contenerme! —Amara, impotente, escuchó las risotadas de su amiga por la línea. Ésta ya había quedado roja y al borde las lágrimas.

—Es que... —siguió riendo—, debes haber tomado mucho anoche, pero no te veías borracha —rió quedamente.

—¡Eres una cabrona! —Amara estaba realmente molesta—. ¿Vas a escucharme o cuelgo? —gritó encarnada del coraje.

—Sí, espera —Carmen se limpió las lágrimas—. Me duele el estómago de la risa, ay, por poco me ahogo —Amara tenía todavía retenido el disgusto y hacía una mueca de enfado —¿Qué decías?

—¡De mi sueño —prosiguió Amara después de hacer un silencio sordo—, de anoche!

—En serio ¿no bebiste de más? —insistió Carmen.

—¡Estás idiota! —Sofía parecía cercana a explotar—. Sabes que me disgusta beber en exceso —dijo indignada.

—Está bien —por fin se contuvo Carmen—. No vuelvo a decir estupideces, ¿cómo fue el sueño?

Amara, más tranquila contó el sueño con todo detalle. Explicó las cosas vistas y las palabras escuchadas. Platicó las aventuras vividas y su encuentro con la cultura griega. Carmen quedó perpleja, le sorprendía todas las cosas fantásticas del sueño tan real experimentado por Amara.

—¡Wow! —dijo al fin la castaña—, es un sueño muy raro.

—Así es, inexplicable. Nadie puede ayudarme a entenderlo —comentó.

—Al fin y al cabo, es un sueño —intentó tranquilizarla Carmen—- Es insignificante.

—Pues no sé, pero me dejó mucho para pensar.

—Despreocúpate, si vuelve a pasar me avisas para descifrarlo —Carmen hizo una pausa—, aunque pienso que es irrelevante.

—Ojalá no sea mal presagio —continuó diciendo la rubia.

—Tienes suficientes problemas, evita pensar en ello —concluyó su amiga—, debo irme, fue un placer platicar contigo.

—Me imagino que el mismo placer te dio reírte de mí —sonrió Sofía.

—Disculpa, para mí los sueños significan nada, además me pareció divertido al principio. Una disculpa si te ofendí —ambas rieron en el monótono teléfono.

—Eres franca, cómo me gustaría ser así —respondió nostálgica Amara.

—Tú eres tú, y así como eres te aprecio —la intentó consolar.

—Pero eso no me quita que me exija más.

—Tienes razón. El ser humano se desdobra día a día — reflexionó Carmen.

—Bueno, te veo el lunes —se despidió Amara.

—Adiós, te cuidas —las dos colgaron. Nadie separaría su complicidad.

Pasado

Como todos los días Tima salió para la escuela, hoy demoró más de lo acostumbrado. En la habitación, alistaba sus cosas. Tardó media hora. Se fue rápidamente y alcanzó el autobús como de costumbre. Amara observó el extraño ajeteo, ella acostumbraba levantarse antes que Tima. No le pareció rara la actitud de su hermana menor, últimamente había sido evasiva. Así que no le dio importancia.

Esa madrugada, una cuarenta y cinco exactamente, Tima regresó a su casa, sonriente y pícara. Incluso bañada y perfumada. Su poca discreción al andar en la casa despertó a Amara. La rubia podía jurar que estuvo en algún salón de belleza, pero sabe que Tima no pierde el tiempo en semejantes trivialidades. Llegar tarde no es una falta grave, apelando a la vida social de las jóvenes, eso no era extraño, pero había un detalle misterioso y al tiempo distinguible: Tima vestía otra ropa que Sofía y su mamá no le conocían. Definitivamente había ido a otro lugar. Surgieron las preguntas en la cabeza de Amara: ¿fue acompañada? de seguro que sí, ¿dónde? y la pregunta del millón: ¿con quién?

Esperó al día siguiente para encontrarla a su regreso de la escuela, debía saberlo antes de que mamá se entere. A Clara no le convienen los disgustos, su salud es precaria. Amara comprobó que Tima repitió la misma hazaña: ahora regreso a altas horas de la noche. Eran la una y media de la madrugada. Antes, Tima dio como excusa que iba a una fiesta para disculpar la posible tardanza, pero Amara sabía que algo traía entre manos así que la esperó. A estas alturas, Amara ya estaba preocupada.

Sentada en el gran mueble de la sala escuchó la perilla de la puerta moverse, la puerta se abrió milímetro a milímetro. El lugar estaba envuelto en oscuridad, el delineado perfil de su hermana menor se fue reflejando con la luz de las lámparas del pasillo que se filtraba por la mirilla de la puerta. Tima entraba al apartamento sigilosamente como un ladrón o el culpable de un reciente crimen. Amara terminó de despertar luego de la prolongada espera y la vio entrar en silencio. Tima ignoraba la presencia de su hermana mayor y cerró la puerta.

—¿Dónde estabas? —preguntó Amara, había motivo para reclamar algo. Tima dio un salto al escuchar la voz en la oscuridad. Creía que nadie la había visto u oído. Deprisa encendió las luces del recibidor.

—¿Me quieres matar de un susto? —Tima tenía el corazón en mil revoluciones. —¿Acaso eres pendeja? ¿Qué haces aquí? —la inquirió nerviosamente—, deberías estar dormida.

—¡Oh, sorpresa! —dijo Sofía con sarcasmo—, por lo visto era inesperado encontrarme despierta en la madrugada. Además, yo comencé el interrogatorio ¿Dónde estabas? Dudo que en una fiesta.

—Y yo te pregunté ¿Qué demonios haces aquí? —respondió preguntando Tima. La bomba nuclear iba a estallar.

—Deja las tonterías, respóndeme ¿de dónde vienes? —insistió Sofía.

—Por ahí —respondió secamente tratando de zafarse del hostigamiento. Sabía de la necesidad de una respuesta menos estúpida. Amara le sacaría la información de una manera o de otra. Su

hermana no se iría con un engaño.

—Dímelo —parecía el cuento sin fin.

—Me opongo a perder tiempo contigo —las evasivas terminaron para Tima—, además es tarde. Voy a dormir. Mañana te cuento —al tiempo que se encaminaba a la escalera.

—Espera —Amara la llamó. Puso frente a ella el brazo izquierdo de manera brusca. Tima alterada, no tenía escapatoria.

—¡Déjame! —quiso evadirse, pero fue imposible, la rubia la sujetó.

—¡Dime a donde fuiste! —la soltó tras el forcejeo.

—¡Qué te importa! —le gritó Tima.

—¡Baja la voz! mamá está durmiendo —dijo Amara moderando la suya.

—Pues déjame —repitió la menor.

—¡Cállate! ¡Contéstame! Desde el mediodía te estoy esperando. No fuiste a la escuela ¿verdad? —con insistencia quería sacar la información.

—No —fue seco y sonoro.

—¿A dónde fuiste entonces? —la misma pregunta irritante.

—Qué-te-im-por-ta —la situación comenzó a divertirse. Era como un juego sacar de sus casillas a su hermana mayor. Este episodio se repetía a menudo.

—No juegues conmigo. Llegaste cambiada y perfumada ayer, así como hoy. ¿En dónde estuviste? —insistió.

—Con unos amigos —dijo evasivamente.

—Con unos “amigos” —repitió Sofia.

—Sí, con unos amigos —repuso Tima con burla.

—¿A dónde fueron?

—Por ahí —Tima continuaba evadiendo.

—Vas a empezar —Amara se llevó una mano a la cabeza para acomodarse el cabello.

—Si comienzas con jodidas sí lo hago —replicó Tima disgustada.

—Modérate, sabes que me disgusta ese vocabulario.

—Para empezar, no estuvimos en un lugar fijo... —Tima comenzó a explicar con reservas.

—Continua... —la apremió su hermana.

—Fuimos a varios lugares...

—¿Por eso llegaste tarde? —interrumpió Amara.

—En parte —aclaró la menor.

—Explicate.

—Bueno... —dudó—. Salimos en un grupo de cinco haciendo un recorrido por las plazas comerciales, pero a Mike y a mí se nos hizo aburrido. Decidimos separarnos y dar un paseo, solos. Queríamos divertirnos a nuestra cuenta.

—¿Qué pasó después que se fueron? —preguntó intrigada.

—Bueno... —maldita muletilla delatora, pensó Tima. Cuando ella decía eso era porque desembocaría en una cascada de revelaciones—, después... yo... tenía mis dudas... pero... —la cuenta regresiva de la bomba estaba en los últimos cinco segundos, la explosión era inminente— pero al final si pudimos... hacerlo.

—Mike y tú... ¿lo hicieron? —quedó sorprendida al poner en orden las ideas que Tima le decía a cuenta gotas. A veces la intuición explica más cosas de la que uno pueden decir, antes bien es la que más equivocaciones y mal entendidos provoca.

—¡Sí, sí Sofia! —Tima brincó inconscientemente de alegría como una niña después de ir al

parque.

Amara quedó inmersa dentro de un silencio sepulcral, en su esquema mental le era inconcebible que su hermana menor haya tenido su primera relación sexual. ¡Qué rápido había pasado el tiempo! Todavía recordaba los lejanos días cuando de niñas jugaban en la sala con el maquillaje de su madre a imaginar que eran adultas. La adolescencia les alcanzó pronto y en un abrir y cerrar de ojos ellas se convirtieron en mujeres. Muy en el fondo no deseaban crecer, pero el tiempo es indetenible y seguía su marcha. Ahora en Tima notó el cambio, se dio cuenta de la realidad. Las dos son mujeres adultas pasada una transición desapercibida.

La rubia tenía la cabeza hecha remolino, eran muchas emociones para un momento, sin embargo, tenía veintitrés años, y a diferencia de su hermana de veinte, jamás ha tenido la experiencia de ser amada y tocada por alguien más. Esta situación la sacó de su órbita mental. Amara empezó a hilar sus ideas.

—Linda —Sofía acarició los cabellos de su hermana—, hoy me he dado cuenta que has crecido, ya no eres la niña con quien jugaba a ser princesas en castillos en el aire.

—Fue una sensación muy bonita —se abrazaron—, si supieras...

—Algún día iba a suceder —posó la barbilla en la cabeza de Tima—, no creí que tan pronto. Sólo espero que lleves las cosas con responsabilidad.

—Sí, hoy tuve más cuidado...

—¿Cómo? —Sofía regresó a tierra en estrepitoso aterrizaje.

—Sí, lo hice de nuevo —confirmó Tima con una amplia sonrisa.

—Bueno... no debería sorprenderme... supongo... Mike es tu novio... —dedujo.

—No, apenas lo conocí ayer —la tierra se abrió bajo los pies de Sofía.

—¿Cómo! —se separó de Tima—, ¿pero lo viste hoy? ¿No? —la última pregunta salió de la garganta sin aliento.

—Estuve con otro —dijo sin preocupación Tima.

—¿Con quién?

—Olvidé su nombre. Tenía que variar —sonrió despreocupadamente.

—Puedo pasarte lo de tus relaciones, pero no concibo que estés andando con cualquier imbécil que te use como objeto, sólo para placer de él. ¡Eso no! —Amara enrojeció de coraje.

—Amara —replicó Tima con tono molesto—, esto pasa todos los días, los demás lo hacen. ¿Qué hay de malo hacerlo con uno o con otro? Además, es mi cuerpo. Tu opinión no me importa.

—¿Te das cuenta? Recapacita en tus palabras —la rubia levantó el índice ante Tima en forma vertical.

—Además tú eres nadie para decirme como debo vivir mi vida —Tima hirvió de ira.

—Soy tu hermana mayor —la ojiazul estaba realmente contrariada—, eres mi responsabilidad.

—¡Ya no soy una niña! —gritó Tima—, tú lo mencionaste antes. En dónde quedó aquel discurso de que he crecido —enfaticó. —¡Me tomas por idiota!

—Modera tu lenguaje —Sofía contenía el enojo, faltaba poco para que estalle frente a su hermana.

—A mí me vale un bledo tu discurso. Seguiré con mi vida tal cual y como está. Nada ni nadie va a decirme cómo vivirla. ¿Entendiste? —Tima escupió la última palabra. La respuesta fue una bofetada. Inmediatamente hizo distancia de Amara

—¿Por qué me pegas? —decía mientras sobaba su mejilla.

—Jamás pensé esto de ti. Estoy decepcionada. Te creí una persona responsable, honesta y transparente —se limpió una lágrima—. Ya no te reconozco. No eres la misma con la que yo

jugaba y compartía mis cosas. Eres distinta, diferente, distante y fría. ¿Qué te pasó?

Tima no respondió a la última pregunta. Fue cabizbaja a su habitación. Ahí dentro se tiró en la cama boca abajo y sollozó toda la noche. Mientras Amara retornó a sus habitaciones meditando en voz baja: “El dolor es la señal del crecimiento, y a mí me duele mucho el corazón”. Nadie era parte de la escena.

Pasado

Carmen recibió una llamada explosiva, las ondas de choque la hicieron moverse de su lugar, inquietó su alma y alarmó todos sus sentidos. Era su amiga de la vida, le pedía su presencia urgentemente porque protagonizó una trifulca de grandes dimensiones personales dejándola desesperada y nerviosa junto al borde de la desesperación.

Apenas en la madrugada, Amara se enteró sobre la promiscuidad de su hermana, desde eso quedó preocupada por las consecuencias posibles de su irresponsabilidad, estas serían devastadoras si llegara a embarazarse o enfermarse.

Sin pensarlo dos veces la menuda chica se encaminó presurosa al encuentro de Amara. Le preocupaba el posible estado de devastación en la que su amiga se pudiese encontrar, no deseaba estar en una zona de desastre. El primer paso es acordonar la zona, después hacer las averiguaciones previas para dar con el culpable a base de peritajes, del desequilibrio emocional de la rubia. Tenía ya varios sospechosos en mente, sin embargo, todo apuntaba a una persona de cuerpo femenino.

Carmen es una persona muy perspicaz, observadora y al mismo tiempo puede dar consejo o sentencia, según sea el caso y lo podía hacer con tener nada más alguna señal de “equis” cosa. Era una “juez de bolsillo”.

Caminaba con rapidez teniendo como objetivo el edificio de apartamentos donde vivía Amara. Subió al bus, abordó la línea central del metro, y avanzó como gacela las cinco calles faltantes para llegar a su destino final. Se le hicieron eternos los tres minutos que tardó luego de entrar al edificio hasta que Amara le abrió la puerta.

La ojiazul, al abrir expresaba un semblante sombrío, de piedra. La tristeza la consumía por dentro. Había fuego mortal en su interior.

Carmen ocupó el mueble grande de tres piezas. La anfitriona miraba cabizbaja al suelo, no quería verse de frente con su amiga. Carmen reconoció absorta a Amara. No era la primera vez que la notaba así, sin embargo siempre esperaba que fuera la última.

—Linda —empezó a hablar Carmen—, ¿qué pasó? Amara recogió su cabello poniéndoselo detrás de la oreja izquierda al tiempo que levantaba la vista.

—Es mi hermana, acaba de dar un salto muy grande sin alguna preparación.

—Eso es muy común en ella —dijo Carmen—, sabes lo atrevida que es.

—Sí, lo sé —contestó de inmediato—, esa es precisamente mi preocupación.

—¿Ahora cuál fue su tontería? —interrogó Carmen.

—No, está vez no hizo su escándalo —pausó—, ella ya tuvo su primera relación sexual.

—Bueno, era de esperarse. Tima se maneja por su cuenta y no obedece a alguien. Pero ¿eso es lo que te puso así? —Carmen empezó a aliviarse—, realmente pensé algo grave.

—Por supuesto que no, que tenga su primera relación no me asusta. Mi preocupación es que tuvo su segunda con un tipo diferente —Amara mostró su rostro atormentado—, y por lo que me dijo entiendo que tiene intenciones de andar con cualquiera.

—Tu hermana resultó ser una zorra... digo, promiscua —corrigió demasiado tarde.

—Eso pensé también, desgraciadamente así es —dijo Amara sin inmutarse llevándose la mano derecha a la cabeza—. Ambas palabras son exactas.

—Perdona, hablé sin pensar —se disculpó la castaña.

—No te preocupes.

—¿Sabes? Fue decisión de ella, Tima es una terca y arrogante —mientras decía las últimas palabras, observó a Amara para ver su reacción, como ella no expresó algo prosiguió—, es difícil hacerla cambiar de ideas. Lo más importante ahora es que tu madre no se entere.

—Eso es imposible —dijo Amara—. Ella va a darse cuenta tarde o temprano. ¿Te das cuenta de lo que pasaría si Tima se embaraza? Nosotras no podríamos solventar el gasto de atender a un niño. Peor aún ¿si se enferma? Quien sabe qué enfermedad se puede pegar por andar con cualquier desgraciado, Tima no usa protección. Lo más terrible es que mamá siempre ha estado enferma del corazón, eso no le impide trabajar, pero la actitud de Tima nos hace pensar todo el tiempo. Un enojo podría mandar a mamá al hospital.

Carmen miraba los azules ojos de Amara. Estaban llenos de duda y temor, podía sentir el vacío de aquella húmeda mirada a punto de estallar en lágrimas. La tristeza impidió decir algo a su amiga rubia, tenía un nudo en la garganta.

—Me enteré de todo esto, hoy en la madrugada —continuó Amara— Tima regresó a las tantas de la noche, algo que se le está haciendo costumbre. Se ausenta todo el día. Nunca creí llegar a ver algo así de ella.

—No tomes a mal lo que te voy a decir —le acarició la cabeza a la rubia—, sus pasos la encaminaban a ello.

—Tienes razón —asintió Amara—, Tima olvidó su responsabilidad. Pero a pesar de todo la necesitamos. La salud de mamá tiene que ser nuestra prioridad. Debemos estarla acompañando como hijas que somos. Tima no colabora en nada, se escapa, evade, parece que no se da cuenta de las decisiones que toma en su vida.

—Dudo que le importe el destino de su madre. Es irresponsable, pero toma sus decisiones —Carmen hizo una pausa—. A lo mejor la enfermedad de Clara la obliga a tomar mejores decisiones.

—Ojalá no sea tarde cuando llegue ese momento —Amara calló por unos segundos y luego prosiguió—. Pero... es egoísta, Carmen. Sólo piensa en su bienestar. Es obstinada, cree que todo lo dicho por sus labios se tiene que hacer.

Cuando Carmen oyó estas palabras se inquietó, porque jamás había escuchado que Amara hablará así de su hermana. Siempre decía maravillas y cosas positivas de ella, por eso durante la conversación no mencionaba todo lo que pensaba acerca de Tima, por miedo a que Amara reaccionara mal y la defendiera. Era el único tema donde no podía objetarla. Había algo más, pero ¿qué?

—Puede ser que no logre algo con ella, pero me está hartando su actitud infantil —agregó Sofia.

—¿Qué te pasa Amara? —reaccionó de inmediato Carmen—. Nunca habías hablado así de tu hermana. Hay algo que no me quieres decir, ¿qué es?

Sofia se calló e inclinó la cabeza avergonzada.

—Me siento decepcionada y traicionada —dijo Sofia levantando el rostro y mirando a Carmen directamente a los ojos—. No es justo lo que me hizo. Ahora evito verla. Me hace sentir mal. Confíe en ella, le platicaba mis cosas, pero ella nunca cuenta nada. Ella no es recíproca conmigo. Puede ser que se aproveche de los sentimientos de los demás para su beneficio.

—Creo que exageras las cosas —repuso seria Carmen—. Como te dije antes, ella está tomando

sus propias decisiones y no tienes el derecho de exigirle que sea igual que antes. Es cierto — levantó entonces la voz—, ella tiene muchas cualidades, tú misma me lo comentabas, pero también fallamos y eso nos hace humanos y a la larga, según nuestra libertad y lo que decidamos, podemos ser mejores o hundirnos. Así como el hombre más bueno se puede corromper, así también la peor persona puede convertirse en un santo —Carmen bajó la voz y continuó con dulzura—, muchas cosas resultan diferentes a como las queremos —finalizó, y abrazó a Amara.

El futuro se vislumbraba incierto para las dos hermanas. Lo único seguro era la cercanía física de ambas, a pesar de las diferencias. Nadie podría desmentir eso.

El sueño

(Segunda parte)

La hendidura de la roca era estrecha e irregular. Oscuridad: el único habitante de aquel pasadizo. Las entrañas de la tierra fascinaban y perturbaban a Sofia. El contenido de la grieta alimentó la imaginación de la chica. Sin alternativa, entró con sumo cuidado. La luz desapareció por completo. Sofia inició la aventura con la oscuridad al frente. Tenía que dominar el monstruo del miedo. Jamás imaginó encontrárselo en una cueva.

Palpaba el suelo con los pies y las ásperas paredes con las manos. Humedad presente en el aire. Olía el penetrante aroma a tierra y agua emanado del estrecho desconocido. Paso a paso la blanca piel de sus extremidades inferiores fue tornándose pegajosa. El lodo abrazó los pies de Sofia como si quisiera detenerla. La tierra mojada y granulosa conquistaba espacio entre los dedos. La sensación era incómoda. Los resbalones no faltaron.

La chica avanzaba con dificultad entre las numerosas piedras. La oscuridad era profunda. Cada paso se convirtió en situación de vida o muerte para la rubia. Pisar mal podría ser el fin de un evento sin iniciar. Sofia pensó que sería una coronación irónica morir dentro de su propio sueño.

Las piedras dejaron de ser problema serio cuando chocó repetidas veces con los molestos arbustos. Un camino de piedras y yerba. Las raspaduras sufridas por los continuos roces con la naturaleza, además de estar desprotegida y con el cuerpo casi desnudo, le hicieron pensar en retornar a casa. “¿A casa? ¿Dónde? Si no sé cómo llegué. Ignoro la manera de despertar. Para despertar tengo que sobrevivir aquí. Ojalá Carmen estuviera en este momento conmigo. Ella sabría qué hacer.” En la alborotada mente de Sofia corrían los lamentos unos a otros.

Deseaba regresar, nunca volver. La sensación de inseguridad, le provocó muchas preguntas que había considerado en su vida. Un nuevo pensamiento atormentó su mente: la muerte. Ella tenía la convicción de la existencia de la vida después de la muerte. Sin embargo, eso se le hacía insuficiente. ¿De qué servía vivir en otro mundo si dejaba a los seres más queridos? ¿La lógica donde quedaba? Luego de pensarlo mucho concluía: “A lo mejor no me agradecería tener otra vida. Si la que tengo aquí me gusta, ¿por qué razón habría que dejarla?”

En eso pensaba mientras evitaba los rasposos arbustos escondidos en las ranuras de las rocas. Apenas distinguía el contorno de los objetos. El sendero se hizo más complicado. En el suelo, casi invisible, asomaban charcos profundos. Sofia metía el pie y se mojaba hasta media pantorrilla.

El dorado cabello de la joven terminó mojado, despeinado y revuelto por el sinuoso sendero. Las uñas de las manos adquirieron el color sucio y nauseabundo de la tierra con agua. Toda ella era un desastre. Lágrimas sin consuelo forzaban salir de sus ojos. La rubia resistía. Hoy sólo quedaba la opción de continuar. Marchar atrás, impensable.

El sitio sin luz se convertía en tumba de la eternidad, en follaje del olvido. Entrar en la noche. Parecía una metáfora sacada de algún libro de poesía. Definitivamente el verso era de muy mal gusto. Encerrada dentro de una composición lírica de oscuridad. Estrofas de muerte y silencio.

Pero en ese panorama aterrador, proscrito y decrepito, Sofia vio la luz, literalmente. A lo lejos,

a muchos metros de ella, un resplandor amarillo hizo su aparición. Existían opciones reales para salir. La chica apresuró el paso. Arrastró los pies hasta el resplandor. Su espíritu avanzaba más rápido que su cuerpo. “¿Qué será esa luz?”, se preguntó a sí misma.

Conforme la joven avanzaba, la luminaria crecía. Ya cerca, Sofia, miró mejor la navaja cortadora de la noche. El color era amarillo, pero un amarillo especial al extremo. El nombre real de la inconfundible guía nocturna era: dorado. El color oro, al parecer, la salvaría del ónix.

Sofia, continuaba una cadena de sorpresas e irrealidades más allá de su corta razón. Detrás de ese brillo espectacular, había otro resplandor de rareza impune. “Quizá mejore mi destino o termine de hundirme. Acabemos con esto” dijo para sí, una vez más.

La iniciativa la dejó frente a la maravillosa fuente de la luz: un árbol. El ecológico centro del temblor visual se erguía orgulloso en medio de la espesa ausencia de luz. Extrañamente, la dorada luminosidad del tronco provenía de un río azul que lo rodeaba, sin dejar algún espacio que permitiera llegar al áspero ser viviente.

La rubia, ya cerca, bajó la vista. El camino fue descubierto por la intensa luz. Sofia descubrió atónita el mundo circundante a sus plantas: tierra, polvo y... piedras con ojos. ¡Sí! ¡Piedras con ojos! Esos extraños entes la observaban mientras recorría el difícil sendero a través de la oscuridad. Había muchas, de diferentes tamaños, ubicadas delante, atrás y alrededor de ella. Sofia dejó escapar un grito de terror.

El sonoro rugido de la garganta de Sofia asustó a las rocas. Éstas se movieron a los lados, temblaron mientras cedían el paso a la joven. Los ojos de los rocosos seres permanecieron abiertos, aguardaron las huellas de Sofia. Querían saber la dirección de las pisadas de aquellas pálidas piernas. Las rocas movían el cuerpo, su mirada garrapatita cesó. Sofia percibió las punzantes miradas de las vistas pétreas, bajó la mirada. Las piedras entendiendo el movimiento, apartaron los ojos aparentando no verla. Sofia río, el continuo temblor las delataba.

Todo pintaba tan confuso y étlico, sin lógica, locura con razón, fantasía originando sentimientos. “¿Dónde quedó lo real? ¿Y si lo real es aquello que veo?” la realidad se diluía de la conciencia de Sofia. Poco antes de llegar al Árbol Dorado, Sofia sacó numerosas cosas de sus recuerdos, tan revueltas como las anteriores. Entre los fragmentos memoriales halló un nombre: el Árbol Dorado de Vilentor.

El río circular le cortó el camino. Los ojos azules se recrearon ante tanta belleza. Sofia reconoció su estado. Las marinas retinas analizaron el cuerpo. La mugre envolvía cada poro. La cara se disipó bañada del sudor. El cabello lacio y amarillo terminó casi negro. Los dedos de los pies recogieron la tierra como palas. Lo único claro eran los ojos. El ya entonces desnudo cuerpo de Sofia estaba reducido a otra roca más con ojos.

Los azules óvalos eran hipnotizados por la dorada aura del tronco. Sofia hizo lugar en el suelo empujando algunas piedras. Éstas cedieron el sitio. La joven, sentada, permaneció quieta, con la mirada fija en el árbol. Un imprevisto surgió: el lugar se le hizo familiar. Parecía haberlo visitado con anterioridad. “Ese árbol lo he visto. ¿Dónde? ¿Dónde?” formuló preguntas sin respuesta.

—¿Ya no me recuerdas? —la voz salió del Árbol Dorado—. ¿Te olvidaste de mí? —entonces Sofia recordó ese sonido melodioso y musical.

—¿Papá? —preguntó, una vez de pie ante el Árbol.

—De él ya pasó mucho —respondió el áureo ser—. Hablo de mí. El único relato aprendido. — El recuerdo fue presente.

—¡El Árbol Dorado de Vilentor! —Sofia saltó de alegría—. Tú eras el protagonista del relato que más me gustaba oír contar a mi padre.

—Exacto —afirmó—, ese mismo soy —Entonces, como el correr del agua, Sofia evocó la narración:

EL ÁRBOL DORADO DE VILENTOR

Tradiciones misteriosas y extrañas fluyen por las arterias del mundo, las cuales sustentan la vida de este.

Una figura envuelta en alcohólico manto endrino, singular y solitaria, dispersada en embrujos, brebajes y alquimia, marcha a casa. Su posada, derruida con tinte gríseo, saluda inmóvil a su huésped. La figura empuja la puerta. Mirati cuelga en la percha cercana a la entrada, el manto de tela negra. La desenvuelta cabellera, carmesí, remolineó hasta sus hombros.

Ella, fúlgida y fatua, examinó su blanquecido semblante frente a la pared poseedora de su reflejo. Avanzó al estudio. La falda flotó sobre sus pies. Mirati ambicionaba un elemento, hasta el momento lejano.

Cuando llegó al estudio, más bien laboratorio, rozó los estáticos libros con los albos dedos. Aquellos centinelas aguardaban el momento de ser víctimas de las manos de la joven. Ellos morían cuando ella arrebatava, a través de su mirada, los secretos impresos en las amarillentas páginas.

La hechicera detuvo la mirada sobre la mesa café y vieja del centro. Arriba de ésta descansaban los instrumentos de las infructuosas pesquisas del oro. Era una obsesión para Mirati llegar a la fórmula del brillante metal.

Hacia mucho, escuchó conversar entre los cuervos la existencia de un proceso para convertir cualquier metal en oro. Los alados nunca se percataron de la presencia de Mirati debajo del árbol.

Convencida de aquella revelación, diseñó maravillosas herramientas que la asistirían para ese propósito. Labró recipientes; soldó mecheros; fabricó matraces, fundió ollas y construyó el horno. La vida se agitaba en ella tras largo tiempo de preparación.

Más tarde, inició las pruebas. Quería ver ante sus ojos la conversión de los metales en oro. Falla tras falla, la psiquis hinchaba de empuje. La ansiada meta debía estar cerca.

Amaneceres y atardeceres transcurrían como páginas de manual en el tiempo. Plomo, cobre, plata, hierro, estaño, incluso mercurio, pasaron por la tabla de experimentación. Agua, fuego, tierra, pinzas, martillo, vapor, y hasta saliva sirvieron de catalizadores de los experimentos. Igual, igual, igual, permanente efecto equivocado de cada ensayo. Ninguna mutación.

Ojos abultados de sueño, manos entumidas por el trabajo y cerebro débil de pensar, consumieron el vigor del frágil cuerpo de Mirati. Sueños dorados atizaron su mente. Polvo de oro era el aderezo de los desayunos, almuerzos y cenas. Después, sólo se conformó con aquel polvo del aurífero metal imaginante. Droga brillante, inhalante y pensante, alimento cotidiano. Desesperación, único fruto de esos incesantes intentos.

Agotada, se sentó a la mesa, se recostó sobre ella y escudó el rostro con los brazos. Apartó la mente para despreocuparla de las cavilaciones tenaces, éstas arañaban las paredes de su cráneo.

Un rumor la sacó de su letargo. Los ojos se orientaron a la ventana. Un gato verdoso filtró el cuerpo por ahí. El estupor minó a Mirati, el animal atravesó los vidrios cerrados. El felino detentaba pelaje esmeralda, en matiz fluorescente, brillaba en medio de la luz de la luna presente en la habitación.

El animal, contiguo ya a la maga, le habló. Mirati lo escuchó con cautela. El gato le explicó el método para conseguir el oro. Mirati contemplaba el iris agudo del ser enigmático mientras era

atraída con sus palabras. Éste le dijo que el empleo de carbón como base, transmutaba los corpúsculos del mercurio en lingotes dorados.

La noche escondía al pueblo de Vilentor. Arrullaba con su canto oscuro, roto por solamente por el murmullo del plateado astro. Dos días habían transcurrido de la aparición del gato. Hoy retornó. Será la escolta de Mirati para hallar el carbón.

Con inquietud, la hechicera, encendió una antorcha. La flama contoneaba a la lumbre con urgencia presintiendo un delator oculto. Protegió su carreta, las pistas del arrastre nunca serían descubiertas. Las ruedas de madera giraban separadas del suelo. Las migajas de polvo quietas permanecían. Ambos llegaron donde el carbón se apila: la casa del leñador. La bruja sustrajo lo que quiso. Volvió a casa. Ahí introdujo una pieza nocturna en un recipiente de vidrio. Posteriormente, añadió miligramos de mercurio hasta cubrir el fragmento.

La mezcla suscitó la fosforescencia del envase. El gato maulló. Los ojos de la maga se dilataron. El metal líquido desapareció para revelar una porción de oro. Las trémulas manos palparon la fina roca dorada. Sus labios rozaron la dura superficie. Sabor a oro, eso resonó en la boca. Resultó cierto: encontró la piedra filosofal.

Noche tras noche, Mirati y el gato, deambulaban por las sendas del poblado dormido en busca de carbón. Las jornadas eran cansadas. Luego de la tarea, Mirati deseaba dormir. La noche cansaba su vista. El gato insistía con la búsqueda. La oscuridad es la mejor oportunidad para fabricar el oro. Ella obedecía sin contradecir.

Dos semanas pasaron. Mirati se hastió de la expedición diaria. Recorrer el pueblo a luz de antorcha exhibía riesgo. El gato estuvo de acuerdo. Los cómplices resolvieron el problema: hacer una lámpara más grande.

Seis noches enclaustrada sirvieron a la bruja para darle la idea. El día de la revelación creó un hechizo nocturno. La fórmula fue simple: pelo de leopardo, diente de joven potro, plumas de basilisco, tierra de altas y frías montañas, canto de un atardecer, suspiro de un girasol y polvo de piel. Agitó y agitó en el recipiente de vidrio.

En el lugar detonó un destello cegador. Un haz ambarino escapó de la olla y salió por el techo. Viajó por el espacio hasta conseguir su objetivo. El rayo bañó la luna llena para darle el brillo leonado. Todo estaba hecho.

Mirati sonrió al ver al refulgente astro imitar el oro. Jubilosa preparó el siguiente plan. Ahora, ella y el felino podían caminar, sin material de combustión, por las entrañas del pueblo. Además, hallar el fósil era más sencillo, éste brillaba de color clorhídrico al reflejarse el resplandor de la luna, siempre llena, en él. Donde estaba la señal, ahí había la base del oro.

Los días morían muy rápido luego de una epidemia de tiempo. Oculta, con el gato, saqueó las reservas de carbón de los alrededores. La antorcha quedó en el pasado, la centellante lámpara amarilla mostraba el sendero. Sus arcas doradas crecieron sin límite. Tanta alegría poseyó el alma de Mirati, entonces decidió adoptar al verde animal de mascota, incluso le puso un nombre. Lo llamó casi como ella: Iriati.

Minutos y segundos se volvieron polvo y después días. El escaso carbón era insuficiente para el mantenimiento de los habitantes. El panadero disminuyó su producción. Los trabajos de herrería colapsaron. Las mujeres tuvieron, por tanto, que ingeniárselas para calentar la comida. Los ingresos bajaron; servicios y productos subieron. El caballero del hambre atravesó el pueblo en su huesudo cuadrúpedo, atacó los hogares y llevó las almas de los débiles.

Mientras esto ocurría, Mirati tapizaba su vieja casa de oro. Comía y bebía hasta la saciedad. En el frenesí, ofreció a Iriati vino, que lo tomó gustoso. Todos los alimentos de la mesa eran exóticos,

raros y deliciosos. Iriati decía que eran traídos de otro continente sin descubrir.

Cada día, la bruja, obtenía productos nuevos por medio del gato verde. Ella ponía frente al felino una pieza áurea y le decía lo que deseaba, por ejemplo: un vestido color púrpura. El animal sostenía el fragmento en el hocico, salía por la ventana cerrada. Al amanecer, el vestido, descansaba en el umbral de la casa. El animal acudía cada noche. La bruja se trocó casi en una reina. La gente pronto se percató de este cambio.

El carbón desaparecía con la misma velocidad que la riqueza de Mirati se incrementaba. Era de esperarse, detrás de la conjetura surgió la ira de las personas. El rumor de que se estaba formando una turba en contra de la maga cobró fuerza. El espanto de Mirati surgió.

La joven y el gato trazaron un plan para huir del pueblo y evitar la furia de la plebe. Mirati e Iriati, caminaron en las cálidas y solitarias noches, cobijados por luz amarilla. En la carreta trasladaron todo el oro hacia un hoyo en el suelo, cavado por la propia Mirati en los límites de la población. En aquel agujero enterró el precioso metal. Quince días le llevó enterrar trozo por trozo todos los fragmentos de oro. Consumado esto, la hechicera, comenzó a empacar sus pertenencias. El plan culminaba con el cambio de domicilio al poblado siguiente y más tarde, volver por el metal enterrado.

Dos días después, la horda de vecinos furiosos entro en acción antes del atardecer. La bruja, escasa de tiempo, terminó huyendo apresurada con Iriati, luego de crear un sortilegio.

El sol desapareció del cielo, el hechizo improvisado surgió efecto, adelantó la noche, la luna dejó de tener su brillo amarillo. Oscuridad, momento perfecto. Mirati salió de casa. Arrastró la carreta flotante, Iriati la acompañaba a su lado. Guiaba su camino con los relucientes ojos del gato. Pero en contra de sus expectativas, la turba la encontró. Escuchó el vocerío de la gente atrás de ella. Vio a sus espaldas, que los moradores la acosaban con antorchas en lo alto. La escena era apocalíptica, la querían a ella y no descansarían hasta verla muerta.

Mirati jaló la carreta con más fuerza. Frente al límite del bosque, el carro se atoró entre rocas. La muchedumbre estaba a unos pasos de ella. La hechicera trató de subir una colina, mas una mano esquelética le sujetó el antebrazo. Era un viejo fanático, que la atrapó y llevó con el desenfrenado gentío. La amarraron y retornaron al pueblo. La multitud ignoraba la existencia de Iriati. Él nunca apareció.

La plaza central fue acondicionada para el juicio. El tribunal en el costado derecho y la hoguera en el otro. Aquel inaudito proceso concluyó en menos de media hora. Mirati carecía de testimonios favorables, por lo cual terminó sentenciada a morir en la pira.

Atada al poste gritaba que la dejen ir, prometía no volverlo hacer. De los maderos surgieron las llamas. El plasma lamió el cuerpo de Mirati. Las súplicas se trocaron en aullidos de dolor. Entre el lapso de ser quemada y morir, Mirati observó a lo lejos una diminuta figura echada sobre el tejado de una de las casas cercanas. Era Iriati. El animal la contemplaba consumirse. La bruja por primera vez sintió miedo. Ambos continuaron mirándose: Mirati moría e Iriati sonreía. En la mañana, Mirati era ceniza esparcida por el aire. El gato nunca apareció en el pueblo.

El boquete abierto por la bruja en los límites del pueblo para esconder el oro, hirvió sin razón. Una fumarola estiró sus brazos al cielo. Los habitantes miraron con temor la columna gris, a la mitad del día. La tierra vibró un poco. Terror total. Tras veinte noches de incógnita, algunos hombres fueron a averiguar el motivo del siniestro.

Con gran sorpresa encontraron un árbol de tronco café con abundantes ramas y, en ellas, hojas trifoliadas de oro. Los vecinos asombrados, avisaron al pueblo. Casi todos fueron a ver la maravilla dorada. Transcurridos treinta días el pueblo de Vilentor decidió tocar el Árbol Dorado.

Así lo hicieron. Nada sucedió al arrancar una hoja, sin embargo la rama generaba otra similar.

En el ocaso del pensamiento, la gente entendió que era el botín de la bruja. Contrario a la maga, el árbol era indulgente, permitía el aprovechamiento de su follaje. Vilentor se restauró de la crisis del carbón. Las hojas dejaron de ser necesarias, pero, aun así, el icónico tronco fue querido y conocido como el Árbol Dorado de Vilentor.

—Exacto —dijo el árbol después de escuchar el relato en de la mente de Sofía.

—Siempre pensé —habló Sofía—, que eras un sueño de mi papá.

—De él sólo adopté su voz —aclaró el árbol—. Cuando los mundos mágicos se encuentran, los grandes relatos surgen.

—Estoy perdida —confesó la rubia—, ¿me indicarías por dónde ir?

—Toma una de mis hojas —respondió con bondad—, y el camino aparecerá.

Ella avanzó hacia él. El agua, protección del tronco, detuvo su corriente frente a la joven dejando el césped seco. Pasos temblorosos hicieron mella del entusiasmo infantil de Sofía. Si era cierto o no, lo que sucedía alrededor, en este momento ya no importaba. Bajo la copa del árbol, Sofía, miró detenidamente las hojas. Las hojas, trifoliadas eran como las descritas en el relato. Arrancó una y todo cambió.

Sofía tuvo la necesidad imperante de observar de nuevo su cuerpo. Estaba limpia de nuevo, vestía ahora una blusa rosada de manga larga y vaqueros azules. Los pies seguían desnudos. Se decepcionó.

—¿Y el camino? —preguntó como si esperara otro acto de magia.

—Mira atrás —contestó el dorado ser.

Mientras obedecía, la oscuridad iba aclarándose. Delante de sus ojos la luz dorada iluminó el final del paso. Lo que veía era bello. Frente a ella se abría un bosque cubierto por luz de luna.

—Gracias —dijo, mientras acariciaba al huésped distinguido de Vilentor.

—Cuídate —se limitó a decirle el árbol.

Ella corrió, con nueva ropa e hirviente esperanza, hacia el siguiente lugar. Llegó a los linderos de la ciudad verde, halló una planicie de pasto. Le restaba caminar más. Caminó bajo la plateada luz de la luna hacia un conjunto de árboles. Al entrar fue cobijada por un manto de oscuridad pasiva, un escalofrió recorrió toda la espina dorsal de la chica. Armada de valor caminó entre los pasivos guardianes.

Brincaba las raíces, sentía caer en su cabeza las gotas de rocío que resbalaban de las hojas, el olor a humedad y tierra mojada fue penetrante, entonces se dio cuenta, inclusive, del sabor de ese olor en su boca. Trataba de respirar pausadamente para no marearse y perder la compostura. El sonido y la brisa eran nulos, había un pesado sofoco.

Tenía las manos ya maltratadas, por apoyarse en los gruesos troncos de los árboles oscuros, mientras caminaba entre la tierra húmeda llena de rasposas y filosas piedras. Sofía tenía el rostro desencajado por el esfuerzo y la preocupación de lo que fuera a suceder. Las energías empezaron a agotarse.

Después de varios minutos, encontró un muro de tierra de cinco metros de altura, abarcaba todo el horizonte. El muro no lo era en realidad, sino que era un desnivel del terreno, tenía que pasarlo para continuar su camino. Sofía observó el obstáculo con atención y vio en la parte de arriba dos árboles de copa frondosa y verde con troncos plateados que coronaban la gruesa estructura orgánica. Era la entrada, las copas con las ramas entrelazadas formaban un arco, la invitaban a subir. Ella se acercó.

La luminosidad plateada de aquellos árboles, originada por sus troncos, resultaba insólita. La

chica, un tanto desanimada empezaba a retirarse cuando oyó que la llamaban: “Sigue”, dijo una voz salida de la parte superior de los árboles. Sofía dudó unos instantes, al final sacó las fuerzas restantes de lo más oculto de su ser. Cogió unas lianas que surgieron colgadas de los dos árboles luminosos. Ésas, en respuesta al impulso, levantaron a la joven del suelo. La ojiazul se sujetó con fuerza de ellas. Las lianas cesaron de contraerse hasta llegar junto al árbol del lado derecho de la entrada.

Sofía soltó los fuertes bejucos. Cansada se recostó un momento en uno de los plateados árboles. El tiempo mató abundantes minutos antes de que Sofía despertara y descubriera la masacre. El lapso de la siesta fue prolongado. Se levantó sin demora para observar el nivel donde se encontraba. El camino continuaba.

La luz de los troncos era una espesa neblina blanca que brillaba en medio de los árboles de plata. “Ignoraba que el Árbol de Vientor tuviera primos”, dijo para sí. El sendero era llano, sin obstáculos. Ahora nada se interponía entre ella y el destino final. El corazón le latía cada vez más rápido. A lo lejos otra iluminación había aparecido y Sofía estaba cada vez más cerca de ella, la luminosidad aumentaba conforme la chica avanzaba. Algo la esperaba, o más extraño todavía: alguien.

La luz cubrió por completo sus ojos. Ciega casi al instante continuó, siguió adelante guiada por la corteza de los árboles cercanos que tocaba. De pronto la luz bajó de intensidad para dejarle ver otra maravilla. Frente a sus bellos ojos azules se materializó un gran lago.

Detrás de él había más árboles de tronco plateado, como los de la entrada, formaban un semicírculo alrededor del acuoso centro. Entre ellos había un sendero de pasto suficiente para pasar en los costados.

La muchacha quedó asombrada al acercarse al agua. Ésta brillaba con toda la magnitud que tendrían litros de mercurio derramado, sin embargo, carecía del característico color plateado, porque resplandecía con un diáfano color blanco. El líquido contenía la luz de la luna, vista desde la entrada del bosque. El lago emanaba luz propia, era el eje luminoso del lugar.

Arrodillándose por el agotamiento, la joven respiró profundamente y puso las manos sobre las piernas. Admiró el paisaje ubicado frente a ella. Estaba agitada tratando de hallar una explicación a todo lo ocurrido porque era un sinsentido su entorno. “Todo es un sueño, aún estoy dormida” trató de explicarse.

Quería despertar, pero no pudo. Probablemente estaba despierta así que intentó lo contrario: dormir, tampoco pudo. Al momento de cerrar los ojos notó un fenómeno: podía ver la luz del extraño lago pero sin la presencia de los árboles, el cielo o el pasto, el agua seguía siendo visible para ella.

Abrió los ojos, se levantó y caminó hacia la rareza que tenía enfrente. La hierba acariciaba con su fresca humedad las heridas de sus pies y se relajaba. Asomó el rostro al lago, se reflejó nítidamente en el raro líquido. Era un espejo. Se lavó la cara y las manos para refrescarse del accidentado camino. Los dedos le ardían, su cuerpo olía a hierba y sentía las piernas entumidas. Sin embargo, Sofía disfrutaba con inmensa alegría poder sentir el agua corriendo por su piel.

El fondo del bosque fue despertando. En el extremo posterior al lago surgió una tenue luz celeste, la cual, incrementaba su radio poco a poco. Los árboles se hicieron a un lado del resplandor, aun así, terminaron teñidos de color azul. La chica no salía de su asombro, el miedo la invadió otra vez. Sus ojos, llenos de angustia, observaban a la lumbrera cubrir los arbustos aledaños.

De repente, el misterioso haz dejó de expandirse en el espacio de los arbustos centrales,

mostraron una oscura figura masculina. Sofía trató de distinguir quien era, pero resultó imposible.

“Ven” resonó en su confundida cabeza. Se irguió al instante, ante ella apareció un puente de madera, tendido de un extremo al otro del lago. Para variar, era de color dorado. Lo sostenían dos postes con amarras. El paso estaba protegido por un barandal, con grabados antiguos de héroes y seres de la mitología griega.

Sin pensar más, Sofía comenzó a cruzar hacia el otro lado, sobre la larga parábola brillante extendida por encima del luminoso lago, dirigiéndose hacia la misteriosa figura que la esperaba. Apoyada con las dos manos en el barandal se detuvo un momento, miró de nuevo por el lado derecho la luz del agua, quería quedarse ahí.

Imposible despertar, imposible dormir. Resolvió continuar hacia la sombra para acabar con esa extraña aventura. Cruzó el puente, marchó hacia la luz azul, ésta se apagó poco a poco y desapareció junto con la oscura silueta del hombre dando paso a los árboles que volvieron a su lugar y color original. Nadie la acompañaba.

Pasado

Ocho de la noche. Cena formal en el restaurante “Todo pasa” cerca de la Galería de la Condesa. La tímida Amara en cita con su novio. Si se trata de noches raras, ésta es una de las mejores. “¿Quién diría que el ‘ratón de biblioteca’ saldría con el ‘semental de las praderas’?”, dijo burlescamente Deniseye, la chica más bonita del *campus*, ni ella pudo conquistar a ese “bombón”. De sobra está decir que hervía de envidia al ver a Amara con el galán de la escuela. “Es una aberración, imagínense un Ferrari junto a un auto hecho chatarra en la calle” comentaba entre las amigas. Fue hasta que Carmen se hartó cuando Deniseye dejó de hablar mal de Sofia. “¡Sigues hablando así de mi amiga, zorra de segunda, y tú serás la decoración de la suela de mis zapatos deportivos!” dijo molesta Carmen. “Dejaré de hablar, pero la verdad es la verdad. Si no la quieres ver ¡jódete!”. Y tal como lo prometió, guardó la lengua sobre ese asunto.

La noche propiciaba el clima perfecto para la velada. El ambiente era adecuado. Cualquier cosa podía suceder. Frente a ellos tenían el plato con una fina porción de filete inglés cocido en término medio. Esa exquisitez era nueva para Amara, quien nunca había pasado de hamburguesas y gaseosa.

Tranquilidad, Amara se relajaba un poco, antes había discutido con Tima. Ésta provocó a Clara en el desayuno, ella trató de calmar las cosas, pero Tima se resistió. La ojiazul acabó recibiendo los insultos de su hermana menor. Una mañana para la caja del olvido.

Rodaba estos pensamientos por la cabeza. Los músculos se le tensaron con sólo recordar la escena del escándalo, prefería comer para olvidar el terrible momento. Comer para matar sus penas. Por lo menos no moriría de hambre. Intentaba poseer aquella sensación de “todo pasa”, aliviar las preocupaciones acosadoras. El sonido de las cucharas y tenedores parecía lo único autorizado para hablar en medio del silencio de los enamorados.

—¡Está delicioso! —expresó Amara rompiendo la monótona sinfonía metálica de los cubiertos. Ignoraba cómo romper ese incómodo silencio.

—Me da gusto —sonrió él,— es mi favorito. Es uno de los platillos europeos que más satisfacen mi paladar. Me gusta que otras personas lo aprecien.

—Tienes excelentes gustos —dijo mirando a su novio a los ojos.

—Tú eres uno de ellos —comentó. La respuesta resultó de lo más extraña, pero Amara ignoró esto.

La chica sonrojada continuó disfrutando de la carne. Los cumplidos eran pocos frecuentes en su vida, había que decirlo. Una vez, cuando era adolescente, el *nerd* del salón le dijo que ella sería “buen cuero” para sus libros. Era la secundaria, sin embargo, y ese chico pecoso que tenía grandes gafas delante de los ojos, nunca le interesó. El cumplido, sin embargo, lo agradeció, aunque le quedó duda si el chico era demasiado pervertido para dirigir palabras así a una chica, o era un potencial psicópata o feminicida serial. De todas maneras, la situación le hizo alejarse de él. Aquel episodio se lo comentó a Carmen. “Ese niño no sabía lo que decía, mencionó entre risas, a esa edad todos los niños ven bonita a cualquier niña”, siguió riendo. “Oye así no me ayudas. Contigo nunca conseguiré novio”, respondió ofendida Sofia. “Ese no es el objetivo de nuestra

vida, dijo Carmen, que alguien te ame por lo que eres es maravilloso, pero no es indispensable. La vida está rodeada de cosas bellas y numerosos objetivos. Te los puedes perder si miras a un solo punto en el horizonte. Lo bello nos rodea”. Amara sonrió en ese momento.

En la Universidad, Amara nunca imaginó que aquel chico, a quien conoció poco tiempo atrás, fuera alguien interesado en ella, más aún, nunca imaginó a alguien interesado en ella. Definitivamente le debía a Carmen el atrevimiento de saludarlo en los pasillos, gracias a ello pudo conocerlo.

Arturo Ortiz, es hidalguense de nacimiento, sus abuelos emigraron de Cuba. Ellos, después de desembarcar en Veracruz, se trasladaron al centro de México. Decidieron quedarse en Hidalgo, más por el buen clima que por otra cosa. Su nieto, el actual novio de Sofía, era impávido ante los acontecimientos de la vida. Para él, carecía de valor todo aquello que implicara sentimiento o reflexión. “La vida no hay que pensarla, sino vivirla” decía para sí al ver a la gente preocupada por el día de mañana. “Cuando el momento me llega, comienzo a encontrarle los beneficios, si no existen, entonces, el riesgo no vale la pena, y si los hay qué más da hacerlo” y remataba: “Las situaciones vienen por algo, lo imposible de resolver es punto y aparte, cuenta, sólo eso posible de hacer”.

Se distinguía de los demás por su forma elegante de tratar a las personas. Modales adecuados según el lugar, su respeto y cultura lo hacían irresistible. “Tú ¿cuándo le has visto la cultura a un chico?, preguntaba Carmen a Deniseye en una de sus batallas monumentales, ni siquiera sabes dónde queda el Paseo de la Reforma”. “A ti no te importa, perra, contestaba Deniseye, además nunca has tenido novio” y así seguían el resto de la hora sin maestro. Sofía fue hechizada por los notables ojos verdes, el cabello castaño y el firme cuerpo de dios griego que tenía Arturo. Irremediablemente le provocaban suspiros, y a las demás chicas de la Universidad también. Piel blanca y la sonrisa delicada, completaban las características de aquel hombre superior.

Sofía fue embargándose en la emoción, sentía soñar la experiencia del amor. Creía irreal el día cuando alguien la buscara, sólo para gozar de su presencia.

—Gracias por la cena —volvió a dirigir palabras a Arturo.

—De nada —contestó—, sólo busco darle lo mejor a la mujer de mis ojos.

—Eres lo mejor que me ha pasado —repuso la muchacha. Se miraron tiernamente.

—Amara, en el auto me mencionaste algo —quitó la servilleta de las piernas—. Dijiste algo... esperabas comentármelo en el restaurante.

—Sí —ella había olvidado el asunto, la emoción la embargó, él se interesaba en sus cuestiones —, quería decírtelo aquí. En los últimos días ocurrieron muchas cosas a mí alrededor...

—Eso explica lo distraída que estás —interrumpió él.

—En parte tienes razón —asintió ella entre risas.

—Entonces ¿qué pasa? —insistió Arturo.

—Bueno —titubeó nerviosa—, no sé por dónde empezar... —Sonrió.

—Tengo toda la noche —dijo él, viendo con despreocupación el reloj de pulso.

—Escucha, va a sonar algo raro —estaba muy indecisa para contarlo—, pero hace dos noches tuve un sueño que aún no me explico.

—¿Eso te preocupa? —sonrió Arturo ampliamente sin esperar más detalles.

—Sí —confirmó Sofía —quedé perturbada, fue tan real.

—Explicame —la apuró.

Con timidez intentó contar el sueño. Evitó ahondar en detalles para no abrumar a su novio. Al parecer ese tipo de cosas carecían de interés para él. Además, no deseaba parecer tonta, sobre

todo en la primera cita. “Siempre andas bobeando, te hablo y te haces a la misma” era la cantaleta de Carmen. Amara le narró su sueño. Mencionó el bosque de luz misteriosa; el puente sobre el lago mercurial; la casa griega; y varias cosas que atrajeron su atención en ese extraño lugar. Arturo parecía, desinteresado, permanecía impávido al escucharla. Su silencio la obligó a detenerse. Estaba incómoda.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No, ¿por qué? —preguntó extrañado.

—Creo que no te importa lo que digo —lo afrontó seria—. ¿Te estoy aburriendo? —dijo mirándolo con sus profundos ojos azules.

—No es eso... —quiso justificarse.

—¿Entonces? —insistió la chica—, para mí eso es algo importante.

—Bueno —buscaba palabras en la cabeza—, es que... —pensó sus palabras tres veces antes de decir las—, tienes mucha imaginación. —Sonrió forzosamente.

—Explícate —una cosa era ser tratada como loca y otra ser tratada mal.

—En lo personal, los sueños carecen de importancia, por lo tanto, todo lo relacionado a ellos me suena a fantasía —la chica se turbó—. ¿Dónde encuentras el estudio científico en ello? —Sofía quedó espantada—. ¿Acaso eso aclara muchos dilemas en la vida? Sinceramente esas supersticiones no me vienen.

—Espera —cerró los ojos antes de continuar y al tiempo que los abría dijo—, ¿quieres decir que fantaseo? ¿Que te digo pura mentira?

—En parte —la chica pasó de la sorpresa al enojo en segundos—. Te repito, para mí los sueños son inútiles, carecen de significado y perjudican al hombre haciéndolo idealista. Son paliativos, hacen creer las cosas mejores cuando no es así. En el mundo real, las fantasías, son inexistentes y los sueños irrealizables. La imaginación perjudica, evita pensar. No podemos ser más de lo que somos.

—Pero... —Amara dijo lentamente—, aunque lo haya contado, no quiere decir que crea en ello.

—Me da igual. Fantasía es fantasía —concluyó Arturo.

La respuesta impresionó a la chica hondamente, el sueño era interesante para ella, quería compartir la experiencia, aunque fuese fantástica, era linda en el interior. Gracias a ese sueño, algo cambió en ella. Contuvo el enojo ante la indiferencia de su novio.

—Quiero irme —Amara arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Es temprano acabamos de llegar —el muchacho trató de calmarla—. Exageras, si fue por lo que dije...

—¡Quiero irme! —repitió molesta cortando las súplicas de su novio.

—Como quieras —él pidió la cuenta.

En el auto, Amara con los brazos cruzados recordaba las palabras de Arturo. Ella creía lo contrario, le era difícil aceptar la negativa. El sueño le abrió la puerta a otra forma de pensar, y al mismo tiempo le enseñó una nueva manera de vivir la realidad. Nadie cerraría esa puerta.

El sueño

(Tercera parte)

Sofía abrió los ojos. Sobre ella resplandecía una luz cegadora. Cuando por fin logró abrirlos por completo, encontró un panorama nada familiar. Despertó dentro de una habitación blanca con dos grandes ventanas una a cada lado, cubiertas por finas cortinas blancas semitransparentes. Estaba recostada en un cómodo diván de cojines color nácar; el contorno de madera pintado de dorado. Sobre su cuerpo tenía una blanca sabana de lino, los bordes llegaban al suelo.

Al incorporarse admiró lo que tenía puesto. Un peplo blanco, un antiguo vestido griego, que le llegaba hasta los pies. Al frente de la ropa se abría un escote, el diseño le gustó a Sofía, pero se turbó al sentir que el escote se extendía atrás, dejando al descubierto casi toda su espalda. El peplo estaba sujeto por los hombros con dos broches, uno en cada hombro, y tenían la figura de Pegaso con las alas extendidas. La indumentaria carecía de mangas, por tanto, al separar los broches el vestuario caería con facilidad. El arreglo no terminaba ahí. Su cabello era ondulado y estaba dirigido hacia atrás, a su espalda, sujeto con otro broche adornado con la efigie de Atenea, diosa de la sabiduría.

El amplio vestido, llevaba en la cadera una delgada cinta blanca, que acentuaba los pliegues de la ropa. Indiscutiblemente el atuendo resaltaba la belleza de la chica y ceñía sus formas. Cuando comenzó a caminar no podía creer lo que veía. “Me siento Afrodita” dijo entre risas.

A cada paso que daba, sentía la textura dura y lisa del suelo. No tenía zapatos, eso se le hizo algo incómodo. Miró el lugar. A sus espaldas, labrada en mármol estaba la figuraba de Aquiles, el gran guerrero. La escultura se encontraba en un nicho adornado con símbolos. Sofía recordó sus clases de historia donde se hablaba de él como el guerrero de los pies ligeros, mató a incontables adversarios y fue el verdugo de Héctor, príncipe de Troya. Recordó que era casi inmortal, porque su punto débil era un lugar minúsculo, el talón, que fue por donde Paris le atravesó una flecha y lo hirió de muerte.

Sofía se acercó para admirar mejor la estatua, pero se dio cuenta que mientras más se acercaba dejaba de ver la cabeza. Fue entonces cuando comprendió que tan alto era el techo, pues por encima de la cabeza de Aquiles el techo se levantaba unos metros más. Tuvo que alejarse para verlo por completo. La estatua fue esculpida de esta forma: Aquiles de pie, sostenía con la mano derecha su escudo que le llegaba al pecho; la mano izquierda sostenía una lanza inclinada hacia sí, ostentaba la armadura griega rematada con un casco.

Las ventanas le hicieron un guiño para acercarse. Descorrió la cortina derecha. La vista fue impresionante, el cielo era de un azul intenso, despejado. En el horizonte se veían grandes montañas nevadas. Entre las montañas y Sofía se extendía un mar de color azul profundo.

La vista del paisaje le hizo percibir que la habitación estaba construida sobre un peñasco. Miró abajo, el mar se prolongaba a una orilla que no podía ver.

Maravillada por la muestra de la naturaleza se dio la vuelta. Se dirigió a la puerta de dos hojas de madera, café oscuro, la abrió sujetándola de dos argollas doradas y jalándolas hacia sí. Al

abrirlo se extendió ante ella un corto pasillo con paredes blancas. Lo recorrió empujada por la curiosidad de saber dónde estaba.

Al final del pasillo había un amplio salón. En aquel espacio rectangular, vio a su izquierda otra puerta del mismo estilo de la habitación donde estaba la escultura de Aquiles, pero de color blanco.

En medio de la pieza estaba una pequeña mesa circular de madera café, sobre ella se encontraba un recipiente de porcelana con tres flores de distintos colores: rojo, azul y dorado.

A su derecha se abría una amplia ventana, igual a la de la habitación donde despertó, pero no tenía cortina. La brisa del mar entraba plácidamente, sin obstáculo al salón.

Sofía avanzó por la estancia, pasando cerca de la pequeña mesa. Del otro lado se abría otro pasillo y fue hacia él. Halló otra sala más amplia aún, la sensación de extravío la invadió. Era el salón principal de aquel lugar.

Volteó a su izquierda, la entrada estaba cerrada por una puerta de doble hoja con un marco dorado, con columnas en cada costado.

En medio de todo este entramado arquitectónico algo llamó la atención de Sofía, levantó la cabeza y miró el macizo techo de mármol blanco que tenía un bajorrelieve. Al mirar al frente se percató de otro pasillo, todas las demás piezas de la mansión eran idénticas.

Dirigió su mirada al lado opuesto a la puerta, y observó una ventana que estaba al final del salón, esa ventana sustituía la pared que debería estar allá. A través de ella se veía el mar sin ningún problema. El asombro de la vista la dejó inmóvil. Antes de llegar a la extraña ventana, observó los dos bancos de madera y, en medio, una mesa del mismo material.

Reparó en la silueta de un hombre de pie, que miraba el hipnótico movimiento de las olas y escuchaba el plácido sonido del siseo de la voz del mar. Era de avanzada edad, corpulento, con cabello rizado y canoso, vestía un atuendo griego.

Sofía se sorprendió por la presencia de aquella persona, porque pensó que estaba sola. De pronto el desconocido le dijo: “Siéntate”, a modo de orden. Ella muda de asombro obedeció. Tomó un banco de madera cercano, la mesa tenía una jarra y dos vasos de diferentes estilos helénicos con figuras oscuras y delgadas, que representaban batallas o escenas deportivas. El anciano volteó y le dijo sonriendo:

—Hola, bienvenida seas.

—¿Quién es usted? —preguntó Sofía recuperándose un poco de sus emociones. Entonces miró mejor al sujeto, este expresaba un alegre rostro con una barba blanca.

—Alguien que desea conocerte —le dijo con amplia sonrisa—, ¿deseas tomar algo?

—No... por ahora no —la chica observó a su alrededor de nuevo—. ¿Por qué razón quiere conocerme? —interrogó extrañada.

—Porque estás cansada de gritar a la nada, yo deseo escuchar tus palabras —contestó al tiempo que tomaba asiento frente a ella.

Sofía calló al escuchar esas palabras, a nadie más se lo había contado a excepción de Carmen. Quedó impávida como una piedra, con las manos juntas encima de las piernas y la boca entreabierta.

Luego de un momento, ya recuperada del *shock*, y una vez que regresó en sí, continuó el diálogo con ese ser misterioso.

—¿Eres Dios? —indagó Sofía ingenuamente.

—No —esbozó una sonrisa el hombre—, claro que no. —Rió un momento.

—Entonces ¿quién eres?

—Soy alguien que te buscaba durante mucho tiempo y ahora logré hallarte. —el hombre se levantó, dándole la espalda a la chica, algo llamó su atención a su derecha.

—¿Por qué me buscas? —preguntó Sofía, todo se le volvía más raro—. ¿Tengo algo que darte?

—Tú tienes algo de gran valor —respondió el hombre—. Espero que seas quien busco y no me decepciones.

—¿A qué te refieres? —interrogó intrigada—. Yo ni te conozco. Acabé aquí por accidente.

—¿Estás segura de eso? —el juego de preguntas comenzó a hartar a Sofía—. Te voy a explicar el porqué de tu presencia en este lugar. Sea cual sea tu opinión no me importa, escúchame.

—¿Y si no quiero? —la chica se resistió.

—Entonces vete —se volteó hacia ella—, mas te advierto: el lugar es desconocido para ti. ¿Sabrás dónde ir? —Amara tragó saliva, el viejo tenía razón.

—No entiendo ¿qué puedo valer? —respondió apesadumbrada y lo miró a los ojos.

—Demasiado —el hombre hizo una pausa—, escúchame y después dirás. Aunque no lo creas, quiero ayudarte. —El anciano se acomodó en el banquillo.

—Comience, lo escucho atenta —el viejo suspiró, bebió un sorbo del jugo de piña de su vaso y reveló sus palabras:

EL PASAJE DE LA ESTRELLA

“Las numerosas obras de Hefestos eran motivo de asombro para cualquiera, incluidos los dioses. Aquellos trabajos minuciosos eran dignos de un gran artesano. El cobre, hierro y fuego se inclinaban ante la fuerza y labrado del dios del fuego, el hijo malquerido de Hera. El forjador elaboraba espadas, escudos, cascos, grebas, lanzas y corazas, elementos indispensables de toda armadura.

“La belleza de sus trabajos contrastaba con la fealdad del autor. Arrojado del Olimpo por su madre Hera y criado por la madre de Aquiles, Tetis, y Eurínome en isla de Lemnos, terminó aprendiendo el arte de la metalurgia. Lisiado, cojo y feo regresó al Olimpo por su lugar.

“Atenea, diosa de la sabiduría, muy querida por él, halagó el fino servicio dado a los habitantes del monte sagrado. El amo del fuego vivía en un volcán oculto de la mirada de los mortales y de los dioses. En agradecimiento, Hefestos forjó, repujó y labró una estrella azul. Luego de cinco semanas de imperioso empeño, logró concluir una redonda y brillante luminaria de color celeste. La diosa recogió el presente en el mismo hogar de Hefestos. Atenea llevó la luz hasta el Olimpo oculta en su pecho. Ella era feliz, al igual que Hefestos.

—¿Cómo que Atenea tiene una estrella! —gritó Afrodita en el palacio de Zeus.

—Hefestos se la regaló —contestó el dios de dioses desde su asiento luminoso, sujetaba en la mano derecha el báculo de poder—. ¿Por qué te molestas?

—Yo soy la diosa de la belleza —replicó furiosa—. ¡A mí me tienen que hacer regalos!

—Pues creo que si fueras benévola con tus oferentes tendrías más aprecio —, concluyó Zeus.

“Afrodita marchó ofendida hacia su templo. El regalo hecho por el herrero de los dioses era demasiado valioso. Las manos de Atenea eran indignas de sostener aquella joya.

“Una de esas noches tranquilas y despejadas, salieron las dos diosas. Atenea jugaba con su estela en la terraza de su templo. Corría de lado a lado mientras la estrella seguía sus movimientos. Reía la niña de la sabiduría. Afrodita celosa, observaba desde las columnas de su sagrado edificio, a su rival.

“Cansada de jugar, Atenea se recostó en el suelo, la estrella tomó lugar a su lado. ‘Te verías

muy linda allí arriba’, dijo la sabia diosa señalando el cielo. De pie, atrajo hacia ella a la bola de luz. Afrodita estaba a la expectativa. Entonces, la hija de la sapiencia lanzó la luz al infinito.

“La estrella quedó cerca de la posición de la luna, desde cualquier ciudad de Grecia podía verse el resplandor azul. Esta era la oportunidad para Afrodita. Sin pensarlo dos veces, la diosa del amor estiró el brazo y movió el firmamento con todo y sus constelaciones, a excepción de la lumbreira.

“Las miríadas de cuerpos celestes tomaron nueva posición. La luz azul se perdió en el manto de la noche. Desde ese momento, Atenea, buscó su regalo entre los astros. Afrodita gozaba de su hazaña. La estrella de Atenea permanece escondida, reposa, mientras anhela ser encontrada por su dueña.”

Sofía guardó silencio después de la narración del anciano. Trataba de comprender la relación entre el relato y su vida.

—No entiendo —dijo la rubia moviendo de un lado a otro la cabeza—. ¿Cuál es el objetivo de la historia?

—Escucha —el anciano se encaminó hacia la abertura mirando el horizonte—, eres una persona importante, era necesario que supieras esto.

—¿Importante yo? —Sofía empezó a reír—. Nadie me ha tomado en cuenta desde hace mucho. Soy incapaz de tener un poco de valor para lograr algo.

—No comprendes aún —dijo serio el hombre—, estás a un paso de mostrar tu valía. —Miró a verla.

—Estás muy convencido —decidió seguirle el juego—. Dime la manera para mostrar mi importancia porque, si no lo sabes, le tengo miedo a la oscuridad —mencionó esto sólo para burlarse de él.

—Pues hoy es el tiempo —se acercó el hombre a ella—. Tu misión es encontrar la estrella de Atenea.

—No me escuchó, ¿verdad? —enfaticó Sofía seria.

Pasado

La relación iba a pedir de boca, no sólo en el caso de los besos, sino a razón de las muestras de afecto evidentes, el noviazgo se iba consolidando de forma seria, parecía arribar a buen puerto. Sofía aún estaba dolida por lo que su novio dijo acerca de los sueños, la cita nocturna volvió un remolino su cabeza haciéndola dudar hasta de sus propios pensamientos.

Fuera de la esfera de su vida, Amara, era vista por las demás alumnas de la Universidad como una simple estudiante de Filosofía y Letras que se pavoneaba con el rompecorazones del sociólogo. Obvio que la envidia surgía entre las chicas. Cuánto hubiesen dado las otras, que la superaban en belleza y hasta en voluptuosidad, estar con Arturo, aunque sea una vez, claro que no para conversar.

Amara era considerada aburrida, intelectual, tímida y nada interesante. Anexados a los adjetivos anteriores había otros más despectivos: no era sexy, carecía de gracia, era torpe, idealista. Descripciones nada halagadoras. ¿Qué podía ver Arturo en esa? Ella, además de rechazada por el círculo popular, era evadida. Era considerada un virus dentro de un vivero de supervivencia. Todo osado cerca de ella inmediatamente era tachado al igual que sacado del círculo social. Era tenida como un “estigma humano” algo “raro”, incluso sólo “algo” casi como la “peste”. Amara tenía pocos amigos que la defendieran. Quienes decían serlo se alejaron a causa de las murmuraciones. Amara Sofía carecía, irónicamente, de su primer nombre.

Carmen se encargó de tirar por tierra esto. Atrevida por esencia, se le acercó una mañana del mes de enero en el segundo semestre del primer año de la carrera. En primer momento le advirtieron de las consecuencias, pero ella repetía: “Es un ser humano, es imposible vivir sin la sociedad. Ella también siente. La soledad en el hombre lleva a la muerte.” Carmen prefería ser condenada por los otros a perder su oportunidad de conocer a esa persona que con actitudes calladas sabía que gritaba interiormente por tener amigos. La chica de ojos cafés no soportaba verla sola, cabizbaja y casi muda. Las clases era el único momento donde podía escuchar su voz suave y temerosa. Amara demostraba rechazo a las relaciones con los demás, temía ser lastimada. Optaba por bajar el rostro, así evitaba las miradas de los otros. Carmen captaba aquello y se compadecía de Amara e imaginó la cruel soledad marginal vivida por esa chica.

Acercarse a Sofía fue difícil, la rubia se refugiaba en una armadura psicológica, y se ocultaba metafórica y realmente de la mirada de los demás. Esto hacia preguntarse a Carmen: “¿En dónde podría esconderse esa chica?” La buscaba alrededor del *campus* universitario. Los intentos resultaron infructuosos, pero no disminuyó su interés por encontrarla.

Por fin, logró hallarla en una banca solitaria. Amara veía fijamente su carpeta azul llena de papeles cuadriculados sin escribir nada. Carmen caminó con lentitud hacia donde estaba. Cuando la tuvo de frente, reparó que no tenía idea de cómo comenzar la conversación y después de pensarlo un poco dijo lo primero que le vino a la mente:

—¡Hola! —saludó con naturalidad aderezándolo con una sonrisa.

—Hola —contestó tímida Sofía sin darle importancia—, ¿te estorbo? Si quieres puedo quitarme —dijo sin más.

—No, no... te puedes quedar ahí —levantó las manos moviéndolas de forma negativa. Definitivamente le cayó de sorpresa la reacción de Amara. No podía creer el grado de inferioridad de la sumergida rubia. — ¿Qué te hizo pensar eso?

—Cuando eres invisible a los ojos de los demás es mejor quitarse de su camino —dijo la rubia levantando la cabeza—. Sabes bien del desprestigio al que estás expuesta.

Carmen abrió los ojos pasmada por aquellas palabras. Eso era mentira, Amara vivía en una mentira. El convencimiento y la resignación de Amara sorprendieron a la castaña.

—Este... —la situación empezó a complicar el plan amistoso de Carmen. Ella pensaba hacer una plática de amigas y no terapia psicológica—. ¿Estás realmente convencida de eso? —esperó nerviosa la respuesta.

—Sí —bajó el rostro—, no me hace especial el conocimiento que los demás tengan sobre mí —eso confirmó las sospechas de Carmen—, pero me da mi lugar.

La chica castaña quedó boquiabierta. Escuchaba la subyugación racional del déficit de autoestima, por si fuera poco, expresada en silogismos arcaicos con autoridad y convencimiento. La gracia de esa estéril sabiduría provenía de las opiniones de los demás. Aquellos la etiquetaban como bicho raro. Reflejo de la sociedad extendida ilimitadamente, buscando a quien pisar y arrancar de tajo para consolidarse de forma cercana a la perfección. Es un proceso de eliminación de lo inservible para crecer hacia adelante, como un monstruo, sin volver la mirada atrás.

—Sólo quería platicar contigo —dijo Carmen—. Siempre te veo sola.

—¿Tienes algo para platicar conmigo? —Amara intentó evadirla—. En verdad... soy aburrida —se escudó con esa excusa.

—¿Eso es lo que piensas? o es lo que te dicen —Sofía no contestó—. Tú tienes muchas cosas para contar—. Carmen tomó asiento junto a ella —El ser humano es un libro para leerse poco a poco.

—También soy callada...

—Y eso —la interrumpió—, te convierte más interesante. Aunque en sus adentros se preguntaba en qué lío se acababa de meter. Cada capítulo será nuevo para mí, de repente me convertí en poeta. Se dijo sarcásticamente.

—No, imposible —negó Amara—. Soy reservada, evito hablar de lo que me lastima —se puso de pie.

—Por eso te mueres sola, porque el dolor se vuelve tu vida y necesitas de él para sobrevivir — Carmen también se levantó—. El dolor es parte de la vida, no la vida, solamente sirve para crecer y no para vivir de él —esperaba una reacción de Amara, estaba frente a ella.

—¿Es evidente mi sufrimiento? —la miró de frente por primera vez.

—Sí, pero confío en ti, Amara, dame la oportunidad de ser tu amiga —le dijo con voz fraternal —, no es justo que te traten así.

—Eres la primera persona que cree en mí —sonrió espontáneamente con timidez.

—Vamos, hablemos —la tomó del brazo—. La plática entre amigos ayuda a vaciar una tinaja llena de hiel.

Tomadas del brazo fueron cimentando su amistad. Carmen fue alejada de los grupos sociales, perdió a sus antiguos amigos, sin embargo, ganó una gran amiga.

Aquel recuerdo estaba anclado en su mente mientras veía a Amara feliz con su novio Arturo. Su felicidad era ver la felicidad de su amiga, ahora llena de vida.

El novio dejó a Amara en la puerta del salón sin antes despedirse con un beso y prosiguió su camino dirigiéndose hacia sus clases.

—¡Estás muy sonriente hoy! —Carmen la recibió con alegría en la puerta.

—Tú sabes la razón del por qué —respondió algo sonrojada.

Unieron sus manos. Adentro los demás murmuraban acerca de la “rarita” y el apuesto novio, decían de todo, desde lo más ridículo hasta lo más ofensivo y degradante. Ellas los ignoraron porque no hacían caso de opiniones y burlas sin sentido.

—Es muy buen partido —le dijo Carmen.

—Sí, es muy interesante —afirmó—, es un hombre de mucha cultura.

—¿Qué más puedes pedir? Tienes un novio inteligente —comentó Carmen entre risas.

Amara la secundó riéndose también. Ambas querían prolongar el emotivo momento indefinidamente sin que nadie las interrumpiera.

El sueño

(cuarta parte)

—No me escuchó ¿verdad? —repitió Sofia. La pregunta se perdió en el aire.

—Es momento de prepararte —afirmó el anciano—. Tienes un viaje por hacer.

Las cosas eran más confusas para Sofia, se volvían opacas más de lo que pensaba. Miró alrededor. Desconocía el motivo por el cual la trajeron aquí. Estaba perdida, mas debía cumplir una misión. Aquello era su terror. En el mundo real, las personas alzaban los ojos para evitar el contacto con ella, querían verla lejos. Ahora resultaba ser importante, con un encargo exclusivo para ella. ¿Cuál sería la razón de escogerla sólo a ella? Ninguno ofrecería un mísero centavo por su persona, y en este momento emprendería una misión. Definitivamente el hombre no sabía nada de esto. Sofia estaba decidida a rechazar tal petición, perderse entre las sombras era su mejor habilidad.

—Me es imposible aceptar —dijo tímida—. Quiero mantenerme lejos de los peligros y regresar a casa. —El hombre la miró.

—Es un viaje dispuesto sólo para ti...

—Aun así —interrumpió—, quiero irme.

—¿Sabes cómo volver? —la chica no respondió—. Ha llegado tu momento. Es tu oportunidad de morir un poco a tu pasado. —Sofia repasó sus opciones, la verdad es que era la única.

—Está bien —se resignó—. Acepto. —El anciano sonrió.

—Muy bien —dijo satisfecho el hombre—, ponte de pie y acércate. —Ella obedeció.

—¿A dónde iré?

—Hacia esa isla —le señaló el lejano horizonte—. Rescatarás la Estrella de Atenea.

Sofia vio a través del lado del salón sin pared, un oasis marino en medio del desierto húmedo del mar. La pequeña concentración de piedra era cubierta por espesas selvas y ceñida por una blanca playa. A lo lejos había dos colinas, en la occidental se levantaba un templo y en la oriental una cúpula sostenida por varias columnas. La vista era maravillosa. El viento movía los cabellos de la muchacha y acariciaba la fina piel de sus mejillas y pómulos. Parecía que el viaje era inofensivo. “Unas vacaciones en el lejano lugar de no sé dónde”, decía Sofia para sí.

—Tardaré días en llegar ahí —dijo, sin embargo, ya se había enamorado del lugar e iría de cualquier manera.

—Despreocúpate —sonrió el hombre—, yo te llevaré. La chica observó meticulosamente los brazos de su anfitrión: eran gruesos y musculosos. A pesar de la edad, las brazadas de ese hombre bien podrían llevarla en poco tiempo a la isla.

—Eso arregla el problema del transporte, después ¿cómo recuperaré la estrella?

—En la isla vive una diosa, amiga mía, ella te está esperando. —La mente de la rubia nadó en un licuado de enigmas cada vez más espeso, a punto de hacerse yogurt.

—Bueno —dijo resignada de nuevo—, estoy sin salida. Lléveme allá.

—Correcto —dijo el alegre anciano—. Cierra los ojos. —Esto se iba a poner de lo mejor, los

iris celestes de Sofía fueron cubiertos por la piel de porcelana de sus parpados.

—Espera, cuánto tiempo... —abrió los ojos al tiempo que el anciano chasqueó los dedos. Entonces dejó de verlo, y frente a ella apareció el prolongado mar azul y más lejos el peñasco, en el cual, estaba construida la casa donde despertó. El viejo la despedía desde lejos con la mano hacia arriba desde la gran ventana.

Sofía quedó petrificada. Movi6 los pies y percibió la arena, fina y brillante, entre sus dedos. A sus espaldas se extendía una selva de grandes árboles y palmeras. Caminó durante varios minutos en busca de una entrada entre los arbustos. A la distancia divisó una figura acercándose a ella. Aún estaba muy lejos, era imposible saber quién se aproximaba.

—Sofía, Sofía —la voz venía de la persona de lejos—. Llegaste, hace tiempo que te estoy esperando. —Al tenerla más cerca, la rubia, vio que era una mujer, analizó su atuendo: la desconocida tenía un vestido similar al que tenía ella, además de una corona confeccionada como diadema dorada que abrazaba las sienes de la mujer. En la parte superior de la diadema estaban colocados cinco pequeños cilindros verticalmente.

—¿Te refieres a mí? —preguntó incrédula.

—¡Claro que sí! ¿Acaso hay otra Sofía por aquí? —la respuesta fue más intrigante todavía. La misteriosa mujer sabía su nombre y la esperaba.

—Me dijeron que tenía una misión...

—Exacto —interrumpió emocionada la extraña f6mina—. Pero todo a su tiempo. Yo te enseñaré cómo cumplirla, por ahora sígueme.

Ambas avanzaron unos metros y hallaron un trecho libre de vida verde. Caminaron en medio de los arbustos playeros. El sendero era de arena amarilla y gruesa. Los pies de Sofía sintieron lo rugoso de la superficie. Aquella sensación de cambio de textura provocó una fiesta de emociones en la piel de la chica. Otra cosa que robó la atención de la rubia, fue la infinidad de caracoles rosados que los escoltaban. Era curioso verlos, la lentitud de esos animalitos hacia la ilusión, al verlos de lejos, que cada lado estaba limitado por las conchas de esos moluscos, mas al acercarse podía verse muy bien el movimiento de sus antenas y el esfuerzo de arrastrar su casa sobre sus lomos.

—Disculpa —habló Sofía—, veo que me conoces, sin embargo, yo a ti no.

—Tienes razón —dijo apenada—, he sido descortés. Mi nombre es Hera.

—¿La esposa de Zeus!?

—La misma —afirmó.

—Eres hermosa —el cumplido salió espontáneamente de la boca blanca y tierna de Sofía. Hera rio

—Muchas gracias, tú igual eres muy bella.

—No me vas a matar, ¿verdad? Sé que te dan celos todas las mujeres.

—Sólo las que se acercan a mi marido —ambas rieron.

Siguieron caminando hasta llegar a una escalinata. Subieron, mientras platicaban animosamente, al templo de la cima. Cada escalón era amplio, podía ponerse ambos pies, uno tras otro. El ascenso era descansado. Además los rellanos bien podían pasar como plazas. La escalera fue esculpida en la blanca roca de la montaña, reflejaba la cálida luz del astro rey.

Una vez frente a la puerta de la construcción dedicada a los dioses. Hera, abrió con su llave de oro. Las hojas de hierro se abrieron de par en par. El suelo gris del recinto lucía un brillo singular. En medio del templo había una alberca de aguas termales al aire libre. Aquel balneario estaba en medio del templo, rodeada de pasillos con varias columnas en la parte más próxima al contenedor

de agua.

—Te ves cansada —dijo Hera—. Debes reposar un rato.

—Gracias —acomodó las hebras de paja de la cabeza hacia atrás—, debo prepararme para la misión.

—Sí, seguro ya te la contó Aristóteles —Sofía quedó con la boca abierta.

—¿Cómo dijo?

—El anciano que vive en la costa de enfrente —aclaró la diosa—. Él es el estagirita más famoso de Grecia. Se le conoce como el maestro de la ética y la lógica.

—Es increíble. Desconocía a ese hombre. Jamás me resultó familiar —decía sin salir de su asombro—. Ahora tienen sentido todas sus palabras.

—¿Habías oído de él? —la diosa estaba intrigada.

—Sí. En la secundaria y después en la preparatoria. Cuando estudié, si se puede decir así, sus teorías en Historia de la Filosofía y las de Platón. Hice monografías, ensayos, investigaciones... lo más frustrante fue sacar información de internet. Parece que ningún alumno se percata de lo parecido que son casi todas las referencias. Además, es fastidioso cortar y pegar a cada rato, agarras pequeños fragmentos y lo vas uniendo en tu documento hasta formar un monstruoso y amorfo *collage* de datos y... —Sofía concluyó abruptamente su anecdotario. Hera frunció las cejas sin entender una sola letra del discurso de su invitada.

—Perdón —dijo Hera después de corto silencio—, pero ¿te drogas?

—No, por supuesto —respondió Sofía indignada.

—Desconozco los términos que utilizas —la contrariedad traspiraba en sus palabras.

—Entiendo, explicaba la manera como estudio en mi tiempo —intentó darse a entender.

—¿En tú tiempo? —preguntó contrariada y burlesca Hera—. No existe ningún otro tiempo, el único es este.

—Sin querer contradecirla, nosotros ya estudiamos su época en la escuela.

—¿Cómo es eso? —los ojos de la diosa irradiaban molestia ante la insistencia de la chica—. Y aclárame eso de “nosotros”.

—Debo estar loca, estoy discutiendo con un producto de mi imaginación —dijo sin pensar Sofía—. Conozco muchas cosas de la época griega por los libros...

—Nunca conocí —intervino la esposa del dios de los dioses— una mujer con tantos disparates en la lengua.

—Juro decir la verdad —la desesperación de Sofía era evidente.

—¿Eres, acaso, una vestal?

—¿Una vesta... qué? —la diosa se dio cuenta que era incomprendida.

—Vestal —repitió—, aquellas muchachas vírgenes, protectoras del fuego inextinguible del templo de la diosa Vesta, cuidadora del hogar. Ellas tienen contacto con los dioses, incluso pueden tener visiones.

—No, no lo soy —dio por toda respuesta, Sofía, sin comprender.

—Entonces no eres vestal... creo que tampoco virgen.

—Este... ¡Oiga! —espetó la rubia.

Al atardecer, Sofía, salió a la terraza. El aire ondeó su única prenda puesta: un manto blanco. Se desnudó ante el quieto atardecer rosado, incluso el sol detuvo la transición a la noche. El manto cayó al suelo. El agua azulada le invitaba a sumergirse. Los dedos del pie derecho iniciaron el descenso por la escalerilla de una de las esquinas. El líquido abrazó lentamente el cuerpo suave de la muchacha. Cada fibra de su piel se estremeció en cada caricia del agua. “Un baño relajante

antes de la misión del día”, sugirió la diosa Hera.

Nadó según era su deseo. El tiempo corrió más lento mientras ella jugaba con el agua. Por primera vez, Sofía, era feliz. Olvidó todo: la escuela, la enfermedad de su madre e incluso la misión. Estar ahí era lo único importante en ese momento.

Su curiosidad la llevó hasta el fondo de la alberca. Dio numerosas brazadas, la profundidad era mayor cada vez. En el suelo de la alberca, admiró los preciosos rostros de diversas personas. Las identificó como los habitantes del Olimpo. Todos reflejaban luz celeste filtrada en el agua. Apolo era quien sostenía el sol; el del rayo, sin equivocación era Zeus; el hombre fornido del tridente era Poseidón; el montado en el carro de guerra era Marte. A su izquierda estaban las mujeres: una preparaba el arco, era Diana; un búho en el hombro, Atenea; y la de la manzana: Afrodita. Las pinturas eran idénticas a las halladas en las ciudades griegas, en las expediciones arqueológicas del siglo XX, según estudió, antes, en Historia del Arte.

Salió a la superficie. Recogió el manto. Alzó la vista al firmamento. El sol se ocultaba envuelto en óleo naranja.

En una zona apartada del templo, Hera, trabajaba en la cocina. Sofía se acercó, curiosa, para ver los movimientos de su anfitriona. La primera sorpresa fue encontrar a la diosa detrás de una barra—desayunador de color ónix. Si no fuera porque sabía que estaba en una tierra netamente griega, hubiera jurado estar frente de una refinada pieza de alta cocina, así como las mostradas en la televisión.

—¿Te gusta mi cocina? —preguntó.

—Está... bonita —Sofía omitió el detalle de la barra.

—Mira —movió algunos accesorios cercanos a sus manos—, estoy preparando un refrigerio antes de tu misión. —La invitada observaba los grandes trozos de comida puestos en un plato. Eran pedazos de carne, rebanados en filetes, junto a ellos había tres rebanadas de papas fritas, ensalada. Un vaso de jugo de naranja al lado de los apetecibles alimentos—. ¿Qué pasa? Imaginé tus ganas de comer.

—Vaya, ¿todo es para mí?

—¿Esto? —la diosa hizo a un lado el plato con carne—. Esto es para mí. Lo tuyo es *esto*. —Le presentó un platillo con rodajas de plátano y un vaso de limonada. La desilusión apareció en la cara de Sofía.

—Disculpe, agradezco su preocupación por mí, sin embargo, muero de hambre. El bosque me dejó cansada, me gustaría tener un poco de proteína para mi estómago.

—¡Oh! Comprendo —Hera dirigió sus pasos de lado a lado de la barra, buscaba algo—. ¡Eureka! —le puso unas hojitas de lechuga en el platillo—. Lo siento, pero los guerreros comen ligero antes de entrar en batalla. —Sofía pensaba más con el estómago que con el cerebro.

—¿En serio? —impaciente—. ¿Cuál es el motivo?

—¡Eres ignorante! ¿Acaso nunca tu padre ha salido a pelear? ¿O alguno de tus hermanos afrontó una batalla cerca de Cartago o en los estrechos de Esparta? —la chica quedó muda—. Van a la guerra con algo ligero en el estómago, porque si le cortan el abdomen durante el combate evitará esparcir sus alimentos en el campo. Recoger el cadáver realmente sería asqueroso —la rubia quiso vomitar.

—Pudo haberse saltado los detalles.

—Perdón, sólo quería ser clara —afirmó Hera. Sofía tomó los plátanos cortados, la lechuga y la limonada. Mientras comía, escuchó el sonido familiar de su cocina. Hera metió varias piezas de fruta en una licuadora. Los ojos de la ojiazul quedaron como platos. Pudo haber pasado de largo

la presencia de la barra— desayunador, mas ¡la licuadora! Era demasiado.

—¡Increíble! ¿Dónde consiguió la licuadora? —preguntó asombrada.

—Me la regaló Zeus, salió en oferta en un folleto—. En ese momento oyeron un timbre—. ¡Oh! Ya están listos los sándwiches. —Dio la espalda a su invitada para abrir el horno de microondas.

—¡Oiga! Ese electrodoméstico es del siglo XX —señaló Sofía.

—¿Sigues con tus cosas? Eres incorregible. Este aparato lo compré en una venta de veinte meses sin intereses —Sofía reparó en un compartimento de aluminio más alto que la diosa—. A pesar de tu impertinencia voy a ofrecerte más limonada. La puse a enfriar. —Sacó una jarra del artificio. Por fin, la chica, reconoció el gran objeto: un refrigerador. —A ver si no me dices ahora que esto —dijo señalando la nevera—, es del siglo tal, porque déjame decirte que lo compré con mi tarjeta. —La boca de Sofía se abrió más de lo normal, mil cosas pasaron por su cabeza para responder, sin embargo, calló. Una diosa de miles de años de antigüedad era dueña de una cocina integral más grande y bonita que la de su casa.

—Me empieza a doler la cabeza —comió el último bocado y se retiró.

—Está bien, voy a acabarme la limonada.

Selene salió al firmamento para sustituir el baile perpetuo del sol, era su turno en las bóvedas superiores. Sus siervas luminosas la rodeaban, entre ellas estaba el regalo de la diosa Atenea. Sofía se preparó. Hera le facilitó las armas. El carro, tirado por dos enormes caballos, la llevaría hasta los confines del cielo. Imágenes doradas de Pegaso, en pleno vuelo y en ataque, decoraban el armazón del vehículo de madera. Las ruedas tenían acabados en oro, pequeños relieves de sarmientos se enredaban en los rayos. Los animales de arreo eran blancos. Las mujeres en la terraza, paradas junto al móvil, prepararon los últimos detalles. Sofía traía puesta su armadura.

—Cuando Aquiles supo de la muerte de su mejor amigo, asesinado por Héctor, el domador de caballos tomó como botín, la armadura de su enemigo que era la del mismo Aquiles —contaba Hera—, lloró amargamente. Su madre, Tetis, pidió a los dioses su intervención. Entonces, Hefestos, hizo una armadura en una sola noche. Ésta fue entregada al guerrero que nunca ha habido jamás.

—Buscó al príncipe de Troya —continuó el relato Sofía—. Gritó ante las murallas el nombre del asesino. Héctor bajó con la certeza de su fin. Aquiles venció y arrastró el cuerpo de su enemigo hasta su campamento.

—La furia de Aquiles —la seriedad relucía en las palabras de la diosa—. Ahora sí te puedo asegurar la existencia del paso de las épocas. Los vi pelear, recuerdo a la perfección el día y el lugar, la arena bañada de sangre —un breve silencio surgió entre las mujeres. —Bien, ahora vas a dirigir el carro. Serás el auriga.

La armadura de Sofía combinaba con el color de su carro. Era una auténtica guerrera griega: vestía pechera, túnica corta que le cubría media pantorrilla, grebas y sandalias. Motivos áureos, Pegaso para variar, adornaban la superficie del traje haciendo contraste con el fondo negro. El manejo de la coraza griega era un reto para la chica. Era la primera vez que se ponía un armazón así. La incomodidad la presentaba en la parte del pecho y las piernas, el movimiento fue más lento. ¿Cómo podría pelear, trabar combate? ¿Dónde correría? Podría caerse desde el carro y morir al instante. ¡Peor aún! ¿Y si aparecía Aquiles? Desde este momento podía asegurar la muerte.

—Es hora de realizar mi tarea —tomó el casco en sus manos—, hay cosas pendientes antes de volver a casa. —Metió su cabeza en el yelmo.

—Encontrarás la estrella, lo sé. Recuerda mis instrucciones.

—¿Por qué me ayuda?

—Los humanos —dijo la diosa—, son tan impredecibles. Además, hay ocasiones que necesitan alcanzar las estrellas. Ustedes juegan con el destino, al final él gana.

El penacho rojo, del casco de Sofía, bailaba al compás del fresco nocturno. Subió al carro, agarró las riendas con intención de partir.

—Es hora.

—Voy a enseñarte a mover este artilugio —mencionó Hera. Fue a la parte de atrás del carro, alzó la mano y le dio una nalgada a Sofía.

—¡Oiga! —gritó Sofía por el atrevimiento.

—Estoy haciendo lo que dije.

—¡Pero a quienes debes golpear es a ellos! No a mí —señaló los corceles.

—Cuando mi marido va a recorrer el cielo, así lo motivo —Sofía iba a decir algo, decidió reservárselo—. A él le gusta. —Entonces, la diosa, dirigió sus pasos a los cuadrúpedos. Sustrajo un objeto debajo de su túnica. Delatado a la luz de la luna, la chica, reconoció un látigo. — Muy bien...

—¿Un látigo? —la sorpresa de la rubia fue mayúscula—. Espere... pensé... qué... Olvídelo. —Los equinos relincharon al sentir el ardor del azote de las cuerdas en las grupas.

Sofía dirigía con rigor a los brutos. Jaló hacia sí las riendas, el carro despegó las ruedas del suelo lentamente. Los ojos azules de la chica quedaron atónitos ante tal fenómeno. La fricción de los aros de madera con el aire nocturno provocó polvo brillante teñido de blanco en la base del carro. Este mismo efecto hacía parecer, desde lejos, el vehículo de Sofía como un cometa en dirección a las estrellas.

Las instrucciones de la diosa eran sencillas. Sofía volaría desde la colina del templo hasta la cúpula. Una vez ahí, accionará una máquina de engranes, los cuales producirían una nube oscura. Ésta tapanía a la luna, el resultado: las estrellas disminuirán su resplandor. La Estrella de Atenea, por ser regalo a una diosa, no menguaría ya que no es sierva de Selene. Así, Sofía la reconocería.

El cielo, abarrotado de puntos luminosos ofrecía singular espectáculo. En su vida, Sofía nunca había visto un cielo tan estrellado y brillante. Los alumbrados públicos de la Ciudad de México impiden ver las estrellas desde los sectores de la metrópoli. La rubia era huésped de una isla desconocida, aquí sí era posible ver el cielo sin obstáculos. Momento fascinante, la chica sonreía por su suerte.

Llevó los caballos con tranquilidad a la primera escala. La cúpula dibujaba su silueta entre el destello bullicioso del firmamento. El aterrizaje, el siguiente paso. Ideó una manera para descender.

Antes de dar la orden una flecha roja rozó su hombro. El ataque vino a sus espaldas. Sofía miró a su atacante, el miedo la invadió. Entre la dirección de los equinos y la preocupación de ver a su oponente pudo saber la identidad del auriga enemigo: Afrodita. Ella venía sobre su carro dorado, arrastrado por dos corceles negro. En la base del transporte despedía una estela verde.

—¿A dónde diriges tus pasos, inútil mujer? —gritó la gloriosa diosa del amor junto al carro de la rubia. Su forrada armadura blanca con grandes hombreras, casco de diadema, capa inmaculada, arco en mano y flechas en la aljaba puestas en la espalda, manifestaban la furia de la divina dama.

—A... —las palabras hicieron nido en la garganta de Sofía—, la cúpula.

—¿Cuáles son tus intenciones? —furia salía de los ojos de Afrodita.

—Voy a recuperar la Estrella de Atenea.

—¡Desgraciada! —el rugido hizo estremecer a Sofía—. ¡Eso será sobre mi cadáver!

—Discúlpame —dijo resuelta Sofía, a partir de ese momento no la detendrían para alcanzar su objetivo—, ninguna persona, ni siquiera un dios, me va a detener. Sea como sea, regresaré a mi casa.

—Te aseguro que volverás, pero muerta —Afrodita tiró tres flechas al costado del carro de Sofía. Éstas clavaron sus puntas en la madera.

—¡Ja, ja, ja! Tienes pésima puntería, diosa miope.

—Espera, yo reiré de último.

—¿Acaso podría empeorar? —al terminar estas palabras, las saetas, hicieron combustión. El fuego abrasaba el carro de Sofía. —¡No es posible! —la rubia intentó apagar el pequeño incendio antes de convertirse en problemas mayores. Escarbó dentro del carro buscando algo para salvarse.

—¡Vaya! La chica valiente ahora tiene miedo —Afrodita empezó a burlarse de su blanco—. A lo mejor encuentras un cubo de agua para apagar las llamas. —Sofía encontró un cilindro con una manguera, apretó el gatillo y el aire comprimido extinguió las llamas.

—Tienes suerte, estúpida. Mi madre te dio buenas armas. —Después de la confusión, Sofía, miró el objeto salvador.

—¡Es imposible! ¡Tengo en mis manos un extinguidor del siglo XXI!

—Deja de decir tonterías. ¿Acaso eres vestal?

—No, pero soy virgen —usó el objeto rojo como proyectil. Su enemiga salvó la cabeza al agacharse para esquivar el objeto.

—Eres idiota, ahora morirás. —Afrodita preparó el arco para atacar de nuevo, sin embargo, unas flechas moradas se incrustaron en el borde del carro de la diosa. Ambas mujeres miraron atrás. Era Atenea, aproximaba su bólido blanco, en la cabeza casco redondo con penacho azul. Caballos cafés, armadura plateada y la estela azul, completaban la imagen de la guerrera olímpica.

—No dejaré que la mates, hermanita —aseguró la diosa de la sabiduría—. Antes te enfrentarás conmigo. —Retó a Afrodita.

Ambas divinidades trabaron combate a cielo abierto. Sofía aprovechó la distracción para retomar la dirección a la máquina. Aterrizó, como había planeado, presurosa fue hacia los engranes. El extraño artefacto estaba en medio del único salón de la construcción, de forma circular, columnas eran lo que sostenía el recinto. La máquina podía tocar la parte interior de la cúpula, donde habían dejado al descubierto una abertura apuntando hacia el cielo. Sin perder tiempo, Sofía, accionó los engranes con la palanca del costado. El chirrido del óxido le indicó el inicio de la formación de la oscura nube. Al escuchar el ruido, Afrodita, dejó la lucha y dirigió su carro hacia la colina, en la cual estaba Sofía. La diosa fue perseguida por Atenea.

Sofía tomó las riendas del carro e inició la carrera al cielo. La masa oscura ocultó la luna, la selva desapareció y las luminarias celestes menguaron sus centellas. Una pintoresca persecución se dio arriba: tres cometas en acoso coloreaban el negro cielo. Hera observaba cada movimiento de ellas. Los ojos de Sofía trabajaron a marchas forzadas. La estrella azul continuaba escondida.

Afrodita estaba muy próxima a Sofía. Los tres carros iban ascendiendo a lo más alto. Entonces la vio, la luz azul brillaba con toda intensidad. Miles de años han pasado para este momento.

Sofía, por fin encontró la estrella. Radiaba con intensidad en el horizonte su inconfundible luz azul. La diosa del amor, en este momento no lo parecía tanto, al percatarse, asaeteó el carro de Sofía, y éste comenzó a consumirse de inmediato. La rubia liberó a los caballos y sin más opción, saltó al vacío. Mientras caía estiró el brazo para alcanzar a la estrella que tenía al frente. Cerró el

puño para proteger la preciada carga.

La caída iba a ser prolongada. Afrodita lanzó otra flecha, que pasó cerca y sin hacer daño a su rubio blanco. Atenea avanzó hacia Sofia, la tomó por la espalda y la introdujo en el carro. Afrodita desapareció sin dejar rastro. Ya en tierra, la heroína, entregó el precioso presente a su dueña, quien, lo recibió con indescriptible felicidad. Misión cumplida, Nadie lo dudaba.

Pasado

Tarde pausada en el tiempo. Sofía la esperaba desde aquel no atardecer inspirado en la tranquilidad de la estación, en esa temporada del año. Las cuerdas vocales resonarían y transmitirían recuerdos y sentimientos. Las palabras serán de más. Los pensamientos guardados harán revelación en el corazón.

Amara y Carmen caminaron en dirección al Parque Central, ese atardecer del sábado. El santuario de su amistad, donde podían platicar sin ser molestadas. Al ser amigas eligieron ese lugar, tranquilo y alejado del ruido ciudadano de la gente y los automotores. Los fines de semana eran días de culto para ofrendar palabras a la ninfa Amistad, para reconocerse otra vez, sin prisas, una en el alma de la otra. En esos instantes podían mostrarse ante sí, cómo eran en realidad, distantes de la percepción de los demás.

Carmen es la sombra de Amara. Ella manifiesta, a primera vista de cualquier extraño, un espíritu despreocupado. Sin embargo, sólo ven la cáscara. Muy al contrario de los malos comentarios dichos por Deniseye, tiene criterio firme y es observadora. Difícil escapársele algo. Ella siempre está pendiente de los demás.

Cuando el último sismo sacudió el centro de la República y otras regiones del país, al día siguiente, Carmen organizó una recolecta de alimentos y medicinas a favor de los damnificados. La Federación Estudiantil que ella presidía no iba a quedar indiferente. Inmediatamente comenzó a reunir recursos y víveres para mandarlos a las regiones más alejadas de la costa del Pacífico, en especial las poblaciones más pobres.

Con la misma rapidez que la ardilla corre por las ramas, visitó salón por salón para recaudar las despensas. Primero pensó en el número de paquetes para enviar, con asesoría de los maestros determinó un número considerable: quinientas despensas. La cantidad era significativa. Segundo, colocó anuncios en los pasillos. Tercero: habló a cada grupo de las licenciaturas para sensibilizarlos.

Al cabo de dos semanas hubo amplia respuesta de los alumnos. Muchos donaron más del mínimo solicitado. La cantidad de abastos rebasó sus expectativas. La cuenta final fue de mil doscientas despensas. Un *récord*.

Además de la solidaridad con los necesitados, Carmen escurre por los poros una curiosidad sin límites. Para descubrir el origen de algo, ella pregunta a todo el mundo hasta hallar la respuesta a sus dudas. La inquietud cesa cuando no queda más que descubrir. Asombro nuevo e insistente, en ocasiones asfixiante, desconocido y culto.

Compañía es otro nombre de Carmen. Estas características hacen de ella una chica encantadora. Le gusta estar en compañía. “La soledad me mata lento” dijo una vez a Sofía. “Me enferma y deprime”.

Cuando los problemas acaban siendo molestas piedras en el camino, Carmen se resguarda en su coraza de indiferencia. Expresa sus convicciones ante la complicada circunstancia, aunque prefiere no actuar, más por miedo que por precaución. Defiende lo que piensa. Lo sostiene a menos que encuentre una justificación razonable y lógica para cambiar su juicio.

“Si no lo entiendo mejor ni pensarlo. Lo ilógico va con las vacas” es uno de sus lemas. Defiende la verdad por la verdad, por convicción. Aunque nunca se ha preguntado qué es la verdad en sí. “Para mí lo verdadero es aquello que es cierto”, Amara comenzó a reírse. “Eres boba, claro que la verdad es cierta” dijo la rubia. “Pues... ¡por eso! ¿Ya ves? Así evitan contradecirse” respondió ante la observación obvia de su amiga. “Tú y tus bobadas”, remató Amara. Ambas acabaron muertas de risa.

Carmen lee todo lo escrito, hasta el instructivo de algunos de los objetos que compra. Gracias a ello ha podido encontrar el sentido de su vida. Por si fuera poco, tiene una energía esperanzadora rayando en el idealismo: de poder cambiar el mundo. “A veces pienso que vives en un mundo de fantasía, le ha dicho Amara, el mundo no cambiará sólo por tu causa”. “Pareces ver el mundo del lado negativo” responde Carmen. “¿Desde qué punto quieres verlo? ¿Te parece poco las diferentes desgracias, los desastres, la muerte la destrucción, la violencia? En estos tiempos ya no se busca trabajar para vivir, sino para sobrevivir” concluía Amara. Carmen terminaba poniendo punto final a la conversación, le era complicado responder a esos argumentos.

La chica castaña, nunca se confronta entre lo que dice, hace o piensa, porque es ahí cuando sus cosas se complican entonces. Prefiere el equilibrio, porque ella termina huyendo del conflicto. Es una guerra sin ganar, lo peor sin empezar.

Amara en cambio, se ha encontrado con muchos escollos, no ha sabido reubicar el sendero de su vida. Su brújula perdió la dirección hace mucho tiempo. Los diversos conflictos, le ofuscaron la mente. Sin seguridades, le cuesta trabajo defender sus ideas. Amara tiene un débil temperamento. Puede ser fácilmente manejada por alguna circunstancia, o callada por otra persona sin que oponga resistencia.

Está enredada en varios dilemas existenciales, éstos la han ido matando poco a poco. Parece una hidra, pero de mil cabezas. Ese monstruo la ha llevado a la desesperación en innumerables momentos. Todo empieza cuando la hidra, de fuertes brazos y largas garras, la sujeta por el cuello. Ella siente las uñas venenosas, pero no hace algo. Luego de un tiempo, éstas aprietan con más fuerza. Vierten su veneno en el torrente sanguíneo de la chica. Sabe que no tiene escapatoria. Deja que el animal destroce su cuello. La tortura llega a su fin con las lágrimas de la joven. El corazón de Sofía se enferma de nuevo y la joven muere otra vez.

Padece de fuertes y profundas crisis con respecto al futuro y su persona. Su complejo de inferioridad latente, no le ayuda. Puede hundirse por completo en una situación angustiosa. Estar con la oscuridad hasta el cuello sin que estire las manos para salir. Una depresión interior, la toxina adelanta, entra por los glóbulos rojos y blancos hasta volverlos opacos, entonces el veneno no puede avanzar más. Muerta en vida con virus propio.

Amara es vista como desadaptada, evasiva, aislada y antisocial. En comparación con Carmen, Sofía tiene un letargo depresivo que no la deja vivir y le impide ser quien es, sin embargo, teme deshacerse de él. Irónicamente le da vida. Ser ella misma le da miedo y la sumerge en un mar de dudas. Ha pospuesto el “paso” del cambio para tratar de protegerse del exterior con ideas paliativas, sedantes, intentando amortiguar el “choque” con su realidad. La expresión de su ser está aprisionada en sus propios miedos. “Eres una fugitiva de la verdad” le dice Carmen. “¿Por qué lo dices?” pregunta la rubia. “Nunca te dejas conocer. Empiezas a platicar de ti, de repente dejas de hacerlo y quedas muda. Me pareces muy rara. Creo que sólo yo te conozco. Pero a veces pienso lo contrario” responde la amiga.

Carmen, es un gran apoyo para ella, no la abandona y le aconseja en toda oportunidad. Si no fuera por ella, quien sabe en cuantos líos ya se habría metido. “Ella es mi protección, pero no va a

estar toda la vida para prevenirme” suele decirse Amara antes de dormir.

Bajo el ocaso lento, el susurro del aire anuncia la cercana presencia de la noche. La lluvia de hojas doradas es adelante de la próxima estación. Amara y Carmen, tomaron asiento en la banca ubicada bajo un árbol todavía frondoso, que suelta sus hojas una a una muy despacio, alrededor.

—Te hablé anoche y no me contestaste —dijo Carmen.

—Estaba con mi novio —sonrió Amara, aún no se acostumbraba a esa palabra, nunca había estado en su vocabulario.

—Vaya, sí que estabas ocupada —insinuó—. Hasta te olvidas de las amigas.

—¡Eres increíble! —exclamó la rubia—. Fuimos al cine.

—Arturo parece un tipo agradable —insinuó Carmen.

—¡Lo es! —afirmó la novia—. Tiene interés por las cosas que le rodean, es más, en ocasiones, aprendo de él.

—¡Oye! Sí que estás enamorada —le dijo su amiga—. Veo brillo en tus ojos.

—Su presencia me impacta —confesó la rubia—, su cortesía en especial. Mantiene un semblante alegre, nada le da miedo. Enfrenta los problemas con calma, es ordenado, no tiene dudas, se conoce a sí mismo...

—¿Le has visto algún defecto? —le interrumpió su amiga—. No es que quiera quitarte la ilusión, pero ya sabes no todo es perfecto... —Sofía se quedó callada por un momento.

—Sé a lo que te refieres —se esforzó en buscar una respuesta. Carmen como siempre tenía razón, sin embargo esa idea estaba ausente de su mente, lo había idealizado demasiado. Todo aparenta hasta ese momento algo maravilloso. Amara sentía hacer lo que tanto criticaba de Carmen, vivir en un mundo idealizado. —Viéndolo bien... —dudó— es apegado a las cosas. —No supo decir cuáles. —Es raro en ocasiones... —no especificó.

—De todas maneras, es mejor darse cuenta de una vez no vaya a ser un fiasco luego —interrumpió su amiga siendo directa en ese sentido como en todo.

—Tienes razón —no le cayó en gracia aquel comentario, se sintió ofendida—, hay muchas cosas aparentes y creo que tienes razón —asintió, tratando de dar fin a la conversación.

—¿Cómo te trata? —siguió interrogando Carmen. Parecía reportera de una revista rosa.

—Amablemente, está al pendiente, se preocupa por mí. Cada día me sorprende más —quiso concluir la rubia.

—Asombroso, demasiado bueno para ser verdad —expresó su amiga. Otra espina se clavó en el corazón de Amara.

—Es una persona de mentalidad fuerte, tiene buenas ideas —enfaticó Sofía. Quería defender a su amor.

—Te veo muy ilusionada Amara —le felicitó Carmen—. Espero que ese brillo en tus ojos no se apague —insistió en el punto de nuevo. Entre ellas se gestaba una lucha interna.

—Gracias Carmen, prométeme que si se llegara a apagar tú estarás ahí para apoyarme —sólo esperaba que no sea por la anterior profecía.

—Te lo prometo —respondió firme. Era el colmo.

Los débiles rayos del sol las envolvieron en la atmósfera naranja del atardecer. Un tiempo sin tiempo. Momento sin momento. Amores de viento y estación. Pasados y nuevos. Profecías y cumplimientos. Pares sin nones. Nones sin pares. Pasajes inspirados por nadie.

Pasado

Arturo se había distanciado de Amara recientemente. Eso le preocupó a la chica. Iba a perder a su amor. Además, la actitud rebelde de Tima la golpeó emocionalmente. Tima, siempre Tima. ¿Cuándo acabaría esto? Por ahora, Amara tenía otro asunto para pensar.

La situación parecía prolongarse indefinidamente y decidió contárselo a Carmen. Arturo fue un gran apoyo emocional para Amara, por eso ella se sentiría fatal si él la dejaba.

—Mi situación con Arturo es lamentable ahora —le dijo Amara en esa ocasión. A Carmen le sorprendió esta confidencia, la relación entre Amara y su novio aparentemente iba muy bien. De la boca de la rubia únicamente salían referencias positivas ¿será que había estado describiendo un espejismo?

—¿Cómo? —preguntó Carmen asombrada. Le fue imposible imaginarse un problema entre ellos. Aunque, claro eso sería demasiado iluso, sin embargo, el noviazgo iba bien a la vista de todos.

—¿Qué sucede con él? —la interrogó de inmediato.

—Ha estado extraño últimamente —vio a Carmen directamente a los ojos—. Siento como si fuera de poca importancia para él. Me trata distinto, ya no es como antes. Sus caricias son distintas. En ocasiones actúa como si no existiera. Creo que ya no le gusto. Quizá haya otra.

—Puede ser que esté atareado —comentó la castaña—. La carrera de sociología consume mucho tiempo...

—¿Tanto para ignorarme? Ni una llamada me ha hecho, o un mensaje cuando menos —interrumpió Amara seria.

—Reclámale, tienes derecho a una explicación —reaccionó turbada Carmen.

—Ya van cuatro días sin llamadas de él. En la Universidad va de prisa y es indiferente conmigo. Nos saludamos, después desaparece. Tengo miedo de que me deje —Amara cruzó los brazos.

Carmen tenía los ojos flameantes. Consideraba suficientes los problemas como para que, ahora, el infeliz de Arturo hiciera sufrir a su amiga. Ella observaba con preocupación el desvanecimiento emocional de Amara. Le era insoportable verla sufrir, sin esperanza, en la oscuridad.

Sentía coraje cuando se burlaban de Amara, más ahora. Los malditos hombres son todos iguales. En ese momento recordó el nombre prohibido de su diccionario, el nombre de aquel demonio de quien escribió hace un tiempo: Deniseye. ¿Y si la desgraciada estaba detrás de esto? ¿Habrá metido su gran cola, entre Amara y Arturo? La sangre hirvió a mil grados. ¿Serían capaces de hacerle daño a su amiga de toda la vida? Juró, para sí misma, que esos infelices lo pagarían muy caro. Arturo sería castrado y Deniseye envuelta en una manta y arrojada al mar. En estos pensamientos estaba cuando vio rodar una lágrima por la mejilla derecha de Amara. Ésta lloraba en silencio. La voz de Carmen se cortó mientras le decía:

—Todo va a pasar, ya lo verás chiquita.

Sin embargo, para sorpresa de Sofia, su novio la invitó a salir el siguiente viernes. Fue extraño porque llevaban días de no hablarse. Amara sintió revivir y tener nuevas ilusiones. Pero tomó

todas sus precauciones y se puso en guardia para saber en qué paraba todo aquello. Aceptó y le dijo que fuera a buscarla a su casa.

Ese viernes, Arturo llegó en su lujoso auto a las puertas del edificio donde vive Sofia. Ella ya lo esperaba en la recepción. Salió para verlo.

La rubia se había pintado los labios con un rojo intenso indeleble. Se despidió de Clara por mensaje de texto. Antes, en el apartamento se había despedido de Tima, ahora su hermana menor estaba en el pasillo, parada junto a la puerta. Cuando Amara pasó junto a Tima, ésta le dijo: “Ten cuidado. Ese muchacho tiene un ‘no sé qué’ que no me gusta. Lo vi cuando subía para acá”. A lo que Amara respondió: “Cállate. Tú no sabes nada”. Tima dio la vuelta y se dirigió al apartamento. “¿Lo habría dicho en serio, o sólo para molestarte?” pensó Sofia y no le dio importancia al comentario de su hermana.

Amara apresuró el paso. Arturo la esperaba afuera, apoyado en el auto del lado del copiloto. Amara besó a su novio. Éste le abrió la puerta del vehículo y se dirigieron al restaurante “Todo pasa”, por segunda vez.

Ahí fueron recibidos por el portero, les dio la bienvenida y una vez revisada la reservación los hizo pasar. Les dieron la mesa veinticuatro. Era circular con un pequeño florero transparente, en el centro. En él había tres margaritas naturales. La música ambiental era agradable. A Sofia le gustó el ambiente.

—¿Qué te parece esta noche mi amor? —preguntó Arturo con una sonrisa cínica como si nada hubiera pasado durante esos días.

—Muy agradable —dijo la chica esperando descubrir el truco.

—¿Sabes? Te conozco desde hace meses y cada vez me gustas más.

—A mí también —dijo para salir del paso. “¿Qué trama?” pensó. Había un aire misterioso en él, pero ¿qué era?

—Saliendo de aquí te tengo preparada una sorpresa —por fin salió el motivo disimulado.

—Espero que no se nos haga tan tarde —dijo la chica— debo estar en mi casa a las once en punto.

—Despreocúpate yo hablo con tu mamá.

—Es que... — se hizo la difícil.

—Ya te dije —la interrumpió—. Regresaremos a tiempo.

Amara no estaba convencida y decidió esperar. Su asentimiento a las decisiones tomadas en contra de su voluntad era poco común. Pero ahora era una chica resuelta, distinta de cuando conoció a Arturo. Siguió el juego. ¿Cuándo y cómo acabaría esto?

Comieron sin decir ni una palabra más. Arturo acabó antes su platillo, engulló sus alimentos como desesperado. Definitivamente se guardaba algo. Conversaron poco, Arturo decía frases cortas y el diálogo se volvió tedioso. Amara empezó a incomodarse ante la actitud de su novio. ¿Sería su novio todavía? Percibió la aprensión de éste. Él sólo veía el reloj cada cinco minutos. Al fin Amara acabó y le sonrió forzosamente.

—Bueno, es hora de irnos —dijo él y se puso en pie.

—¿Tan rápido? ¿Por qué no nos quedamos un rato más? El lugar tiene un ambiente agradable y buena música —quería saber a dónde llegaría todo eso.

—El otro lugar es mejor. Vamos —insistió. La chica confirmó sus sospechas, Arturo traía algo raro en esa ocasión. Ello le ensombreció el corazón. Ya no era el mismo o ¿siempre había sido así? Ella pudo pasar eso desapercibido.

Arturo pagó la cuenta, tomado del brazo de su novia salieron del restaurante a rumbo

desconocido. El novio manejaba por la autopista y se desviaron en una entrada. Las luces de los lados de la carretera iban desapareciendo al paso de los kilómetros. Así también las viviendas y negocios de las laterales del camino.

—¿A dónde vamos? —preguntó Amara.

—Es un lugar que te va a encantar —repuso su novio.

Amara seguía preguntándose a donde iban tan lejos y en despoblado. Esperó desconfiada. Al fin, Arturo entró al estacionamiento de un inmueble poco alumbrado, él la invitó a bajar del vehículo y caminaron en la penumbra por un descuidado jardín, hacia un edificio. La mole de concreto era desagradable. En las paredes débilmente iluminadas se veía el moho que salía, carecía de toda pizca de modernidad. La estructura se levantaba con aire obstinado de retar al tiempo.

Amara no era tonta, pero decidió esperar el desenlace. Demasiado riesgo tenía enfrente. Pudo darse la vuelta e irse al coche sin ningún problema. Pero quería enfrentarlo. Entonces la nada la cubrió de nuevo. Sus ilusiones cayeron. La última gota de confianza se secó.

—Pasa —le dijo él, con una falta absoluta de tacto, cuando llegaron junto a lo que parecía una minúscula casa.

—No, no quiero —“*No quiero*” la frase indicadora de la voluntad de Amara. Lo dijo apretando los dientes e intentó no temblar—. No me gusta este lugar.

—Vamos —insistió él tratándola de convencer —es sólo un edificio viejo.

—Por esa razón no entro.

—De todas maneras, no haremos mucho tiempo —Arturo tornó su rostro serio.

—No me interesa lo que tengas en mente. Yo quiero regresar a mi casa. ¡Sí! —las piernas le empezaron a temblar a la chica. Para que no se notara cerró los puños—. ¿A dónde quieres llegar?

—Sofía ¿me amas? —preguntó serio Arturo.

—¿A qué viene la pregunta? —formuló como respuesta, aunque ella ya sabía a qué se refería.

—Es tan simple —hizo un gesto como si quisiera reírse y al mismo tiempo no, de la pregunta que hizo Amara—. Aquí podemos demostrarnos de una manera más íntima, cuánto nos amamos.

—¿Más íntima? ¿Aquí? —dijo burlesca.

—Sí, por si no te has dado cuenta esto es un hotel —Amara estaba a punto de estallar en su cara.

—Un lugar para cerdos querrás decir —respondió furiosa Amara—. Escúchame: en primer lugar no tengo esas intenciones. En segundo, esto es un lugar asqueroso y mugriento. Y tercero regrésame a mi casa, luego me puedes hacer el favor de irte al carajo. ¿Fui clara? O te lo tengo que repetir para que entiendas, imbécil. Por lo visto, puedo pensar que no sería yo la primera que traes aquí ¿o sí?

Arturo no contestó. Volvieron al auto y en todo el camino de regreso no se dirigieron palabra alguna. “¿Qué habría estado pensando él? Fue una manera tan grosera de tratarme”, cavilaba Amara. Una lágrima cayó por su mejilla derecha. Una vez frente al edificio del apartamento de Amara, ésta bajó sin despedirse y vio al auto alejarse. Entró a su casa despacio, tratando de no hacer ruido. Eran las doce y media. La oscuridad envolvía el interior. Llegó a su habitación, se tiró sobre la cama sin cambiarse y lloró entonces libremente. El sueño había terminado ya. Arturo pudo haberle hecho creer que la amaba, sólo para que él pudiera apagar sus deseos. ¿O había otra razón para lo que pretendió hacer esa noche? ¿Forzar la separación? ¿Por qué? En eso pensaba, mientras quería rearmar su corazón, hecho pedazos por la roca del desconsuelo. Nadie podría ayudarle.

Pasado

La mañana transcurría, como de costumbre, diluida entre las aburridas horas de clase. Aquella situación era insoportable para Carmen. Quedarse quieta era lo peor que podía hacer. Ella es una chica activa y alegre que lo que menos piensa es quedarse pasiva durante el día, siempre busca todos los momentos para divertirse o hacer ocurrencias, resultado de su vivacidad y entusiasmo. Esto de alguna forma le traía la admiración de su grupo. Pero ese día no era como otros.

Carmen es una joven que no acepta halagos. Le disgusta la hipocresía, especialmente cuando se ponían a hablar de ella y de Amara a sus espaldas. Confiaba poco en las personas. Los continuos problemas le hicieron perder interés por las personas a quienes ella podría pedirle algún favor en cierto momento. Prefería hacer las cosas por sí misma para evitar pedir favores. Su forma de ser distaba mucho de la actitud extrovertida que proyectaba, por esa razón tenía pocos amigos.

Amara Sofia fue la excepción. Esa muchacha introvertida, todo lo contrario a Carmen, y torpe, llamó su atención por las innumerables burlas que recibía y era víctima. El día en que la defendió, terminó de ganarse la antipatía del resto de sus compañeros que no se llevaban con ella y perdió los pocos amigos que conservaba. En aquel momento notó la falsedad y la hipocresía de los que decían ser sus “amigos”. Decidió tener por verdadera amiga a Amara y no fallarle, como le habían hecho a ella. Con Amara aprendió a confiar, poco, pero al fin y al cabo confiar de nuevo en las personas.

Las tres primeras horas de clase fueron una insoportable tortura. Amara no llegó al salón a la primera hora. Carmen la esperó mucho tiempo afuera para entrar juntas, pero jamás llegó. Eso le creó una sospecha muy grande porque Amara asistía a todas sus clases. Definitivamente le había sucedido algo para que no llegara.

Carmen sentía palpar su corazón a un ritmo acelerado, la tensión provocó que perdiera la atención durante la clase en la segunda hora. La venían cosas terribles a la mente. Intentó, en vano, recuperar la compostura. El profesor vio su distracción, la reprendió levemente y ella decidió quedar quieta a su pesar.

La hora antes del descanso se volvió una eternidad. El timbre sonó y ella salió “disparada” a buscar a la “niña rubia cubierta con un manto de problemas”. Debía hablar con ella de una u otra manera, aunque eso implicara ausentarse el resto de las clases. Tenía que verla. Algo le pasó y no sabía qué. Hizo una intensa búsqueda por los alrededores de toda la Universidad. Recorrió todos, pero absolutamente todos los pasillos próximos y lejanos al salón. Un poco más y la retienen por andar en los pasillos corriendo como desesperada. También buscó en los jardines y en los espacios al aire libre.

Luego de una multitud de vueltas, acabar sudando y casi sin aliento pensó darse por vencida. “Por lo visto la impredecible Sofia no vino”, decía para sí. Pero cuando su interés decreció y dejó de buscarla, la encontró. “Vaya forma de desaparecer”, se dijo. Vio con Amara en una de las bancas que estaban al aire libre en el *campus*. Se encontraba levemente inclinada al frente, con la mochila cerca de su pie derecho; los brazos sobre sus piernas y por momentos se llevaba una mano hacia el rostro para secar las lágrimas. El rubio cabello lo tenía caído al frente formándole

una capucha, como un hábito dorado que cubriera su derrotada cabeza. Completaba el atuendo su blusa de manga larga.

Carmen caminó hacia a ella con paso lento, después de dar tantas vueltas en la Universidad lo menos que deseaba era seguir caminando. Amara no se percató de su presencia. Los ojos azules de la rubia se habían enrojecido otra vez. Sollozaba despacio sin hacer ruido.

—Amara —la llamó titubeante.

—¿Carmen? — levantó la mirada mientras hacía a un lado el cabello que tenía en la cara—, ¿qué haces aquí? No te oí venir.

—Te buscaba —contestó su amiga, ya más tranquila—. Faltaste a clases...

—Quería estar sola —Amara se inclinó de nuevo al tiempo que lo decía—, y mi casa no es buen lugar para meditar.

—Eso me parece... —sola y en silencio era lo menos que pasaba por la mente de esta chica atrevida e inquieta—. Intentaré acompañarte. —Se sentó a la derecha de su amiga.

Las envolvió un silencio que pareció, de largos y parsimoniosos siglos. El ambiente acabó por llenarse de suspenso. Carmen ignoraba cómo abordar a Amara para saber el motivo de su tristeza sin disgustarle con su insistencia. Prefirió esperar que ella misma se lo dijera. Pero la curiosidad era otra de sus debilidades. Mantenerse alerta y esperar que algo sucediera la alteraba. Carmen estaba nerviosa, un sólo empujón la llevaría al frenesí de su hiperactividad.

“¿Cuándo acabará esta pesadilla?” preguntó Amara para nadie. Carmen trató de responder, pero la impotencia evitó que algún sonido saliera de su boca. Limitó a callarse muy a su disgusto.

Vio a Amara secarse los ojos de nuevo. Los sollozos, ahora eran apenas perceptibles. La castaña intentó averiguar algo con suma desesperación, sin embargo respetó el silencio de su amiga. Los minutos pasaban sin final y la angustia incrementó su curiosidad. “¿Por qué no me lo querrá decir?” se preguntaba para sí Carmen. “¿Qué será? ¿Me lo dirá? ¿Y qué tal si al final no me lo dice? ¿Le pregunto o no le pregunto? ¿Y si aun así no me lo dice? ¿Qué tal si no me lo dice nunca?” muchas interrogantes surgían en su inquieta y revuelta cabeza. Definitivamente quería con apremio saber qué pasaba.

No resistió más. Volteó su menudo cuerpo hacia Amara y levantó el índice con la intención de hablarle, abrió la boca y antes que pudiera decir algo, Amara le cortó la inspiración al pronunciar: “Pareces no escucharme” dijo Sofía al aire. Carmen tragó sus palabras y regresó a su posición original.

La paciencia no era una virtud para Carmen. Tenía mucho interés por saberlo todo. Movía los dedos de sus manos sobre sus muslos con tal de mantener la compostura y contenerse. Pero ya le era imposible. La castaña, deseosa de obtener información lo intentó de nuevo, pero fue detenida en el mismo momento cuando oyó: “¡Te lo dije!” que expresó Amara a la nada en tono furioso. Carmen parecía una niña a la que no le daban su juguete favorito.

El tiempo transcurría y Carmen sentía que su curiosidad se incrementaba más y más. Quería llamar la atención de Amara, sin embargo, ésta la ignoraba. Con la cabeza inclinada, la castaña cerró los ojos, tomó aire, levantó la cabeza, empuñó las manos y dijo con voz fuerte:

—¡Ya basta! —Amara saltó por el sonido de la voz fría y dura de Carmen que la sacó de su abstracción—. ¿Me lo vas a contar, sí o no? —la miró molesta.

—¡Oye!, ¿por qué me gritas? —respondió Amara en el mismo tono. Se molestó—. ¡Era suficiente preguntarme! ¡No tenías que haber gritado!

—¡Es lo que he estado tratando de hacer todo el tiempo! —flamearon los ojos de Carmen.

—¡Eso es mentira! —replicó Amara—. ¡Jamás te oí!

—¡Pues la mentirosa eres tú! —Carmen hervía—. Yo te hablé varias veces y me decías que dejara de molestarte —entonces Amara entendió.

—¡Estaba hablando sola! Jamás te dirigí la palabra. Es más, me olvidé de tu presencia.

—Ahhh! ... eso lo explica —exclamó Carmen.

—Ahhh! ... —dijo Amara con sorna.

—¡Está bien! ¡está bien! —replicó la castaña—. No fastidies.

—Bueno ya que estás insoportable te lo voy a contar —le dijo la rubia.

—Ok. Soy toda oídos —la chica se acomodó para escuchar bien.

—Me es complicado... —levantó el rostro—, y comprendiendo lo impaciente que eres — Carmen abrió por completo los ojos como si le hubieran dicho una mentira— te lo voy a decir rápidamente. —Hizo una pausa y miró de frente a su amiga.

—Arturo jugó conmigo —los ojos se le enrojecieron a Sofía—. Me quería usar.

Paciente y tendido, muy al contrario de lo que le había dicho a Carmen, explicó todo lo sucedido la noche de ayer. La noticia entristeció sobre manera a Carmen. Nunca imaginó que la felicidad de Amara se deshiciera en un abrir y cerrar de ojos.

A Carmen le encolerizó la actitud de Arturo. Le dolió, pero se alegró porque su amiga no cayó en el juego. El noviazgo era la única cosa alegre que le había sucedido a Amara hasta el momento, y ahora todo se había desvanecido. Carmen decidió quedarse con su amiga y faltar a clases. Esta vez sí se quedó muy quieta. Estuvieron ahí hasta que tocaron el timbre de salida. Entonces recordó la mochila olvidada dentro del salón. Nadie la salvaría.

18

Pasado

Amara todavía estaba en “*shock*” por la impotencia de Carmen para responder a la pregunta que le había formulado: “¿Quién soy yo?” A la castaña se le hizo imposible armar una respuesta satisfactoria a tan inusual pregunta. “Escucharías todo lo conocido por ti” dijo Carmen a modo de justificación para salvarse de contestar. A Sofía no le convenció. “Soy incapaz de darte una respuesta” dijo Carmen al final y concluyó: “Perdóname por no poderte responder”. Ni su propia amiga podía decirle quien era ella. Eso la derrumbó... hasta los cimientos.

A pesar de todo, Carmen tenía razón. Había cambiado y hoy era el día para confirmarlo. Después de la noche pasada, Amara quería aclarar las cosas con Arturo. La semana corrió tan rápido como si tuviera “patas de perro”. Ellos se ignoraron durante esos días. No se dijeron palabra alguna. Muy por el contrario de lo que los demás pensarán, Amara tenía muchas cosas para decirle.

La cara fina de Amara reflejó angustia y soledad. Su amiga trataba con esmero encontrar la forma para fortalecerla y evitar que se derrumbara. La tristeza se desbordaba por su rostro. El cuento de hadas de su “príncipe azul” llegaba a su fin y no era precisamente feliz. Era más bien de

una tragedia griega.

El rompimiento se había hecho evidente. Aun así lo buscaba. La rubia se encontró frente a frente con el “desgraciado, zorro, embustero, buitro y maldito” en uno de los trayectos hacia el metro. Quería hacerlo sentir como un imbécil.

Amara descubrió que su desgracia nunca fue por culpa de ella, sino que ella permitió que la desgracia la consumiera. Mas ella misma podía poner punto final a ese conflicto. A Sofía no le importaba tanto arreglar las cosas con el novio, sino que quería acomodar sus sentimientos para dejar de esconderse. Sin remordimiento le arrojaría a ese tipo que la lastimó, todo el desprecio acumulado en su corazón. La cosa no era para menos.

—¡Eres un idiota! ¡Sólo quisiste jugar conmigo! —empezó Amara a reclamarle de inmediato cuando lo encontró de frente, sin darle tiempo siquiera de reaccionar.

—Eres la primera que me grita de esa forma —se rió Arturo de ella—. Hay mujeres de cinco o más noches que se van y se olvidan de mí. ¿Y tú me vienes con esto?

—Ese no es mi caso, yo me entregaría por amor —el otro carcajeó—, y cuando yo quiera.

—¡Vaya! —siguió riendo—. Se ve que nunca has deseado a un hombre —le dijo en tono irónico.

—Eso no es de tu incumbencia —dijo ya fastidiada de las burlas—. Pero conozco mis límites.

—¿Acaso puedes encontrar en un hombre algo más que placer? —le preguntó con toda mala intención.

—Lo que yo busco es amor, seguridad, consuelo... esos son valores que no se ven pero que se encuentran en una persona. Eso no te lo puede dar sólo el sexo —dijo Amara envalentonada. Aparentaba ser una moralista, pero por primera vez en su vida defendía lo suyo.

—El sexo es algo íntimo —Amara pensaba: “Ya lo sé pendejo”—. ¿Por qué evitarlo? —hizo él la pregunta sin el menor recato ni vergüenza, pero mostraba indicios de coraje.

—Las palabras y las acciones son más profundas. Una caricia estremece el cuerpo. Un beso es como el alimento para una relación basada en amor y respeto —dijo Amara con voz seria y segura—. El sexo confirma todo lo anterior porque hubo un compromiso serio para toda la vida.

—¡Sólo viniste a hablarme de pendejadas y querer darme una clase de moral que me importa una fregada! —Arturo se dirigió a ella con una expresión de ira—. ¿Sabes? te dejo romper. Eso es lo que quieres ¡hazlo! No me interesas. —El joven tenía el rostro descompuesto. Antes de que Arturo terminara su verborrea, Amara, le dio una bofetada que le cimbró el rostro y enrojeció la mejilla izquierda.

—Ahora sí rompo contigo —sonrió Amara—. ¡No quiero verte más! Vete al carajo ¿me entiendes? Me decepcionas. Fue imposible darme cuenta con anterioridad. Eres una cáscara. Sí, eso es lo que eres: una cáscara. Como si valieses la pena. No. No vales la pena. Eres una simple cara bonita con deseos de grandeza. Te crees el último hombre de la tierra, cuando en realidad eres el primer pendejo que se lo cree.

Estas últimas palabras de Amara le punzaron las vísceras a Arturo. Todo era cierto. Él nunca se había encontrado, ignoraba quien era y mucho menos tenía formada su identidad para decir con toda seguridad quién es. Su existencia se regía a base de sus conquistas y triunfos. A esas alturas era una persona creada por los demás. Él era dependiente, Amara ya no.

Amara dio la media vuelta para marcharse de la presencia de aquel farsante. La rubia irradiaba una sonrisa perdida en la amarga tristeza. Caminaba a paso seguro. Arturo quedó congelado sobándose la mejilla cacheteada, ese golpe era irrelevante para él, pero el dolor del alma lo removió. Lo más seguro era que no aprendiera la lección, mas ahora pensaría dos veces antes de

interpretar su papel de conquistador. Amara Sofia comenzó a olvidar el “accidente” que unió a ambos y así deshacerse de una mentira y de una verdad.

En clase se multiplicó la mofa sobre Amara, especialmente por Deniseye. Para Sofia las críticas, carecían de interés. La gente siempre opinará de todos con la idea de saberlo todo. Amara había crecido por fin y realmente había cambiado. La respuesta a la pregunta de ¿Quién soy yo? comenzaba a aclararse. Carmen observaba con asombro, como esa “niña” ingenua, torpe, tonta, miedosa y “llorona” se convertía en una alegre y fuerte mujer. ¡En verdad no podía creerlo! Nadie lo creía.

19

Pasado

Amara Sofia cambió por completo. Los comentarios de sus compañeros de clase le eran ahora indiferentes. Fue tan evidente su nuevo entusiasmo por la vida que éstos, poco a poco la dejaron de fastidiar. Deniseye incluso dejó de comentar cosas a sus espaldas.

Amara sentía tranquilidad y sosiego. La ausencia de Tima era una sombra en su corazón, pero permanecía firme para encontrarle soluciones a la vida. Tenía firmes esperanzas de su retorno.

El tiempo y la prisa le impidieron hablar con Carmen, largo y tendido, sobre la última discusión que tuvo con Arturo, su exnovio. Ese momento fue importante para ella porque le pudo decir parte de lo que sintió. Después de ese burdo intento de quererla llevar a la cama, Sofia escondió otros sentimientos, pero no podía guardar silencio y decidió decírselo. Lo hizo no para mostrarle desprecio o resentimiento, sino para abandonar de una vez y por todas, la timidez que la enclaustraba.

Acordó verse con Carmen en uno de los descansos de las clases. Llegada la hora, la castaña se encaminó por los pasillos de la Universidad que estaban repletos por numerosos estudiantes que conversaban o caminaban.

Carmen esquivó a todo aquel que se interpusiera en su camino ya que los recorría apresurada. Deseaba encontrarse con Amara lo más pronto posible para verla porque ésta le prometió una sorpresa. La común inquietud de la castaña le produjo ansia por saber de qué se trataba.

Por fin encontró a Amara a lo lejos. Se alegró. Levantó la mano para llamar la atención de la rubia. Notó que las manos de Amara estaban vacías.

—¡Estás muy alegre! —dijo Carmen para iniciar la conversación—. ¿Y mi sorpresa?

—¿Cuál sorpresa? —preguntó Amara.

—Me dijiste que me ibas a dar una sorpresa —dijo seria—. Por eso estuve inquieta toda la mañana.

—¡Ah! ¡Ya sé a lo que te refieres! —exclamó su amiga con una amplia sonrisa—. ¡Todo por fin terminó!

—¿De qué hablas? —Carmen quedó intrigada.

—¿Te acuerdas de que rompí con Arturo?

—Sí, pero eso fue hace cinco semanas.

—Necesitaba decirle algunas cosas —dijo Amara—, por eso lo acabo de enfrentar.

—Pero no había razón para eso —Carmen la vio fijamente.

—Si no lo hacía me hubiera quedado como siempre: callada e ignorada— Amara habló en tono seguro— Dejé muchas cosas guardadas para decirle. Le grité que es una “cáscara”. No vale la pena.

—A eso te refieres con que “todo terminó” —dijo Carmen mientras hacía un asentimiento de haber entendido.

—Sí, todo terminó. Escucha no tengo resentimiento hacia a él. Le reclamé el trato que me dio, me quiso tratar como a una tonta. Me deseaba, pero sólo eso. Fui para decirle lo errado que está conmigo.

—Tengo algo que decirte Amara —el tono de Carmen era muy serio. Raro en ella.

—¿Ocurre algo?

—Sí —Carmen guardó silencio —debí decirte esto antes.

—Dime —el rostro de Amara se nubló—, no te quedes callada.

—El otro día, cuando te peleaste con Tima y te lastimó los brazos yo supe una cosa de Arturo.

—¿Lo sabías y no me dijiste nada? —Amara puso los ojos rojos.

—Estabas tan abatida —se defendió su amiga—, deseaba que no sufrieras más.

—Dime pronto, si quieres seguir siendo mi amiga —esas palabras destrozaron el corazón de Carmen.

—Te lo diré —suspiró, sabía perfectamente las consecuencias de revelarlo: terminaría su amistad con Amara—. Arturo ya salía con Deniseye. Esa fue la causa de su distanciamiento. Cuando me lo contaste en el parque donde nos vemos, tuve un mal presentimiento. Averigüé por todos lados hasta descubrirlos. Eso fue la misma noche cuando Tima llegó tarde. La vez que hirió tus manos. Después vino el infarto de tu madre y decidí no decirte.

—¿Hubieras dejado vivir una ilusión? —la sangre de Amara hervía—. ¡Contéstame!

—¡Claro que no! —Carmen salió en defensa de su amistad—. Eso nunca.

—Lo hubieras dicho. Pude haber hecho algo al respecto.

—¿En tu estado? Estabas peor que tu propia madre —la voz de Carmen se quebró—. Hubiese sido la estocada final para ti.

—Creí que eras mi amiga.

—Lo soy. Créeme —los ojos de la castaña enrojecieron.

—No, no lo eres —Amara era otra—. Fui engañada, sólo quedaba enterarme.

—Te lo oculté porque eres mi amiga —las lágrimas rodaron por sus mejillas— lo menos que quería es hacerte daño.

—Vete. Vete lejos —repitió Amara—. Debiste haberme dejado a merced de mis ridiculizadores. Eso te pudo haber ahorrado muchos problemas.

—¿Así agradeces mi amistad? —cuestionó Carmen—. Todo lo que hice fue sincero.

—Pudiste huir de otra cosa.

—La fugitiva eras tú —Carmen estaba atónita con las palabras— Eras una niña perseguida por dragones. —Amara lanzó una última mirada inquisitiva a Carmen. —Está bien, me iré —dijo su amiga, pero fue Sofia quien dio la media vuelta con la mochila al hombro.

Arturo había terminado para ella. La amistad con Carmen también. Tima descansaba ahora en su casa. Un sentimiento raro surgió en su corazón. Nadie le tenía explicación.

Pasado

La rebeldía de Tima es peligrosa en todos los aspectos. Amara lo ha experimentado, en especial cuando matizan sus diferencias. Fue en la infancia cuando Amara conoció por primera vez la furia de su hermana.

De niñas compartían la misma recámara. En una ocasión sus padres decidieron pintarlo. Tenían dos opciones para elegir el color: rosado o azul. La recámara se pintaría con el color que las hermanas seleccionaran.

Amara eligió el rosado, a Tima le agradó el azul. El asunto del decorado de la habitación, era una situación difícil. Los niños son posesivos con sus cosas. Amara y Tima no eran la excepción. Ambas arrastraban problemas de conciliación y el tema de la pintura hizo emerger ese conflicto de nuevo.

Los papás intentaron concienciarlas durante un mes. Las dos chiquillas eran muy obstinadas. Una tendría que ganar. Los esfuerzos fueron inútiles y sus papás decidieron aplicar un verde pastel. Ni una ni otra salió con su gusto. Aprender la lección fue un trago amargo para las hermanas. Amara llegó a resignarse, la habitación sería de color diferente al deseado. Poco a poco, el verde pastel le empezó a agradar.

Sin embargo, a Tima para nada le agradó el matiz, la decisión de sus padres la hizo explotar. Hizo un berrinche tan escandaloso que para su padre fue insoportable. Era imposible hacerla callar. Trataron de convencerla de diferentes formas, mas todas cayeron en el fracaso.

—¡No quiero ese color! ¡Es horrible! ¡Quiero el azul! —vociferaba con insistencia dentro de la recámara mientras su papá pintaba.

—¡No! El color se queda —le dijo su madre.

—¡No me gusta! —replicó airadamente.

—A mí sí me gusta —expresó Amara ignorando la tensión envolvente del ambiente en ese momento.

—¡A ti ¿quién te hablo?! —le gritó su hermana. Amara sintió miedo y se escondió detrás de su madre—. ¡A mí no me gusta!

—¡Cállate! Y no trates así a tu hermana —la reprendió Clara.

—¡No quiero ese color! —repitió sollozando con ojos de rabia.

—¡Eres impertinente! Nunca se te puede dejar contenta. ¡El color se queda! ¡Punto! —Clara tomó a Amara y salió de la habitación.

Tima se quedó en la entrada de la pieza, llorando y gritando en tanto veía a su papá trabajar. La exasperación del hombre alcanzó el límite. Molesto, la dejó fuera y cerró la puerta para dejar de oír el llanto.

—¡No papá, no, no lo pintes, no me gusta! —gritaba Tima, golpeando la puerta. Por momentos parecía ahogarse en sus propias lágrimas.

Su padre la ignoró por completo y Tima no tuvo otra opción que resignarse. Pero eso no acababa todavía. Ella iba a cobrársela de una manera u otra.

Anocheció. Decidió que su hermana pagaría “los platos rotos” por entrometida. A las nueve,

hora de dormir, se pusieron el pijama. Amara tenía uno rosa con decorado de animalitos y Tima uno azul de rayas. Estaban en una habitación conjunta, el olor de la pintura en la recámara de ellas era muy fuerte aún. Las dos dormirían juntas en una cama bastante grande. Tima se acostó. Amara se preparó para hacerlo. Las cosas tardaron poco en ponerse tensas.

—Bájate, no te quiero ver —dijo Tima a Amara. Ésta se hallaba sentada aún, en el lado opuesto a su hermana. Se abrochaba los botones del pijama.

—¿Por qué? ¿Te hice algo? —preguntó Amara volteándola a ver.

—Por tu culpa pintaron la habitación de ese color —respondió.

—Nuestros papás lo escogieron —se defendió Amara—. No tengo la culpa.

—A ti te gustó ese color y eso para mí es suficiente —dijo Tima enojada—. Además eres una metiche muy molestosa.

—¿En dónde voy a dormir entonces? —interrogó en tono de valentía y desafío—. De todas maneras, no me bajo.

—¿En el suelo! —dijo maliciosamente Tima.

—¡No puedo dormir en el suelo! —dijo Amara, a la defensiva—. ¡Estás loca! ¡Hay bichos allá abajo!

—¡Claro que sí! —Tima empujó bruscamente a su hermana tirándola al suelo—. Y tú los vas a acompañar. —Amara cayó de espaldas y se golpeó la cabeza. Sofía lloró.

—¡Me duele! ¡Me duele! —decía mientras se agarraba la cabeza. Tima se burlaba riéndose—. ¿Ya ves? Eso te pasa por metiche. ¡Te dije que era tu culpa! —siguió haciendo mofa de ella.

Amara corrió a la puerta para acusarla con sus papás, pero Tima la alcanzó antes de que tocara la perilla. La jaló de los rubios cabellos con fuerza hasta tumbarla al suelo. La arrastró hasta el pie de la cama y la envolvió con la sabana. Tima puso a su hermana sobre una almohada, continuó la tortura. La puso de lado y se hincó sobre ella. La sujetó del cabello y la miró advirtiéndole: “Si no te comportas te va a ir peor” y rió de nuevo. Amara, bañada en lágrimas forcejeó. Durmió en el piso a un lado de la cama, como una extraña. Concilió el sueño después de sobarse la cabeza por el golpe y los jalones de cabello. Esa noche durmió sintiéndose nadie en la oscuridad.

Aquel recuerdo volvió a la mente de Amara cuando necesitó quitarse el miedo para encarar a Tima, por su bajo desempeño académico que pudo descubrir por los documentos escolares que siempre deja sobre la mesa del comedor. En los últimos meses, las calificaciones de su hermana bajaron de regulares a peores. Definitivamente algo ocurría.

Amara no hallaba explicación convincente de cómo una chica de alto desempeño intelectual fuera convirtiéndose en nada. Lo irónico era que a lo mejor sólo ella pudiera salvar a Tima. “Ni a mí misma me puedo defender”, se culpaba para eludir la responsabilidad.

A estas alturas, Amara, aún no le informaba a su madre las discusiones entre ellas por miedo y precaución. Temía que su madre tuviera una reacción imprevista porque Clara padecía del corazón. Un disgusto sería suficiente como para no contarlo.

Amara tomó valor y esperó a su hermana en el mismo lugar donde la sorprendió la noche cuando ésta volvió de estar con el segundo chico. A Amara le era desconcertante pensar que Tima prefería andar con varios hombres. Apenas esta tarde platicó con Carmen sobre su novio Arturo, en el santuario favorito de amistad que ellas tienen. Aunque fue una plática en la que Carmen cuestionó al enamorado de Amara, ésta sabe que su amiga se preocupa por ella.

Si Tima volvía temprano habría tiempo para hablar. El tiempo pasó y parecía la repetición de la escena de la otra noche: Tima entró y vio a su hermana con el rostro serio en el sofá de tres piezas. “¿Acaso no se cansa de chingarme la vida?” pensó Tima.

—¿Ahora qué? —interrogó altanera a Amara.

—Quiero preguntarte algo —contestó Sofia indecisa antes de entrar al tema—. ¿Qué pasa con tus calificaciones? Han bajado en los últimos meses.

—Me he vuelto como tú —contestó Tima con ponzoñosa intención.

—No evadas la pregunta. —Se preparó para ponerse frente a ella y obstaculizarle el paso hacia la escalera. Así evitaba la fuga.

—Eso no te importa —contestó Tima molesta—. Ahora déjame en paz.

—No —Amara opuso resistencia—, no te vas... me lo dices y te vas después. —Era la primera vez que Amara encaraba.

—No te me enfrentes “niñita” —replicó Tima. Ella sabía perfectamente la vulnerabilidad de su hermana—. Eres mayor por tres años, pero eso no te hace superior —indicó para hacer énfasis en sus veinte años cumplidos.

—Dímelo, terminemos esto —dijo Sofia aferrada al valor.

—Recuerda las veces cuando te enfrentas a mí —dijo Tima, sonriendo burlonamente, puso su dedo índice derecho en la nariz de Amara y la empujó hacia atrás.

Amara tragó saliva y prosiguió. —No te vas. —En ese momento vinieron a su mente todos los recuerdos de las peleas que había tenido con Tima, en todas ellas, Amara acababa llorando y Tima se salía con la suya. Tima intentó hacer a un lado a su hermana, pero no lo consiguió.

—Te estás poniendo brava hermanita —exclamó en tono de amenaza.

—Dime qué te sucede —insistió Amara.

—¿Quieres saberlo? —dijo Tima exasperada.

—Sí.

—Está bien —en rápido movimiento tomó los brazos de la rubia y la retuvo hasta acabar con el venenoso discurso.

—¿Qué haces? ¡Me lastimas! —exclamó Amara adolorida al sentir las uñas hundirse en su carne.

—¿Sabes qué pasa? ¡Qué estoy harta de esto! Estoy harta de recibir órdenes tuyas y de esa señora, en especial las tuyas: “Tima has esto...”, “has lo otro...” o “deja de hacer esto...” Estoy harta de guardar la imagen de niña aplicada y pendeja para sólo tener una posición social y aparentar, y no vivir la vida —escupía las palabras con rencor.

—Suéltame, suéltame —forcejeó Amara por soltarse—. ¿Crees que la vida sin reglas te hará feliz?

—¡Calla! ¡Aún falta! —hundió sus garras. Salió un hilo de sangre por los brazos de Amara—. Me he fastidiado de esta maldita vida teniendo que seguir las malditas reglas, para dar gusto a las malditas personas, y seguir, ante la maldita sociedad. He guardado mi pensamiento, mi sentimiento y mi hacer. Parezco una tonta, quiero irme en contra de todo esto. —Amara tenía humedecidos los ojos por tanto dolor.

—Ya, ya —murmuró Amara, mientras se ponía de rodillas. Comenzó a llorar. Cada dedo de Tima estaba rodeado de manchas carmesí.

—Siempre has sido una boba —continuó Tima humillando a su hermana—. Crees que todo es de color de rosa, déjame decirte esto “princesita” —miró al rostro de Amara desde arriba—, ¡la vida no es así! ¡Esa es la idiotez más grande que se te pudiera ocurrir! Y es más, te pasas criticando mi modo de ser —la sujetó más fuerte—, me haces la vida imposible. Por tu culpa mis amigos huyeron de mí, por tu culpa no tengo novio.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Amara sollozando—, es ridículo, no te tengo amarrada ni

amenazada. Estás loca si me culpas de tus desgracias. Si has perdido amistades es culpa tuya. Si fueras más benévola con los que quieres te tendrían más aprecio.

—Tú siempre te llevas lo mejor. Si alcanzó algo, será sólo por casualidad —respondió Tima. Sacudió a Amara con fuerza al tiempo que ésta lloraba a lágrima viva—. ¡A ti siempre te regalan las estrellas! Yo sólo recibo las sobras —Tima empezó a sollozar—. ¡Pero eso se acabó! ¡Me largo de aquí! ¡Espero no volver a verlas! —la soltó. Amara cayó sobre su lado derecho, por unos centímetros evitó el impacto con el mueble.

Impulsada por una fuerza invisible, Amara, se puso en pie antes que Tima diera un paso más. La alcanzó al principio de la escalera. Cuando Tima habló sobre la huida, fue como si un arma hubiera herido profundamente a Sofía. Antes de irse, Amara haría que las recordara siempre.

Frente a Tima, con los brazos adoloridos y antes de nada, le dio una bofetada cimbrándole la cara por completo. Tima dio media vuelta con el rostro rojo por el manotazo y logró darle un empujón a Amara, ésta cayó al suelo. Con este movimiento, Tima aprovechó para irse por la escalera a paso acelerado mientras gritaba:

—¡Me voy! ¿Oíste maldita? ¡Me voy!

—¡Lárgate! —respondió con coraje Sofía erguida de nuevo—. ¡Y no vuelvas! ¡Desde ahora no tienes familia! —lo dijo sin pensar.

Tima se congeló en la escalera, había recibido innumerables insultos pero “quedarse sin familia” nunca. Aún peor de los labios de su hermana. La menor estalló en llanto, ojos inundados. Giró la cabeza para ver a Amara. Ésta sobaba sus brazos con la faz desencajada por el coraje. Era la primera vez que Amara trocaba realmente al enojo. Con la misma, Tima ascendió despacio a su habitación, al mismo tiempo unos ojos azules la observaban desde abajo. “Discúlpame hermanita. Me arrepentiré de esto toda mi vida”, era el perdón mudo en la mente de Amara. Fue una pelea inevitable.

Pasado

“Abre, ¿no oyes?” gritaron desde fuera de la habitación. Tima estaba sobre la cama boca abajo. Leía una revista de moda con las piernas dobladas hacia arriba. Vestía su conjunto favorito para dormir, negro. Abajo, Amara se ocupaba de hacer sus tareas escolares en el comedor, cerca de la escalera. Sin embargo, revoloteaban en su mente las palabras de Carmen de hoy en el metro cuando le preguntó: “¿Nunca te cuestionas sobre las experiencias de tu vida?”, a lo que su amiga contestó: “Es mejor ignorarlas”. Esas palabras no le permitían concentrarse.

—¿No oyes? —vociferó Clara desde afuera de la habitación—. ¡Abre! —Amara podía escuchar los gritos. Esas discusiones eran de lo más común, pero ésta sería de otra naturaleza. Aunque no lo parecía, Amara estaba muy preocupada, presentía que su vida, como la de su madre corrían peligro.

—¡Lárgate, no te quiero ver! —contestó Tima.

—No estoy para tus estupideces. ¡Abre! —insistió su madre.

—Siempre me has tratado de estúpida, mamá, de ahí no me bajas —Tima empezaba a enfurecerse.

—¡Te digo que abras! —fue lo único que recibió por respuesta. Clara, exasperada movía la perilla de la puerta que tenía seguro. Tima se levantó de muy mala gana a abrir. Lo hizo de golpe y se encontró con su madre furiosa de frente.

—¡Ya era hora! —empujó la puerta y entró con el impulso de su molestia.

—¿Qué quieres? ¿Acaso fue a llorar contigo tu hijita? —preguntó Tima.

—Tú no la dejas en paz. La tratas mal y lo último fue muy humillante —se refería a la discusión anterior donde Tima enterró sus uñas en los brazos de su hermana.

—Estoy en lo cierto. Fue a llorar contigo —Tima avanzó a la entrada de la habitación y cerró la puerta. Amara dejó de oír los gritos. —Ella es una boba —caminó a la ventana—, cree tener la razón en todo. Construye “castillos en el aire”. ¿Sabes? Por esa razón le ven la cara. El tipo con quien andaba le prometió el sol y las estrellas, y la mandó al carajo porque no le dejó ver su “mercancía”. La muy idiota se creyó el cuento de las princesitas. Ahora se la pasa llorando por culpa de su ingenuidad. ¿Acaso tengo yo la culpa? Ella es mi hermana y de una u otra forma eso me afecta también, pero ella se lo buscó. ¿Acaso tengo que llorar con ella? —encaró a Clara.

—¡Calla!, te burlas porque eres insensible —dijo su madre—, además, eso es cosa aparte. A lo que me refiero, es el hecho de haberla lastimado. El otro día vi las marcas de sus brazos. Entonces me dijo la verdad.

Amara había quedado muy dolida por el engaño de su novio. Cuando se bañaba tardaba más de lo acostumbrado, ahí prolongaba su llanto. En una ocasión salía del baño con sus ropas en las manos, cuando se topó con su madre. Ella vio las heridas. No tuvo más remedio que contarle lo sucedido.

—Eso se lo buscó.

—Te desconozco —dijo su madre—, dejaste de ser esa chica dulce y estudiosa de antes.

—Esa chica —Tima trató de desviar los ojos de su madre—, desapareció cuando papá se fue.

—Esa es una cuestión distinta. ¿Qué tiene él que ver aquí? —replicó Clara.

—A él, yo lo quería mucho —dijo Tima, viendo con ojos llorosos a Clara—. Tú lo dejaste ir. Permitiste que se vaya. No lo querías por eso se marchó con tía. Fuiste muy tonta, por eso te dejó. —Arremetió Tima con furia, desbocando sus palabras.

—¿Cómo te atreves a juzgarme así? Tú no sabes los verdaderos motivos de nuestra separación —dijo indignada Clara.

—Mamá, si lo que dije no fuera cierto, papá estaría aquí.

—Él no merece miramientos y consideraciones. Él se veía con mi... hermana desde antes de nuestra boda —los ojos se le enrojecieron a Clara.

—Pero te casaste con él, entonces ¿por qué no lo atendiste bien? Sí se hubiera quedado —Tima cruzó los brazos.

—En el amor se confían muchas cosas, no basta sólo la atención. Él jamás fue sincero conmigo. Jugaba con las dos —Clara lagrimó—. Yo lo quería mucho. Desde que éramos novios tratábamos de comprenderlo. Recuerdo, las diversas ocasiones, cuando me regalaba rosas. Eran mis favoritas.

En tanto, Amara seguía en el comedor intentando estudiar. Los exámenes estaban próximos. Pero no dejaba de recordar la historia de su madre.

Hace tiempo, cuando el amor podía pensarse inofensivo, Clara se enamoró de Roberto Quintero. Era licenciado en administración de empresas, egresado de la UNAM. Durante mucho tiempo dedicó su vida a los negocios locales en el Estado de México. Más tarde tuvo la oportunidad de dedicarse a negocios nacionales. En uno de sus viajes conoció a Clara, en un lugar cercano a Cuernavaca. Roberto había conocido a varias mujeres, pero Clara definitivamente lo cautivó. Decidió hacer su vida con ella. Sin embargo el pasado no deja de perseguir, su carrera termina cuando nos alcanza.

Al conocer a la familia de Clara, reconoció el rostro de una antigua novia. Abigail. Ella fue durante mucho tiempo, un amor de placer. El pasado de nuevo. Aunque Roberto pensó que no peligraría la palabra de amor empeñada a Clara, las cenizas del antiguo fuego hicieron combustión de nuevo.

Tardó poco en rendirse al viejo placer de los sentidos. El juego del engaño, entre las dos mujeres, lo atizaba constantemente. Realmente quería casarse con Clara, sin embargo el deseo de tener a Abigail lo consumía. Decidió continuar. Sabía que no duraría mucho. Pero perderlas le era impensable.

Entre las sombras visitaba a su amante y en el día, corría al lado de su prometida. El día de la boda llegó sin provocar sospechas. Hicieron su pacto de amor. Nació su primera hija: Amara Sofía. Roberto le puso así por un recuerdo de su juventud. En la secundaria le gustaba la filosofía. Él estudió que con ella podía tomar las mejores decisiones. Por lo visto no aprendió nada. Tiempo después nació otra niña. Está vez el nombre lo puso la madre: Fátima Aurora. A Sofía, de niña se le dificultaba decir ese nombre, y la llamaba “Tima”. El apodo terminó siendo familiar, al grado de casi convertirse en su nombre propio.

¿De qué manera se pudo mantener ese secreto por tanto tiempo? Roberto continuaba sus viajes de trabajo. Al contrario de lo que le hacía creer a Clara, los viajes terminaban antes de la fecha señalada. Los días de diferencia eran para encontrarse con Abigail. Ella ahora tenía su domicilio en otra entidad del país, empezó a radicar ahí después de la boda de su hermana. Encontrarse era más fácil. El deseo los quemaba y así consumaron muchos incendios.

Luego volvía a casa con su esposa para decirle cuánto la amaba. La cama era escenario de la

bienvenida. Él siguió con el juego. Dicen que el azar es la peor bendición de las musas, así como puede elevar, puede destruir. Roberto parecía no entender eso. A lo mejor porque negaba al azar parte de su juego. Olvidó una cosa: echar suertes, siempre tiene un precio.

Pasaron los años sin sospecha. Clara recibía noticias de Abigail. Ella ya tenía tres hijos. El misterio era el padre. Casi ocho años sin verse. Abigail vivía ahora en Guanajuato. Había que hacerle una visita. Eran sus sobrinos, nunca los había visto. Por diversas razones fue imposible verla: el trabajo de su esposo, las ocupaciones de Abigail y las complicaciones de viajar toda la familia hasta otro estado. La visita se prolongó durante años. Desconocía a sus sobrinos, incluso las fotos que le pedía a Abigail nunca llegaban. Eso despertó muchas sospechas. Entonces decidió con más razón ir, ya no para conocer a la familia de su hermana, sino por descubrir ese misterio.

Dejó de lado el pedirle a su esposo que la llevara. Le ordenó hacer el viaje en las siguientes vacaciones. Roberto por más largas que puso, nunca logró que su esposa desistiera de su intención. Sin más remedio él avisó a Abigail la inminente visita. Ella dijo al otro lado de la línea: “Resuelves esto pronto o te olvidas de mí para siempre”. Roberto caviló en eso toda la noche. Fue la única ocasión que no les contó un cuento a sus hijas.

El amanecer lo puso peor. Clara quería que él hiciera los arreglos para el viaje. ¿Qué sucedería? ¿Le diría la verdad? Sería más doloroso si Clara llegara a la casa de su hermana y descubriera la verdad. Era el momento de acabar el juego. Sin pretender a una o a la otra, la verdad saldría a flote. Además, él era cobarde para enfrentarse a las dos mujeres.

Esa noche contó todo a Clara. Ella quedó destrozada. En la oscuridad, discutieron el engaño. Las niñas quedaron detrás de la puerta de su habitación verde pastel. Ellas oyeron lo de la otra familia. Tima lloró a mares, mientras Amara la abrazaba y le decía: “Esto va a pasar”, aunque sabía muy bien que eso no sería posible.

Clara sin más opción lo abandonó. Las tres recogieron las cosas más necesarias y partieron en el auto de su madre. Las niñas lloraban, quería estar juntas con él. Tima gritó todo el camino hasta la casa de sus abuelos. Él se fue con a vivir a Guanajuato, cada semana veía a sus hijas. La más alegre siempre fue Tima, mientras Sofía lo miraba con recelo. Él lastimó a su mamá. Clara le pidió el lujoso departamento donde vivían, durante el proceso de separación, comprado alguna vez y que le prometió sería de ella y sus hijas.

Ahora, en la habitación de arriba seguía fraguándose el desenlace de un problema antiguo. Amara dejó de escuchar los gritos. La puerta había sido cerrada. Prefirió esperar abajo.

—Por eso me voy, huyo de tu incompetencia —Tima dio la espalda—. Me voy para no verte. Eres una vieja amargada. Necesitas un recuerdo para evitar que te lleve el tiempo —sus palabras fueron cuchillos recién afilados.

—Soy tu madre. No puedo permitir que me hables así. Eres una insolente — alargó el brazo hacia Tima y la volteó frente a ella—, te falta entender muchas cosas. La vida no es color de rosa, es cierto, pero todos los días hay que enfrentarse a los carnívoros del mundo.

—Pudiste buscar otro y así lloriquear con él —Tima estaba fuera de sí y se alejó de su madre de forma brusca—. Te desquitas conmigo. En cambio, yo sí he logrado al menos en un año tener cuatro amantes que me hicieron ver el cielo y el infierno —el venenoso discurso fue interrumpido por una bofetada fulminante de Clara. Tima se estremeció hasta los huesos.

—¡Te odio!, ¡te odio! —dijo muchacha mientras salía de la habitación sobándose la mejilla y apresurada bajaba las escaleras. Amara vio a su hermana de reojo irse por el pasillo del edificio.

Clara quedó tensa en la recámara, entre lágrimas tocó su pecho. Las palpitaciones se hicieron cada vez más fuertes. “Sofía, Sofía” dijo casi inaudiblemente. La oscuridad la cubrió. Nadie evitó

su caída.

Pasado

El apartamento estaba como impávido, como si reaccionara tarde luego que terminó el salvaje temblor que estremeció los cimientos. El silencio imperaba en el ambiente. Los objetos quedaron mudos ante tanta fuerza. Gritos lejanos salidos del lugar, eran huellas del desastre de una vida que se derrumbaba poco a poco. Cada pieza del inmueble tenía algo para contar y lo transmitía en murmullos ininteligibles. Las cosas del lugar querían hacer oír su voz. Muchas cosas entran y salen, no así las tensiones y los problemas, éstos entran con facilidad mas no salen pronto. Son huéspedes molestos, hacen mucho ruido cuando vienen.

Carmen entró sigilosamente e inmediatamente percibió el suspenso y la tensión mezclados en el aire. Minutos antes le había llamado su amiga, al borde del colapso, pidiéndole que fuera. Carmen, sin tardar fue al lugar para descifrar los “pelos y señales” del lamentable suceso. Entró, pasó junto al sillón de tres cojines azules. La sala tenía una mesa de centro con bordes de madera y superficie de vidrio, en medio había un florero de porcelana con grabados japoneses y una flor amarillenta, marchita. Luego otro mueble del mismo color que el primero, pero con dos cojines.

Detrás de este mueble iniciaba el comedor, ahí esperaba Amara. Su rostro denotaba molestia. Parecía haber tenido una terrible trifulca. Enojada, observó la entrada de su amiga. La rubia, tan frágil como el papel, ni se levantó a recibirla. Las cosas se volvían muy raras. La desazón embargó a Carmen. Lo que hubiera sucedido deseaba que nunca hubiera ocurrido. Carmen tenía una tarea imposible: reconstruir un castillo de naipes.

—Sofía —desconocía como empezar—. Ya vine. —Amara se acomodó el cabello con indiferencia, un suéter blanco de largas mangas le cubrían las muñecas, vio a su amiga sin expresar algo en el rostro e intentó sonreír.

—Qué bueno que llegaste —la miró a los ojos—. Necesito hablar contigo. Estoy que me muero.

—Pues... —el estado emocional de Sofía desconcertó más aun a Carmen. Tomó asiento para pensar bien sus palabras— aquí estoy. Sabes que no te voy a dejar mal. Pero antes déjame decirte: si hay algo en mis manos para poder ayudarte, pídemelo. En estos momentos necesitas de alguien que te de la mano. Lamentablemente estás sola, ni tu hermana sirve para esto.

—Gracias —sonrió Amara con acidez. La última frase le disgustó, pero calló para evitar un desplante.

—Bueno... cuéntame.

“Estoy al borde del abismo, mi vida está en el peor momento. Desearía ser otra persona y estar en distinto lugar. Quisiera negar todo lo que soy. ¿Acaso las puertas de la felicidad son vedadas para mí? Las fuerzas se me gastan. Siento un hueco en mi pecho, cada día haciéndose más grande. Insensata no soy, pero mi cabeza, llena de preocupaciones, desconoce donde desembocar el río de nervios que estrujan mi mente. Si sólo tuviera, de nuevo, un día de paz. Estar en la playa, caminar con el sol en su cenit, hablar conmigo misma”. Amara miró a su derecha, los pensamientos divagaban, escapaban del objetivo de la plática. Amara los atrajo, los amarró con un hilo y comenzó a narrar su desgracia.

—Tenías razón sobre Tima —dijo—, sigue desorientada y se mete con cualquier tipo. Además

nos está trayendo muchos problemas. A veces siento que lo hace a propósito. Podría enfermarse en cualquier momento, ¿te imaginas las complicaciones? Mamá y yo carecemos de dinero, obvio que haríamos todo lo posible por su salud. Abandonarla, ni pensarlo. — Amara suspiró y continuó.

—Mamá tuvo el disgusto de su vida, es natural que terminara en el hospital. Dos enfermas, sin dinero y casi en el olvido, me será imposible atenderlas, eso siempre y cuando mi mamá sobreviva al infarto. Tima, se volvió desidiosa, evasiva, floja, irresponsable, altiva y grosera... bueno un poco más de lo que ya era. Es cierto yo no puedo cambiarla ni estar haciendo que ella sea como yo quiero. Pero estoy segura de que algo le pasó. Ella no me habla, le insisto y me grita, me trata mal. Ayer me confesó sus deseos de irse. Nos hicimos de palabras y terminamos diciéndonos de todo. Me trató como a una enemiga y yo le dije que ya no tenía familia. Literalmente me lastimó. Mira mis muñecas.

—¿A qué te refieres? —dijo Carmen, mientras Amara corría las mangas del suéter. Le mostró las heridas del rasguño de Tima. Líneas rojas teñían la piel.

—Aún me duelen —dijo Amara con tristeza—. Ya van dos ocasiones que me peleo fuerte con ella.

—Oye... —Carmen dudó hacer la pregunta— ¿Tu madre ya sabe todo lo de Tima?

—No. Esto que le pasó fue por una discusión fuerte que tuvo con ella, como otras anteriores. Mamá debía estar alejada de los disgustos por su mal estado de salud. Cuando se entere, a Tima le irá muy, pero muy mal. —Amara hablaba con tono apagado.

—Relájate. Las preocupaciones te están matando —Carmen acarició la cabeza de Amara—. Tienes que poner en orden las cosas de inmediato, debes empezar contigo misma. El barco se hunde si el capitán no está al mando. Estás hecha una “sopa”. Si no controlas tus emociones la situación terminará saliéndose de tus manos. Llegarás a ser la tercera enferma, entonces sí estarás jodida y sin esperanza. Date cuenta, a lo mejor la puerta de la felicidad tú la tienes cerrada. Ábrela, incluso puede que esté siempre abierta, dale un empujón.

—Gracias —dijo Amara, una sonrisa iluminó fugazmente su rostro—. Todo esto comenzó desde que mamá sufrió el engaño de mi padre. Él la engañaba con su hermana. Mamá y Tima son irreconciliables desde eso. —Levantó el rostro para ver a Carmen.

—Eso ocasionó —continuó Sofía—, el alejamiento con la familia de papá. Mamá optó porque vivamos con ella. Consiguió la custodia de nosotras, nos alejó de él. Papá manda la manutención mensual, pero es insuficiente y mamá siguió trabajando de secretaria en un despacho público. El mayor deseo de ella es vernos graduadas, el estudio es nuestra única obligación. Por eso trabaja tanto tiempo, la vemos poco. La relación es difícil.

—Tima sufrió cuando nos alejamos de papá —prosiguió Amara—. Ella siempre lo quiso mucho. Es más, el trauma le quedó muy marcado porque éramos niñas todavía. Se me estruja el corazón al recordar, cuando nos fuimos de la casa para siempre. Mamá nos llevó en un coche plateado, íbamos atrás, yo lloraba y Tima gritaba ‘te quiero papá’, asomándose por la ventanilla y estirando el brazo como si quisiera retenerlo. De lejos papá levantó la mano para despedirse. Me dolió. Pero lo soporté porque tenía el encargo de cuidar a mi hermana. La situación nos cambió muchas cosas.

—Es triste —dijo Carmen—. Reflexiona esto: soportaste, pero no superaste. Dime: ¿Qué te quedó? Es algo incambiable, no sanaste, aún sigues enferma por la separación. Este mal se propagó a tu familia. Es incurable, cierto, pero eso no impide que seas feliz. ¿Cuántas familias desintegradas crees que existen? Muchos perdieron a su madre, a su padre, a sus hermanos. Otros

los vieron morir. Hay otros que fueron abandonados, sin conocer a quienes les dieron la vida. Existen otros muchos con sus padres y hermanos junto a ellos, pero son indiferentes y mal agradecidos. ¿Crees que tu situación es peor que la de los demás? Tienes una familia, incompleta, de acuerdo, pero la tienes.

—Mamá fue amargándose después del divorcio —continuó Amara sin prestar atención a las palabras de Carmen—. Perdió la alegría. El enojo y coraje que tenía contra nuestro padre y su hermana lo fue descargando sobre nosotras. Siempre nos dice: ‘No sean pendejas al escoger marido. Es mejor que sepan arreglárselas solas, porque si el hombre sale malo puedan mantener a sus hijos sin ayuda de él. Eso si quieren casarse, si no pueden ser menos pendejas y no hacerlo.’ Es como si dijera: ‘De todas maneras siempre terminamos siendo pendejas por causa de los hombres, nos llenan de hijos y se van’. A Tima le dolieron esas palabras y terminó rebelándose —agregó la rubia—. Por mi parte me dediqué a atender a mamá. Después de un tiempo le diagnosticaron afección cardíaca. Desde eso he estado junto de ella, me daba miedo que le sucediera algo malo. No sé cómo reaccionará cuando se entere de toda la situación. El mundo se me vendría encima —las amigas quedaron en silencio después de estas revelaciones.

Pasado

El reloj marcaba las seis de la mañana en punto. El disco solar ascendía lentamente. La luz filtró los rayos por las rendijas de la ventana. Amara dormía en una silla cerca de la cama de Clara. Ésta también dormía después de una agitada noche, no presentaba mejoría. Clara vestía una bata blanca, acostada en sábanas blancas, con un respirador en la cara. Desesperante, angustiante y agitada, son los términos exactos para nombrar aquella noche de olvido y dolor. ¿Dónde quedó la Clara fuerte? ¿La madre imbatible? ¿Acaso ya se va a ir? Amara recorría sus recuerdos de infancia, en los cuales esa mujer, ya moribunda, influyó. Por primera vez Amara deseo permanecer dormida y dejar de vivir a partir del inmenso lapso nocturno, de la jornada, de penumbra, enfermedad e incertidumbre.

Minutos antes del incidente que envió al hospital a Clara, Amara descubrió algo extraño en su madre, cuando ésta subió para hablar con Tima. Después de un rato vio bajar a su hermana, vestida con ropa de dormir, un conjunto de dos piezas en color negro, el favorito de Tima. Los ojos de su hermana estaban anegados de llanto. Muy mala señal. Cruzaron fugazmente las miradas, Tima volteó el rostro y huyó hacia el pasillo fuera del departamento.

Los nervios de Amara se crisparon. Subió a la habitación de su hermana. Algo iba mal, definitivamente era malo, muy malo. Al abrir todo parecía intacto desde la puerta. Pero al pasar detrás de la cama, observó a Clara tendida en el suelo, quieta como una piedra. Intentó reanimarla, pero no hubo respuesta del cuerpo inerte. El mundo se venía sobre Amara, perder a su madre sería el final de su incesante lucha por no caer en la desesperación. Ninguna respuesta.

Llamó inmediatamente al número de emergencia. Le parecieron eternos los tres timbres en la línea. Al fin contestaron.

—Bueno, departamento de emergencias —le contestó un hombre.

—Ayúdeme —dijo desesperada—, mi mamá no reacciona.

—Deme su dirección.

Dio los datos y colgó. Bajo a buscar a Tima, ella había desaparecido, no estaba en ninguna parte del pasillo. Esperó a los paramédicos en la habitación. Definitivamente no vio a Tima por ninguna parte. “¿Dónde habrá ido? ¿Cómo pudo dejarme la muy cobarde?” las palabras de Amara destellaron coraje y odio, “Ella hizo esto, debe pagar. Yo me encargo de que sea así. Nuestra mamá muere mientras ella fue a quién sabe dónde. Me oírás cuando vuelva.” Asomó al pasillo de nuevo. “Ojalá tuviera mi carro de caballos para llevar a mi mamá al cielo y salvarla, y no solamente para ver las estrellas”. Amara entró en desesperación, enjugaba las lágrimas.

Después de un rato escuchó el sonido de los pasos de los paramédicos, enseguida bajó a la puerta. “Por las escaleras” les dijo.

Ellos subieron, revisaron el pulso y la presión a su madre. Inmediatamente la pusieron en la camilla.

—Sufrió un paro cardíaco —mencionó uno de los paramédicos.

—Hace tiempo que padece del corazón —dijo Sofía.

El descenso de la camilla fue trabajoso, debido a las escaleras que había que pasar. El

complicado caracol resultó un enemigo de la enferma. La camilla giro varias veces antes de acabar en la sala—comedor. Una vez abajo, hubo pocas complicaciones para salir del edificio. La llevaron al hospital más cercano. Amara cerró el departamento y fue en la ambulancia.

Entraron al nosocomio. Los pasillos amplios y el olor a medicina le provocaron náuseas a Amara. Las visitas al hospital eran su terror cuando niña, jamás le gustó tomar medicinas. Siguió a los médicos mientras marcaba el número de Carmen. Se detuvo cuando llevaron la camilla a una habitación. Amara se sentó en el pasillo, esperando la respuesta de su amiga.

—¿Bueno? —Carmen habló por la línea.

—¡Por fin contestas! —dijo Amara desesperada por completo.

—¿Pasa algo, amiga? ¿Qué tienes? —la preocupación tornó su voz.

—Estoy en el hospital —habló Amara con un nudo en la garganta—, mi mamá sufrió un infarto, la acaban de traer. —Estalló en lágrimas.

—¿Cómo? ella estaba recuperada —Carmen no salía del asombro—, sólo debía estar relajada y fuera de problemas.

—Creo que Tima discutió con ella —le informó sollozando—. Ella le provocó el infarto.

—Dios mío —exclamó—, esa niña sólo da problemas. Voy para allá, ¿dónde estás?

—En el Hospital Central —respondió con un hilillo de voz.

—Ya llego, escucha no te derrumbes, todo va a salir bien —le dijo para calmarla—. Hemos salido de situaciones peores. Espérame, no tardo. — Carmen colgó.

Amara acarició las frías sillas del pasillo del hospital. Esperó a su amiga con impaciencia, y al mismo tiempo a un doctor para saber el estado de su madre. Constantemente veía a su izquierda, la entrada principal del nosocomio, para distinguir a Carmen, y a su derecha, el fondo del corredor que conduce al interior, el galeno saldría por ahí. La cabeza ya le mareaba, el olor de las medicinas hacía girar su cabeza. Los minutos pasaban. Amara sentía sus parpados ásperos. El corazón latía a mil por hora, parecía salirse del pecho. Carmen llegó primero. Ambas se fundieron en un largo abrazo.

—Vine en cuanto pude —Carmen puso las manos sobre el cabello de Amara para acomodarlo por lo revuelto que estaba—. Calma mi niña, calma. Tardas en salir de un problema para entrar a otro.

—Está mal... —Amara habló con voz entrecortada—, le vi el rostro, estaba pálido como piedra. Estuve en la ambulancia —volvió a abrazarse de su amiga—. No quiero que se muera. No, no, ¡no quiero!

—Tranquilízate. Vamos a sentarnos.

Tomaron asiento y hablaron largamente. Media hora más tarde apareció un doctor que se dirigió hacia ellas.

—Buenas noches —les dijo.

—Buenas noches —contestaron ambas poniéndose de pie.

—¿Quién de ustedes es familiar de la Sra. Clara Vásquez? —preguntó a las chicas.

—Yo, soy su hija —dijo Amara.

—Tengo información sobre el estado de su madre. Ella está en terapia intensiva. El infarto provocó un paro respiratorio momentáneo. Para prevenir otro tuvimos que ponerle un respirador. A partir de este momento la tendremos en observación por unos días —informó el doctor sin cambiar el tono de voz. Amara se preocupó más.

—¿La podemos ver? —preguntó Carmen.

—Es muy complicado —le respondió—. Pero puedo permitir que entre una de ustedes. Les

daré un pase.

—Amiga —Carmen se dirigió a Amara—, entra tú primero, por supuesto. Nos turnaremos para estar al pendiente.

—No, ve tú. No creo soportarlo —replicó Amara.

—Anda. Ella te necesita más que nunca, niña —le insistió.

Amara asintió a pesar de no tener fuerzas para estar con su madre. La cara pálida de ella le recordaba la desastrosa conducta de Tima. Recogió el pase de entrada y buscó con temor la habitación. Subió dos pisos, después de recorrer varios pasillos dio con la habitación: 129D. Entró con cuidado, vio a Clara tendida sobre una blanca cama, alrededor de ella estaban otros enfermos en reposo. Su madre tenía aún el rostro pálido, no había cambiado desde que la trajeron en ambulancia. Clara respiraba con mucho esfuerzo, como les había dicho el doctor.

Amara agarró la silla cercana, la movió despacio y tomó asiento sin dejar de ver el blanco rostro de su madre. Era inútil verla despierta pronto. En la frontera de la muerte es imposible pronosticar algo. Cruzar la barrera del estar o no estar. Dejar el mundo o volver a él, eso ni la propia persona lo puede decidir. La vida de su madre pendía de un hilo. Nadie le aseguraba algo. La noche volvió a caer.

Pasado

La blanca habitación de terapia intensiva en el hospital, fue llenándose de luz filtrada a través de la amplia ventana. El reflejo se hizo más intenso conforme avanzaban los minutos. Clara permanecía conectada al respirador. Las horas pasaban y la resistencia de su cuerpo, cargado de años, mermaba cada momento. Ella había enfrentado momentos dramáticos, pero ahora parecía claudicar.

Amara, sentada en la sala de espera alimentaba la esperanza de que la información final, tan ansiada, no fuera tan grave. Desde el día anterior ella durmió en el hospital. Seguía dormida profundamente en la incómoda silla del nosocomio, ni el amanecer la despertó. La mañana ya había nacido cuando Carmen apareció en el pasillo, caminaba de prisa. Llegó donde Amara y la despertó con cuidado. Sofia tenía los ojos hinchados provocados por el desvelo, y el semblante cansado. Sus parpados seguían pegados. Carmen la sacudió un poco. Amara despertando, se irguió ayudada por su amiga. La rubia, se levantó, eran las siete con cuarenta y cinco minutos.

—Perdóname por haberte abandonado en el hospital —le dijo Carmen.

—Despreocúpate —la tranquilizó Amara—, estoy bien.

—¡Eres una mentirosa! —le reclamó Carmen—. Mírate, estás bien ojerosa. Es como si un camión te hubiese pasado por encima. Te ves terrible. Si así consideras estar bien, no imagino verte peor —las dos sonrieron, sabían jugar a las mentiras, tanto una como otra quedaban empatadas.

—Siempre descubres mis secretos —le dio la razón a la chica castaña.

—Te salen mal las mentiras —rio la amiga—. Debes practicar más.

—Tú eres experta —aseguró la rubia.

—¡Ni te creas! —aclaró la castaña—, mis papás ya descubren mis mentiras.

—Eres una inútil —concluyó Amara sin antes sonreír de nuevo.

-¿Cómo está tu mamá? —preguntó Carmen-. ¿Qué dicen los doctores?

-Se mantiene estable, ellos dicen que hay que esperar, piensan que se recuperará.

-Y así será, ya lo verás —le dijo su amiga, animándola -. Pero tienes que arreglarte, bañarte, comer. Ve a tu casa para atenderte, yo me quedo mientras vuelves.

-Gracias Carmen, eres una gran amiga.

-Vamos, te acompaño a tu casa ahora que hay varias enfermeras, regresaré al hospital en el mismo taxi, no será tardado.

Ambas salieron del hospital para ir a la casa de Amara. El viaje en taxi trajo cosas a la mente de Sofia. Un callejón sin salida se extendía frente a ella, los problemas, las emociones y sentimientos conjugados en su interior como un nudo la hundían en la oscuridad de la que buscaba salir.

Arribaron a su casa, descendió del auto y se despidió de Carmen, quien regresó al hospital. Llegó al edificio de apartamentos. Cabizbaja caminó hacia el ascensor, y luego por el pasillo hasta llegar a la entrada de su apartamento, vio que la puerta estaba abierta.

-¡Oh no! ¡Ahora no! —se dijo a sí misma y entró rápidamente.

Además de todas sus penalidades ¿un ladrón venía a llevarse sus pertenencias? Sólo eso faltaba. Pensando esas cosas avanzó en su apartamento y encontró a Tima apresurada, empacando lo último de sus ropas. Había puesto una maleta al pie de la escalera.

Tima, por las prisas, no se percató de la presencia de su hermana. Sofia la observó un rato, elegía las palabras intentando evitar una escena.

Quiso ser paciente. Pero, en una de esas idas y venidas por la escalera, y cuando su hermana bajaba inclinada mirando los escalones, Sofia le gritó, ya sea por el cansancio de los últimos días en el hospital o por la impaciencia: ¡Tima!

Apenas su hermana fugitiva levantó la vista, Amara que ya se había acercado a ella, increíblemente levantó su mano derecha y le asestó una bofetada. La fuerza y lo sorpresivo del golpe hizo caer a Tima sobre los escalones, gimiendo por el dolor.

—¿Qué haces aquí— !?le recriminó Amara, desahogando todo el dolor llevado dentro. —Mamá está muriéndose en el hospital y tú como si nada sucediera— la levantó de la blusa y la empujó contra la pared.

—¿Qué crees que hago? —Tima se soltó—. ¡Me largo! ¡Eso hago! —contestó mientras sobaba su mejilla.

—No puedes hacernos esto a mamá y a mí —le reclamó Amara sin salir de su enojo—, necesitamos en verdad tu apoyo en este momento.

—¿Y así vienes a pedírmelo? —Tima llevó entonces su mano izquierda al costado adolorido de su cara—. Tú no has querido decirme como sigue mamá. Yo te he buscado pero nunca estás. El apoyo lo pueden encontrar en otro lado.

—Espera —rogó Amara—, no he tenido tiempo, estamos solas...

—Siempre lo han estado —interrumpió su hermana.

—No, no nos hagas esto —insistió— ya son suficientes problemas...

—Por eso me voy. Yo soy uno de ellos —esas palabras lastimaron el corazón de Amara—. Conmigo lejos los problemas disminuyen y quizá acaben.

—Eso es mentira, cómo puedes pensar de esa forma —Amara empezó a desesperarse, su hermana escapaba y su madre en el hospital. Su existencia sería insoportable. —Eres mi hermana, quiero que te quedes —sus ojos enrojecieron.

—Tengo que crecer. Me voy. Quítate del camino —Tima habló con voz quebrada. Miró a Amara con tristeza, quedarse le era imposible.

—¿Y mamá? Su estado ahora es estable. ¿Irás a verla? Ella preguntará por ti cuando se recupere —dijo Amara tratándola de retener.

—¡La prefiero muerta! —para la rubia fueron inaceptables las hirientes palabras de su hermana. Calló la impertinencia de Tima con otra bofetada.

—¡No puedes hablar así! —los sentimientos de Amara hicieron fisión nuclear—. ¡No tengo por qué escucharte! ¡Sólo lo dices porque ella te cae mal!

—¡Estás muy equivocada! ¡Ella se ha pasado la vida chingándome todo el tiempo! ¡Cómo crees que voy a regresar! —Tima estaba fuera de sí, nada tenía importancia en ese momento.

—Eres insensata —reclamaba Amara mientras alzaba la mano de nuevo.

—Si quieres golpearme otra vez hazlo, pero me largo —sonó el teléfono de Tima, el auto encargado por la plataforma digital había llegado. Avanzó, tomó las maletas e hizo a un lado a su hermana. La mejilla golpeada empezó a enrojecer.

—¿A dónde vas? ¿Seguirás en el mismo lugar donde ahora estás? —preguntó mientras seguía a Tima hasta la entrada.

—¡Eso no te importa! —concluyó Tima cerrando violentamente la puerta.

A través de la ventana, Amara vio salir a su hermana, la observó meter las maletas al automóvil y abordarlo sin mirar atrás. Sofía vio desaparecer el vehículo.

Amara entró en depresión. La carga emotiva la estaba aplastando de manera alarmante. No tenía fuerzas para seguir peleando, todo por lo que había luchado terminaba en el caño. Cada esfuerzo había sido inútil.

Subió las escaleras con la vista al suelo. Entró a su desordenada habitación, muy parecida a su interior, miró el espejo. El reflejo le mostraba una mujer desconocida, totalmente diferente a la Amara que conocía: pelo despeinado, cara demacrada, ojeras prominentes, mirada triste, pálida, ojos llorosos y un alma destrozada gritando con todas sus fuerzas: “Ayuda”.

Por fuera gritaba, pero dentro tenía un aullido repetitivo que decía: “Me quedé sola”. Fue al baño, se quitó la ropa con pesantez, sin fuerzas se colocó debajo de la ducha. El agua fría la volvió en sí, le quitó el cansancio de la noche anterior. Se vistió con rapidez para regresar al hospital antes que la tarde cayera. Salió del apartamento y detuvo un taxi. En la escuela su asistencia ha sido irregular ahora, pero su alto promedio le permite sostener las inconsistencias. Le habló a Carmen por teléfono diciéndole que estaba en camino. Su amiga notó algo raro en su voz. A unos pasos de la entrada del edificio vio a Carmen esperándola.

—Te pasa algo ¿verdad? —le preguntó la castaña, cuando llegó junto a ella.

—No me siento bien —respondió poniendo su mano en la frente.

—¿Tienes fiebre? —inquirió de nuevo su amiga, porque aunque sabía que aquello no era la causa, desconocía la verdadera razón.

—No, me duele la cabeza. —quiso disimular la rubia, mientras caminaban lentamente.

—Debiste haberte quedado en casa —Carmen abrazó a su amiga.

—Tima se fue —Amara no pudo esconder por más tiempo su desgracia—. Hizo su berrinche. Se fue para siempre.

—Olvídate de ella —dijo Carmen—, suficiente tienes con la enfermedad de tu mamá.

—¿Cómo está ella, cómo sigue? —preguntó ansiosa.

—Acaba de reaccionar —la tranquilizó.

—Me gustaría verla —tomó el pase de visita que Carmen sujetaba en la mano. Fue directo a la entrada del hospital.

—¡Espérame!

Les dieron permiso para estar un rato con Clara. Sin abrir los ojos, la enferma movía los labios repitiendo con insistencia: “Tima, Tima...”. Amara, conmovida, tomó la mano de su madre, y le dijo: “Soy yo, Amara”. Clara dejó de hablar un momento y luego, como si le contestara, dijo emocionada: “Mi Sofía, mi Sofía...” Aquel día nadie le haría olvidar a Amara, la emoción surgida en el corazón.

Pasado

“¿Quién soy?, ¿Quién soy?” pregunta insistente y retumbante en la cabeza de Amara. El tiempo en el hospital transcurría lento. La náusea la acorraló, los olores de medicina mezclados con la espera incierta de los familiares de los enfermos hacían mella en su organismo. Transpiraba copiosamente, el estómago lo tenía revuelto, tanto por la espera como por el prolongado ayuno. El silencio incómodo invadía el ambiente. La desesperación y la incertidumbre crecían cada minuto muerto por el tiempo. El atardecer se formaba en el horizonte, cubría todo con iluminación naranja. Premonición de muerte y sangre derramada. Venía lo peor.

El sol, visto por Amara en sueños emanaba rayos cálidos y suaves, ahora, el sol real era amenazante y dañino. La sala de espera del hospital se tiñó de color naranja. Esto no presagiaba nada bueno. El calor molesto, traído por el ocaso, hizo padecer a Amara un leve mareo. Cerró los ojos, le dolían, trató de mantenerse entera. Sus sienes empezaron a palpar, querían salir del encierro de su cráneo. Las venas dilataron sus diámetros. Muchas cosas, confusas en su mayoría, invadieron su mente en aquellos instantes. Intentó no caer al suelo, pese a estar sentada, necesitaba guardar compostura, las fuerzas mermaban. Le parecía más probable que ella muriera en lugar de su madre.

Llevó su mano izquierda a la sien y murmuró unas palabras inaudibles. Quería desaparecer las preocupaciones, caminar sobre un sendero allanado sin miedos ni temores, sin detenerse. Quería que los problemas tuvieran soluciones tan rápido como las pensaba. Quería ver unida a su familia para estar juntas siempre. El desasosiego la consumía, la joven de hace unos días se convirtió en una vieja achacosa encorvada de lamentos.

“Amara despierta” escuchó una voz femenina que le hizo abrir los ojos. “Sofía despierta” pronunció su segundo nombre. Ella buscaba en todos lados quién la llamaba. “Amara Sofía, mi Amara Sofía, despierta” el tono de voz, en la última frase, era muy tierno como una caricia sonora que le hizo erizar la piel.

Entonces se vio en la misma sala de espera, en el mismo hospital, rodeada de amplias paredes blancas. La luz anaranjada había desaparecido, levantó la cabeza y se dio cuenta de la presencia de Carmen, aún la abrazaba con la cabeza reclinada en su hombro. Dormía plácidamente, Amara le acarició el cabello con su mano libre.

Se reclinó sobre Carmen con la intención de dormir. En ese momento llegó el doctor por un extremo del pasillo. Amara lo vio y despertó a su amiga. Ésta se rascó los ojos y bostezaba ampliamente en el momento que se puso de pie Amara. Al ver la figura del galeno, ansió también recibir buenas noticias, pero los sucesos de las horas anteriores gritaban lo contrario.

—Buenas tardes —saludó el doctor.

—Buenas tardes —respondieron ambas.

—Señorita Amara tengo información sobre le evolución de su madre —la rubia pensó inmediatamente lo peor. El trato del hombre de blanco era demasiado solemne como para ser una noticia dicha a la ligera. Trató de tranquilizar los nervios. Esperó en pie. —Su mamá —continuó el médico— estará más tiempo en terapia intensiva. —Amara deseaba que lo que el doctor decía

fuera una mentira. —Han surgido varias complicaciones, debemos tenerla en observación más tiempo.

—¿Qué complicaciones? —el corazón de la chica latió con suma rapidez.

—Su madre no ha respondido favorablemente al respirador donde está conectada. Recientemente ha bajado el pulso y su corazón está trabajando con dificultad. —Amara tragó saliva, sabía lo que aquello significaba. Carmen reaccionó con asombro y preocupación ante la declaración del doctor—. Siento decirle esto, pero ante esta nueva situación sólo podemos esperar.

“Esperar”. La última palabra fue lapidaria. Amara rompió en lágrimas. Carmen la abrazó, compartía su dolor, ambas estaban inmersas en amargo llanto. “Lo siento” dijo el doctor antes de irse. Era el desconsuelo total, y lo peor, estaban solas en un mar ácido de lágrimas donde naufragaban, con intención de evitar hundirse en la desolación.

Si las cosas fueran diferentes. Si todo fuera distinto. Amara deseaba, con todas sus fuerzas, estar con Tima en estos momentos. Quería tenerla cerca, abrazarla, llorar con ella y compartir la penosa carga que estaba en el fondo de su alma. Quería llorar con su hermana, era el único familiar que le quedaba.

La velocidad del tiempo nos hace conscientes de diversos aspectos de nuestra vida. Amara podía verlo de la manera más dolorosa. El abandono, en el cual vivía, la fue cambiando. La brújula perdió su norte. Amara, perdida en un bosque húmedo de penas, vagaba sin sentido. Si encontraba a alguien para decirle que no estaba sola, esa era Carmen. Su inseparable compañera. Nunca, la castaña le había fallado, mucho menos ahora. Carmen era su tabla salvadora porque aún, Amara se negaba entrar a las aguas caudalosas sola.

El anaranjado atardecer le había advertido algo, ahora lo comprendía. Las gruesas gotas de los ojos de Amara rodaban por sus coloradas mejillas. Abrazada de Carmen, evitaba caer desquiciada por el continuo dolor de las heridas. Su esperanza desapareció, la paz huyó, el corazón se hizo añicos y la incertidumbre hizo un lugar en lo más profundo de su alma. Nadie las consoló.

26

Pasado

Después de ingresar a la habitación de su madre, ésta reaccionó. Amara pudo entablar una breve conversación con ella. La tarde dejaba de serlo para dar paso a las resplandecientes estrellas. Carmen moría de hambre, desde las dos de la tarde no probaba bocado. Después de la escuela fue directo al hospital. Cuando Amara entró al lugar para ver a Clara, el estómago de Carmen hizo ruido. ¡El hambre la mataba! Dejó el pasillo de espera e inspeccionó las afueras del hospital por un puesto de comida.

Compró un sándwich que comió de inmediato, su intención era matar el hambre por el momento,

y también compró una torta que comería después. Todavía era temprano, así más tarde no tendrían la necesidad de salir cuando todo estuviera oscuro. Amara terminó su visita, al verla, Carmen y su estómago se alegraron.

Una vez fuera, se sentaron en las bancas aledañas para comer. Sacaron de sus respectivas mochilas su comida. El contraste de las raciones era evidente: Sofía tenía dos sándwiches y un jugo natural, Carmen una gran torta de carne, de la que los ingredientes escapaban, más su refresco gasificado tipo light.

—¿Y tu dieta? —dijo Amara.

—La comencé hace poco —contestó sin inmutarse—. La hago de lunes a viernes, pero los sábados y domingos descanso, es cuando como todo lo prohibido en la semana.

—Hoy es miércoles —le informó Amara.

—Lo sé —exclamó Carmen con una sonrisa—. La volveré a iniciar la siguiente semana.

—Además si comes todas las calorías, evitadas durante la semana, en sólo tres días acabarás más gorda de lo que piensas —agregó Sofía.

—No tengo nada en contra de las gorditas —replicó Carmen.

—Yo tampoco... —se dio por vencida—. Olvídalo, eres como esos caballos inamovibles con un golpe de la palma de la mano, pero con el látigo responden al instante.

—Es rara la metáfora —Carmen dio un bocado—. ¿Tiene algún significado?

—No es metáfora, realmente no es una metáfora. Lo vi.

—¿Tú? Sí nunca has montado un caballo.

Amara buscaba las palabras adecuadas para explicarse.

—Me refiero a que tú no haces caso de las advertencias leves —dijo Sofía—. Prefieres esperar lo inevitable para hacer algo. Hasta ver perdido tu bien preciado reaccionas —fue lo más cuerdo que Amara pudo decir. Carmen nunca entendería el sentido de buscar una estrella con un carro tirado por corceles de guerra y elevarse hasta el cielo. Ya le había contado el sueño con detenimiento, pero sólo recibió de ella asentimiento. El sueño bien pudo ser una fantasía y punto, sin embargo, dejó muchas reminiscencias que eran necesarias curar. La niña con que platicó en la playa era difícil de olvidar.

—Creo descubrir dónde sacaste eso de los caballos. Son los cuadrúpedos de tu sueño ¿verdad?

—Sí —asintió la rubia— son los de mi sueño.

—Deja tu mente en paz. Te martirizas por un simple *deja ví*.

—Ojalá sea así de simple —los ojos de Amara se nublaron.

—Hace mucho que no hablábamos a solas —dijo Carmen como si fuera una iluminación.

—Ya tiene mucho. Mis problemas nos han alejado —miró sorprendida el plato casi vacío de Carmen. —Creo que cuando termines de comer nos amanecerá — se burló—, si quieres puedes irte, yo me quedaré.

—Eso significa que regresaré en la tarde ¿no? Tu hermana viene en la mañana —al pronunciar aquella frase vio que Amara quedó pensativa—, ¿o no?

—Al parecer, ella ya hizo su vida.

—Explícame. — dijo Carmen algo disgustada.

—Se fue de la casa.

—¿Qué— ?!a Carmen se le quitó el resto de hambre inmediatamente —pero...

—Lo qué oíste —afirmó. Carmen se llevó la mano a la frente con expresión de reprobación—. Ahora complicó más las cosas. Me preocupa. Volví al departamento a la mañana siguiente del ingreso de mamá. La habitación de Tima estaba abierta, había llevado varias de sus cosas. No vi

sus maletas. Entonces deduje que ella pudo haber regresado en la noche y empacado parte de su ropa. Estoy preocupada.

—Tu vida parece laberinto —mencionó Carmen sin pensar y se quedaron viéndose en silencio—. Te abandonó. Es imposible tratar con ella, a mí por ejemplo, me dice “chismosa” porque le caigo mal, no es tonta y eso me da miedo. Sin embargo, es astuta dudo que cometa alguna tontería.

—Al contrario —refutó Amara—, cuando se molesta menos racional es. Con mamá y conmigo, guardaba la cordura a “empujones”. Ahora está sola, quien sabe cómo se comporte.

—Va a regresar —Carmen tomó la mano de Amara—, te lo aseguro.

—Me duele su partida —continuó Amara—. Ojalá recupere el temple propio de ella.

—Es inteligente, te repito, volverá ya verás —Carmen trataba por todos los medios de tranquilizarla.

—A veces me pregunto por qué nos trata así. Ningún daño le hemos hecho. No la entiendo —Amara miró al vacío.

—El trato con Tima es ríspido y fuerte. Tiene un carácter muy duro —decía Carmen—. Lo más probable es que rechace la situación de este momento, es más, pudo haber huido por ello. No quiere estar cerca, sobre todo si ella se siente culpable, tratará de estar lo más alejada posible.

Siguieron comiendo. Ya eran las nueve en punto cuando Carmen se despidió de su amiga, Sofía la acompañó a tomar un taxi. Se despidieron con un beso en la mejilla.

—Bueno —sonrió la castaña—, vas a estar bien. Te lo aseguro.

—Gracias eres un gran apoyo para mí —le dijo devolviéndole la sonrisa. Llamaron un taxi que pasaba, el vehículo se detuvo.

—Tima no es tonta, volverá —agregó Carmen. Se abrazaron.

—Oye Carmen —gritó Amara a su amiga cuando ésta subía al coche—, cuida tu mochila o la “encintan” —a lo que contestó la otra con una mueca cerrando la puerta del taxi. Nadie hubiera pesado que no eran hermanas.

Pasado

Estaban en la casa de Amara. La razón: Tima ya no estaba. Por lo menos había una luz en toda esa oscuridad: Clara reaccionó cuando Sofía la fue a ver.

Era el letargo del mediodía y ambas, después de comer, descansaban en la sala del apartamento de la rubia. Cada una trataba de relajarse en uno de los muebles.

Amara miraba fija al techo y de pronto soltó la pregunta: “Te has preguntado alguna vez ¿Quién eres?” como si le hablara al aire. Carmen leía con interés la sección de espectáculos del periódico, estaba en otro mueble. Sin levantar siquiera la cabeza respondió un “No” que se perdió en el aire también.

“Yo sí, prosiguió Amara, la hago todo el tiempo y no hallo respuesta todavía”. Sus ojos azules seguían mirando al techo tratando de esclarecer muchas dudas de su interior. La quietud reinaba en ese momento, sólo el ruido de las hojas del diario que leía Carmen, se oía en el ambiente cuando la castaña las pasaba. “Es increíble que sigan comprando estas cosas”, dijo Carmen cuando empezó a leer.

Ambas estaban cansadas de turnarse en el hospital y deseaban dormir. Los estudios las agobiaban y les complicaban más las cosas. Arturo había desaparecido de la vida de Amara, aunque ella tenía cuestiones por finiquitar con él. Tenía que decirle algunas cosas.

Amara esperaba la calma después de la tormenta. Sin darse cuenta se volvía sensata, calmada, serena y podía aplacar mejor su miedo. La inseguridad fue cada vez menos frecuente. Podía darle nombre a sus sentimientos.

Carmen se daba cuenta de estos cambios. Le eran muy evidentes. Siempre había apoyado a Amara en todo lo posible para acompañarla en los momentos difíciles, pero intuía un crecimiento de su amiga. Eso significaría que la compañía de Carmen estaría de más. La presencia de ella fue un apoyo importante. Ahora, Amara, necesitaba estar más consigo misma. ¿Carmen sería hecha a un lado? Gracias a ella estuvo protegida mucho tiempo. Sus compañeros de escuela dejaron de molestarla. Será entonces ¿qué la verdadera amistad la ayudó, o Carmen simplemente fue un refugio para Amara?

La rubia sentía la sensación de hacer cosas nuevas. Reflexionaba constantemente en el sueño de la otra noche que motivó un cambio drástico en ella. El relato del guerrero Ankinosatón le descubrió el poder de ser uno mismo. El anciano le dio muchos consejos, pero no sabía cómo “digerirlos”.

Quería responder a sus dudas por sí misma. “Eso es insuficiente” se contestaba. Era necesaria la ayuda de otra persona que le hiciera ver quién era. La opinión de los demás nos ayuda a darnos cuenta de diversas actitudes que no percibimos nosotros mismos. Ellos ven lo que nosotros no podemos ver. Sólo el tener opiniones positivas y alentadoras sin un “pero” de por medio, da un conocimiento parcial de la persona. Los demás colaboran con esos “peros”. Por esa razón, Amara, le lanzó esa pregunta a Carmen.

—Carmen —le habló de nuevo—, ¿quién soy yo? —la otra chica se quedó impávida porque la pregunta la agarró de sorpresa. Bajó el periódico para ver a Amara.

—¿Me hablas a mí? ¿Por qué me lo preguntas? —intentó evadir la espinosa cuestión.

—Claro que sí —dijo Amara angustiada—. Sé que me entiendes, no hablo en inglés... aunque el mío es muy básico. Te pregunto porque deseo saberlo — insistió.

—¿Yo qué te puedo decir? —Carmen sonrió nerviosa. Dejó sobre la mesa de centro el periódico y la miró.

—Eres mi amiga, debes saber mucho más que yo —le dijo Sofia para animarla a responder.

—Bueno... podría decirte... pero todo lo que yo te diga es conocido por ti — señaló Carmen.

—No lo creo —repuso la rubia—, quizá tú ves en mí cosas diferentes que no alcanzo a distinguir. Esas sólo podrían ser vistas por ti porque eres mi amiga.

Carmen tomó aire y se preparó a decir algo. Algo desagradable para Amara, pero era necesario decírselo. No podía evadir la pregunta por más tiempo, sabía que su amiga le insistiría hasta que ella contestara.

—Ignoro como responderte —fue la respuesta. Los ojos de la interrogadora expresaban incredulidad.

—¿Cómo? —preguntó la rubia—. ¿Qué dijiste? —Carmen tragó saliva.

—No sé cómo responder a tu pregunta —repitió.

—Pero... ¿acaso no ves algo diferente en mí? —repuso Amara.

—Ya te dije. Es lo mismo que tú sabes. Me es imposible decirte algo más —Carmen continuó —, si te dijera algo diferente estaría mintiendo.

—¿Por qué evades la pregunta? —Amara se incorporó en el sillón—. ¡Por qué no me ayudas! Hago mi esfuerzo para crecer y ser mejor, pero tú como los demás, tampoco te das cuenta — Carmen pensaba, con la cabeza baja, en silencio. La cuestión se invertía: Amara sería ahora el refugio de Carmen, entonces esta última se sentiría liberada de estar con ella. Podría justificar su hostilidad contra las personas que la rodeaban. Podría dar razón al alejamiento de los demás para con ella. Argüiría al motivo de proteger a alguien que todos odian. O era a la inversa: todos odian a Amara por estar con Carmen. ¿En dónde quedó eso de “estar siempre con ella”? Esa frase era repetida constantemente por Carmen. Si Amara protegía ahora los miedos de Carmen para enfrentar la realidad, en consecuencia Carmen estaba de más. Amara ya podría caminar por sí sola sin ayuda de ella.

—Me es muy difícil —dijo la castaña moviendo su cabeza de un lado a otro con su mano derecha en al frente—. Me es muy difícil... —respondió.

—¿Por qué? —interrumpió Amara, estaba seria y alterada.

—Sabes que nunca reflexiono acerca de los problemas, ni siquiera de los míos. Además han sucedido tantas cosas que me han hecho “pensar” y eso me provoca dolor de cabeza. Así qué no sé cómo responderte.

—Carmen —le habló para que la viera a la cara y ésta la miró fijamente a los ojos—, ¿me conoces? —el silencio se hizo en la sala. Ambas se miraban deseando hacer algo para resolver el problema.

—No —le dijo Carmen con seriedad mirando los fijos ojos de Amara—, no del todo. Últimamente haces cosas poco normales en ti. La antigua imagen de ti se me ha ido desvaneciendo.

Amara se sentó a lado de Carmen, mientras ésta continuaba.

—Todo lo conocido de ti, desaparece ante mis ojos, Amara. Me pones en un predicamento muy fuerte. En este corto tiempo he visto cómo has tomado distintas decisiones. Has cambiado tu manera de ser. Por esas y más razones estoy impedida de darte la respuesta que me pides.

Perdóname por no poderte responder.

Ambas se quedaron en silencio, una al lado de la otra. A pesar de la compañía inestimable de Carmen, sólo una cosa podía ser cierta: ella huía de algo. Amara asintió ante este pensamiento en su mente. Carmen estaba de más. Nadie objetó.

El sueño

(Quinta parte)

El mar acaparó su atención. Sofia miraba el horizonte donde cielo y mar se unían formando una muralla imbatible de color azul. Cuánto podría resistir ese muro. Más allá de todo, más allá del espacio y del tiempo. El muro puede ser navegado. Intentar alcanzarlo es alejarse cada vez del sitio de partida. El puerto empieza a quedar lejos, entonces se llega al punto de no—retorno. Es ese momento cuando el regreso es impensable. Las olas empujan hacia la deriva sin poder detenerse. Sólo queda esperar hasta llegar al destino marcado. Al arribar se decide entonces si es mejor el regreso o si se continúa adelante. Así se sentía Sofia, enclavada en un mar desconocido sin posibilidad de regresar. Ella contaba con la única opción de seguir adelante, podría ser que nunca regresara.

Caminaba por la fina arena de la playa. Experimentaba la suavidad hipnótica de la tranquilidad. Sentía el espíritu calmado y cada paso la sumergía en innumerables recuerdos. La túnica blanca, ondeada por el viento, reflejaba el brillo del mediodía. El sol caía pleno sobre su cuerpo y el bullicio del mar acariciaba sus oídos.

Sofia se devanaba los sesos para hallar respuestas a sus extrañas aventuras. Regresó con el estagirita, después de recuperar la estrella, le platicó el resultado de la misión. Entre risas le detalló el camino de caracoles, la rara comida, la conducción de los carros tirados por caballos, la máquina de humo y la devolución de la estrella a su dueña Atenea. El anciano la felicitó por el éxito obtenido, aunque Sofia objetó por qué la impresión de las diosas fue muy diferente. Hera le expresó al principio que la consideraba una loca, ahora podía confirmar sus palabras. En cambio, Atenea la consideró una heroína. Esa noche del rescate de la Estrella de Atenea, descansó, a la mañana siguiente, alistó sus cosas para irse de la isla. Se despidió de las dos diosas, a Afrodita no la volvió a ver. Regresó en una balsa sin remos ni conductor, que la dejó en la playa de la casa del anciano. Éste después del desayuno, le ordenó dar ese paseo junto al mar.

La chica siguió caminando arrastrada por el sonido de la brisa marina. Su cabello rubio flotaba libre, empujado por el viento. El olor de la sal llegaba a su nariz, penetrante y enigmático. El ambiente la hechizaba por completo. La arena, blanca como su ropa, la invitaba a seguir adelante. El sol, en toda intensidad, no le quemaba. Era postal de una playa desconocida. Sofia quería saber dónde estaba para intentar volver alguna vez.

La chica, obedeciendo al viejo, caminó alejándose de la casa de él. Ahora regresaba de la prolongada caminata. Era el momento del almuerzo. A cien metros de ella se levantaba el peñasco y, sobre él la vivienda. La única manera de llegar a la cima era por las pulcras escaleras.

Sofia caminó, ya estaba cerca. Su mente revivía los recuerdos de manera revuelta y sin sentido. A ella le agradaba el lugar al grado de querer no irse. Entonces recordó a Carmen, su mejor amiga; la belleza de su novio que la noche anterior le pidió que sea su novia. Ellos eran unas de sus motivaciones para volver. Otro motivo era su madre, el recuerdo empañó sus ojos. Si Clara se enteraba del comportamiento de Tima y sus escapadas nocturnas, lo más seguro era que la

volvería a ver en la habitación de un hospital. Eso incitaba a Sofía para huir también y nunca volver. El exilio era su mejor opción, mas era imposible, ella volvería para estar con su madre, muy cerca, pase lo que pase.

Sus huellas quedaban en la arena. El susurro del mar era relajante. En la playa a lo lejos distinguió un punto blanco. Se movía al ritmo de las olas en la playa. El extraño reflejo retrocedía cuando las olas llegaban a la orilla y avanzaba cuando el mar se alejaba. Parecía perseguirlas. Sofía sintió curiosidad, decidió averiguar.

Era una niña. Retrocedía del mar y avanzaba hacia él, cuando éste subía y bajaba de la orilla. Sofía la empezó a ver atentamente. El cabello de la menor era rubio, vestía una túnica blanca. Sofía vio gracioso aquel juego infantil. Recordó que cuando era pequeña hizo lo mismo en las pocas visitas que realizó a la playa con su familia. Se acercó con sigilo a la pequeña. Sin darse cuenta, Sofía sonreía después de muchas preocupaciones. Esa inocente criatura le recordaba su infancia.

Observó durante unos minutos a la risueña niña. Ésta sintió la presencia de alguien más. De inmediato detuvo su juego para descubrir, a su lado una muchacha que la veía con amplia sonrisa. La niña hizo un gesto amable a su inesperada compañera. Era la primera vez que Sofía se encontraba con una persona normal en ese mundo extraño perdido en algún mapa.

—Hola —dijo a la niña alzando la mano—. No quería interrumpir tu juego.

—Hola —devolvió el saludo—. Tú debes ser nueva aquí ¿verdad?

—Por decirlo de alguna manera —titubeó Sofía—, sí, sí soy nueva.

—¿Te vas a quedar a vivir aquí?

—Espero que no... quiero decir este no es lugar para mí —Sofía recordó su verdadero objetivo—, dentro de poco regresaré a casa.

—¿Quién te lo asegura? —la inocente cuestión la regresó a la realidad. Regresar a casa, el sueño apremiado de Sofía parecía eso: un sueño. La posibilidad de lograrlo era lejana. Recuperar la estrella de la diosa ¿le daba derecho a volver a su lugar, a su mundo? Si la respuesta era negativa, ¿debería hacer otras pruebas? O si no ¿este mundo inexplorado sería su nuevo hogar? Sería más lógico resignarse y quedarse a vivir aquí. La niña, sin quererlo, o tal vez sí, le hizo ver lo complicado del retorno a casa. Sofía apretó los puños a los costados para reprimir el llanto.

—Nadie me lo asegura —dijo casi sin voz.

—Imagino que ya hablaste con el viejo de allí—la niña señaló el peñasco y la casa—, él siempre tiene todas las respuestas.

—Sí, hace unos días lo conocí —“Él siempre tiene todas las respuestas” esa frase resonó en su cabeza. A lo mejor es una mentira o la niña, por su inocencia, lo considera un sabio. Entonces descubrió una tercera respuesta: “Él me ha ocultado cosas. Eso debe ser, ese anciano se hace al desentendido cuando le pregunto. Él me está guardando respuestas, las que yo necesito. Eso explica su rara actitud conmigo. Sus extraños consejos, esas instrucciones son incompletas. ¿Qué espera? ¿Qué me muera en el intento de encontrarlas? ¿O que las descubra yo sola?”

—¿Qué te dijo? —la niña cortó su monólogo mental. La pequeña cubrió sus ojos con el dorso de la mano para protegerse del sol. Éste no quemaba, pero brillaba mucho.

—Me mandó a una isla a buscar una estrella —fue lo más que pudo responder.

—¿La encontraste? —averiguó la niña.

—Sí, la devolví a su dueña —las dos hicieron un silencio de suspenso. “La intención del viejo, desde el principio ¿habrá sido que me encuentre con esta niña? Empiezo a darme cuenta que aquí, las cosas no ocurren por casualidad”. Ellas eran dos desconocidas pero Sofía tenía la certeza que

los ojos de la niña le veían hasta el alma. Entonces se sintió desnuda como en el bosque oscuro. La sombra de la mano en su frente le hacía imposible admirar esos intrigantes ojos.

—Sígueme —la pequeña se alejó de la playa, fue hacia el interior.

Sofía la siguió hasta un terreno de varios arbustos, las irregulares plantas tenían ramas rizadas, muy delgadas que se podían romper en cualquier momento. Diminutas hojas verdes cubrían la madera de estos seres vivientes. Sofía recorrió aquel laberinto verde. “Definitivamente el viejo quería que me encuentre con ella. ¿Quién será?” pensó. Avanzó varios metros. Al dar la vuelta a la izquierda, encontró a la pequeña sentada en el suelo haciendo dibujos en la arena. Sofía miró el espacio que la rodeaba. Estaban cercadas por numerosos arbolitos, en forma de pared, formando un rectángulo perfecto. “Es un hecho, la casualidad no existe aquí” afirmó en silencio. La niña seguía haciendo sus dibujos en el suelo.

Sofía descifró los trazos de la arena al instante. El primero era un dragón expulsando fuego en su garganta. Después vio la torre de un castillo con una ventana en la parte más alta. En ella había la silueta de una persona pequeña, podía ser un enano. Bajo la torre se extendía una amplia playa y al terminar, el mar. El dibujo tenía un sol resplandeciente. ¿En qué momento pasó de la Grecia clásica a la Edad Media? Cuando terminó de dibujar, la niña dejó escapar un suspiro delator de nostalgia.

La brisa las abrazó. Meció sus cabellos con cadencia. La pequeña clavaba los ojos en el suelo, en la imagen que acababa de dibujar. Acercó la mano a sus ojos para enjugarse las lágrimas. La criatura alzó la mirada.

—Siéntate —el tono de la frase era más una orden que una petición. Entonces, Sofía descubrió esos hondos ojos azules tan hechizantes como el mismo cielo. No podía apartar la mirada del rostro de la niña. La muchacha obedeció sin chistar.

—Eres muy bonita —le dijo la pequeña sonriendo de nuevo. Esa criatura tenía el rostro envejecido, como si hubiera vivido más años de los que aparentaba su cuerpo. Sofía pensó la primera pregunta. Después de unos segundos, la formuló.

—¿Quién eres? —Sofía se arrepintió luego de hacer la pregunta. Esa interrogante podía tener múltiples respuestas o quizá una amplia.

—Es una historia muy larga.

—No importa, tengo tiempo —“...mientras encuentre la manera de llegar a mi hogar” completó la frase en su mente.

La niña hizo un último dibujo en la arena. Era una mujer de aspecto terrorífico, cabellos alborotados y mirada horrible. Sofía se sintió aterrorizada. Su extraña acompañante acomodó sus hebras amarillas detrás de la oreja. Suspiró y empezó su relato:

“En los tiempos cuando el sol aún no nacía en las colinas y la luna dominaba el firmamento a placer, empieza mi triste historia.

“A mí me gustaba recorrer las verdes praderas. Atravesar los campos de margaritas. Girar en medio del cultivo de trigo y perderme en la espesura. Vagar por el bosque para saborear en la punta de mi lengua, el rocío goteante de las hojas de los grandes árboles del bosque. Bañarme en el agua fría de la lluvia. Aquellos eran días gloriosos. Los animales me querían y jugaban conmigo. No me faltaba nada para ser feliz. Mi mundo era completo.

“Un día, de camino al bosque, encontré un castillo desconocido. Todas las mañanas pasaba por ese lugar y jamás lo había visto. El castillo tenía dos torres al costado de la entrada principal, y una tercera al fondo. Ésta última, la más alta, era diferente a las demás por tener una ventana semicircular. La construcción fue levantada con ladrillo negro. Estaba rodeada por un foso lleno

de agua donde había salvajes cocodrilos. La única manera de entrar era por un puente levadizo, que al mismo tiempo era la puerta. Me dio miedo, me alejé para olvidar ese lugar y no regresar. Una espina se clavó en mi corazón.

“Fue después de una semana, me parece, cuando vinieron a buscarme. Jugaba en la pradera con los patos y las mariposas. Dos soldados con armadura, escudos y espadas me hablaron. Dijeron venir por mí. Sería llevada al castillo. Intenté correr, sin embargo a mis espaldas sin darme cuenta había otros cinco soldados. Tocarón una trompeta y me anunciaron, que la dueña del castillo requería mi presencia. Fueron sordos a mis negativas. Arrastrada me condujeron hacia la carroza donde ponían los prisioneros. Fuimos hacia aquel siniestro edificio.

“¿Quién sería la persona que se atreve a sacarme de mi felicidad? ¿Cuál era la razón? ¿Qué daño le habré hecho? ¿Me conoce? ¿Acaso ha estado espiándome? ¿Querrá torturarme? Si no es así ¿volveré a los bellos jardines y cantar con los melodiosos pájaros? Lloré todo el camino. Al llegar, uno de los soldados gritó algo. Pensé que se refería a mí. Entonces el puente descendió. Era la señal para dejarnos entrar.

“Una vez dentro, abrieron el carruaje de acero, estaba hecha un mar de lágrimas. Me ordenaron bajarme. No quise obedecer. De nuevo me llevaron a rastras. Avanzamos hacia el palacio de la reina, según ellos; una bruja, según yo.

“Estaba sentada en su trono blanco, cubierta de penumbra, vestida de negro. Observé sin perder detalle, sus brillantes collares y la alta corona. Arrodillada delante de ella, escuché su discurso. La bruja me dijo, con voz atronadora, que yo dejaría mis juegos infantiles a partir de ese momento, cambiaría mis caminatas en el bosque por el trabajo, y mis fantasías por las matemáticas. En pocas palabras me haría crecer. Me rehusé. Ella me gritó. Le dije que no de nuevo.

“En ese momento, los guardias, me tomaron y me llevaron a una celda. Entendí que la pequeña ventana en la parte alta de la torre del fondo era una prisión. Dormí en una fea habitación tapizado de telarañas. La luz entraba por la única ventana semicircular protegida por barrotes. Subí como pude para ver el exterior. Veía el interminable valle en todo su esplendor al atardecer. Era prisionera, antes era libre. Grité con todas mis fuerzas, sin respuesta.

“Los siguientes días, la bruja me puso a barrer, lavar, alimentar a los caballos, cortar hierba, cocinar. Quería que olvidara mi infancia, mas fue inútil. Seguí aferrada a mis vivencias de niña. Durante mis torturas laborales encontré la oportunidad de entretenerme, aunque sea por unos momentos. Al lavar el suelo, jugaba con las burbujas en el cubo de madera. Las reventaba o las tiraba al aire. Me encantaba hacer eso. Volví a reír.

“Pero cuando veía el valle a través de la ventana de la celda, lloraba. Quería jugar con los pájaros de nuevo, nadar en el lago, correr en el prado y cantar y bajo la luz de la luna. Lloraba todas las noches. Mis lágrimas me ahogaban hasta dormirme. Quería huir de ese mísero lugar.

“Decidí irme. Un día tuve la oportunidad de salir a la terraza del castillo. El puente elevadizo bajó en ese instante. Una carreta salía para vender vacas en el mercado de un pueblo lejano. Aproveché aquel descuido y corrí por el costado de las jaulas de las reses.

“Avancé varios metros. Sentí una oleada de viento sobre mí. Alcé la cabeza, era un dragón rojo. Extendía sus alas mientras expulsaba fuego por la nariz. Esquivé varios ataques. Por fin encontré una cueva en la que me escondí. Perdí al dragón. En la oscuridad como pude, inspeccioné la cueva. Hallé una luz. Al salir, vi este bello lugar.

“La primera noche, me encontré al anciano de la casa en alto. Me dijo que la libertad me esperaba y que encontraría mi otra mitad. Que sólo caminará por la playa. He estado haciéndolo

durante semanas. Me he bañado en el mar y comido abundante coco. Es el lugar de mis sueños, aunque temo que esa bruja siga buscándome. Sé que mandará a su dragón y me matará.”

El brusco final de la historia hizo que Sofía palideciera. Ella también huía, pero sin saber de qué. Sintió solidaridad con la pequeña. Ambas sufrían por la separación de una parte ellas: Sofía, de su papá; la niña, de su infancia.

—Eso es una crueldad —dijo Sofía indignada tras escuchar la historia—. ¿Cómo pueden hacerte eso?

—No lo sé —respondió la niña—. Nunca le hice daño a esa bruja para que me trate de esa manera.

—Afortunadamente huiste...

—Pero abandoné mi hogar... —interrumpió con tristeza—. Ahora estoy sola.

—Antes del encierro ¿vivías en alguna parte?

—En una cabaña cerca del lago.

—¿Con tu familia?

—Toda mi familia era mi papá —los ojos de la infanta se nublaron—. Él salía a cazar ciervos. Traía la carne para la comida. Yo la preparaba.

—¿Dónde está ahora? —las preguntas de Sofía fueron multiplicándose.

—Lo ignoro —la niña bajó la vista—. Mi papá salió muy temprano una mañana de niebla. Nunca regresó. —El silencio fue sepulcral.

—Cómo lo siento —expresó Sofía—, yo también perdí al mío.

—Qué pena.

—Él se fue, por su propia voluntad —la cara de la rubia empezó a descomponerse—. Abandonó la familia. Mi mamá, mi hermana y yo terminamos solas.

—Al no tenerlo cerca, ni saber qué le pasó, me pongo a recordar muchas cosas que hacíamos juntos —confesó la niña fugitiva—. Lo que siempre viene a mi mente, y lo llevaré hasta la muerte en mi corazón, son sus cuentos. Mi padre era bueno contando historias. Antes de dormir me narraba una nueva.

—¿En serio? —Sofía se asombró—. Es una gran coincidencia, mi papá hacia lo mismo.

—¿Recuerdas alguno?

—Por desgracia, soy pésima en contar historias. Puedo decir el título de varios que me encantaron, sin embargo, no puedo narrarlos.

—Dime uno —insistió la niña.

—“El viaje del alma”.

—¡Ese es mi cuento favorito! —gritó la niña.

—¿Conoces el relato?

—Sí, es de la ninfa que quiere conocer el mar.

—Recuerdo el tema, pero la historia no —reconoció Sofía, estaba envuelta en la confusión—. Pensé que mi papá narraba cuentos inventados por él.

—El mío hacia lo mismo —secundó la niña.

—Es raro —Sofía sospechó algo, pero no le dio importancia.

—Si quieres ¡puedo contarlo! —exclamó entusiasmada la niña—. Así tú podrás recordar a tu padre y yo al mío.

—Está bien.

La niña alisó la túnica que vestía e inició el relato.

EL VIAJE DEL ALMA

“La ninfa Mirea quería conocer el mar. Hace tiempo la consume tal deseo. La distancia se lo impide. Ella vive en el bosque. Es la encargada de cuidarlo, sin su presencia el bosque moriría. Allí la puso Zeus, es su obligación hasta la eternidad.

“El bosque es un lugar de paso para viajeros. Mientras la ninfa los vigila, escucha las noticias referentes a las bellas costas griegas. Los extraños pasan con sus carretas, tiradas por bueyes. Cruzan entre el follaje de los árboles, son cercados por los troncos del lugar y cobijados por el canto de las aves. Esas conversaciones del camino crearon en Mirea, una composición propia del mar. Deseaba verlo aunque tuviera que abandonar el bosque para siempre y nunca volver. ¿Por qué no? Vivir en la orilla del mar. Dejaría todo su pasado para estar en un territorio nuevo e interesante. Parecía ironía, una cuidadora de los bosques que le desagradaban los árboles.

“La vida del bosque hizo detenerla en muchas ocasiones. Se conformó entonces con deleitarse, escuchando los relatos de los forasteros que cruzaban su territorio verde. Pasó el tiempo, incluso varios siglos, y la ninfa imaginaba el mar y nadar en él. El deseo era fuerte. Persistió a pesar de la responsabilidad de hacer florecer los árboles.

“El milenio llegó. Entonces decidió irse sin importar las consecuencias. Los árboles ya no eran prioridad. Tomó la forma de una bella mujer. Esperó la siguiente carreta. Dos campesinos, que iban en ella, la vieron y la subieron para llevarla cerca de la costa. El mismo día partió hacia su nuevo destino. Afuera del bosque, subida en la carreta, miró por última vez su antigua casa. Ella partía y dejaría morir a los troncos verdes.

“Días después abandonó a sus benefactores que la llevaron en la carreta. Ellos murieron de un extraño mal esa misma noche. Por su cuenta, la ninfa avanzó hacia su objetivo. El verde césped fue acabándose hasta convertirse en desierto. Mirea no tenía necesidad de alimentarse o beber agua. Era inmortal. Continuó su camino por las hirvientes arenas.

“Zeus, enterado de su desobediencia. La condenó a quitarle el aliento divino. La sentencia daría efecto cuando el bosque se marchite por completo. Mirea contaba con días para arrepentirse, si no sería una mortal. La ninfa seguía el sendero del deseo. Transcurrieron los días sin el menor signo de remordimiento de la ninfa. El bosque murió sin remedio. Entonces el padre de los dioses ejecutó el edicto.

“Mirea sintió el cansancio. El calor la sofocaba. Los espejismos la burlaban uno tras otro. Su lengua quedó como teja. Era mortal y corruptible. Era tarde para el viaje de vuelta.

“Murió en medio del desierto. Pronto entraría en descomposición. Pasaría a ser polvo, como la arena. El deseo de ver el mar, era muy fuerte, al grado de obtener vida de él. La muerte no fue obstáculo para ella. Su alma salió de su cuerpo. Desvió su camino del infierno, última desobediencia, para seguir hasta el mar. Antes, miró con pena su cuerpo y reanudó el paso.

“Anduvo semanas antes de hallar las montañas. Sin pensarlo más tiempo, subió a una de ellas. En la cúspide vio al mar extenderse en el horizonte, tanto que su vista no abarcaba tanta hermosura. El líquido era rodeado parcialmente por peñascos y dejaba adelante la abertura hacia el océano. Esa desembocadura permitía el paso a una lejana isla circular y de abundante vegetación.

“Zeus seguía furioso por la desobediencia de la ninfa. Era inadmisibles que escape de su destino, incluso burló al infierno. Entonces el dios del Olimpo decidió cumplirle su deseo. Si su alma se negaba a descansar en el infierno, lo haría en una roca.

“Mírea veía la inmensidad del mar. Eso era todo lo deseado. Mientras recreaba su vista con la gran masa azul, el alma comenzó a ponerse áspera. Una tonalidad gris fue cubriéndola. Mírea fue encerrada en la cáscara de la roca. Sólo sus ojos estaban libres... para mirar el mar. Lo vería por siempre. Este es el origen de la Roca de Mírea. Dicen que cada mes llora por haber desobedecido, y por la muerte de su bosque.”

Sofía con esfuerzo hizo la pregunta: “¿Cuál es tu nombre?” La niña dejó visibles sus profundos ojos azules marinos y contestó: “Amara Sofía”. Antes de agregar algo, la niña salió corriendo. Sofía, la muchacha, la persiguió en el laberinto de los diminutos arbustos verdes. Llegó a la playa. El mar oscilaba incansablemente. La niña desapareció.

Sofía miró el peñasco de la casa del anciano. Corrió a las escalinatas. Ascendió a toda prisa. Abrió la puerta de doble hoja. Aceleró el paso hasta llegar al salón sin pared. Ahí estaba el anciano ¿la esperaba? Él observaba el mar. A sus espaldas, Sofía se acercó.

—¡Dime que es mentira! —gritó sin recibir respuesta—. ¡Contéstame! —El estagirita volteó a verla. —¡Dime que no estamos en mi cabeza!

El sueño

(Sexta parte)

—Tardaste en darte cuenta —dijo él con una sonrisa.

—¿Puede explicarme?

—Estás en un sueño —se acercó a ella—. ¿Puedes esperar algo más en un sueño?

—No entiendo —la chica no salía de su asombro. Ambos tomaron asiento en unas sillas cercanas—. Todo lo que tú piensas, recuerdas o anhelas lo encuentras aquí. Se presenta en formas distintas, pero son las mismas.

—Creí que estaba en otra parte —habló Sofia por fin.

—Estás más cerca de ti, aunque no lo creas.

Sofia repitió esas palabras en su mente toda la tarde. Seguía viendo el horizonte, hacia la isla de la aventura de la estrella. El atardecer era cercano. Ella se preguntaba si fueron las palabras de la niña que la hicieron caer en esa nostalgia. Pudiese no volver nunca. Pero si estaba soñando podría despertar en cualquier momento. ¿Y si nunca lo hacía? ¿Sería esclava de la muerte y dormiría para siempre? Eso sería la desgracia más grande. Clara y Tima ¿qué será de ellas? Desvió la mirada a su derecha. Ahí estaban los peñascos. Las rocas le recordaban el destino de Mirea, eran un obstáculo para el agua, que las embestía a cada momento. Querían derribar el muro y llegar a tierra. La parte superior de los peñascos era plana.

Sofia afinó la vista, entonces la vio. Una roca esculpida, un ornamento en un peñasco. Era la escultura de una mujer. Tenía las manos abiertas y dirigidas hacia el mar. La estatua veía al mar. ¿Quién la habría puesto? ¿Cómo llegó ahí? ¿Por qué? La siguió mirando. Por fin descubrió el misterio: era Mirea. Ella descansaba en la orilla de la formación rocosa para mirar el mar eternamente. Era verdad: soñaba.

La noche cubrió todo. Las estrellas salieron de su escondite. El anciano y ella frente a frente, de nuevo. La lámpara de aceite puesta entre ellos sobre una mesa, los iluminaba. Tenían una conversación pendiente.

—Hemos llegado al final del día —dijo el anciano de manera solemne—, y de tu viaje.

—¿Voy a regresar? —preguntó Sofia, dudaba.

—Sí, volverás.

—Es raro, varias veces quise quedarme —decía la chica sin creer sus palabras.

—Sería interesante, pero es necesario que vuelvas.

—¿Despertaré en cualquier momento?

—Sí, y es importante que sepas algunas cosas.

—Escucho —esperó las palabras.

—El tiempo es breve. La única opción de aconsejarte es a través de un cuento —otra historia pensó, ¿cuántos ya habré escuchado? se dijo a sí misma en silencio. La llama de la lámpara parpadeó y el hombre inició el relato:

EL CAMINO DE RETORNO

“En un pueblo lejano de la antigua Grecia vivía un joven pastor de origen egipcio, llamado Ankinosatón y le gustaba mucho cuidar su rebaño. Todas las mañanas salía muy temprano para realizar su tarea. Siempre que se dirigía al campo, pasaban cerca de él las tropas de los soldados. Eran los protectores de la ciudad aledaña al pueblo. Cada día, Ankinosatón se sentía atraído por las armaduras de los guerreros.

“El pastor iba a ver los entrenamientos de la guardia, cuando tenía alguna oportunidad. En el campo practicaban con la espada, el arco y la lanza. Un día el joven decidió ser uno de ellos. Se lo dijo a sus padres. A ellos no les agradó la resolución de su hijo. Le prohibieron pensar en eso y lo enviaban con su rebaño le mandaron al lado opuesto del campamento de los guerreros. A pesar de esa medida, el joven siguió obsesionado con su idea.

“Sus padres intentaron hacerlo entrar en razón. Para ser guerrero necesitaba como requisito ser hijo de uno de ellos, y toda su familia desde sus antepasados, había sido de pastores. Además, aun siendo de esa estirpe, eran seleccionados a través de numerosos entrenamientos de armas y resistencia. Al escuchar esto, Ankinosatón sintió más motivación para seguir sus deseos. Vencidos, sus padres lo dejaron ir. Ankinosatón preparó sus cosas y marchó hacia la milicia. Se presentó ante los superiores. Solicitó las pruebas para ser guerrero. Los pertenecientes a la división del ejército se burlaban de él. Sabía que no tenía ni una posibilidad. Lo rechazaron varias veces. Al final, ya fastidiados de sus continuas insistencias le dieron una oportunidad.

“Ankinosatón fue aprobando en diversas disciplinas. Los soldados estaban asombrados por su desempeño. El chico había aprendido a través de la observación, a manejar algunas armas y saber moverse en el campo de batalla.

“Después de los duros exámenes, fue aceptado. Entrenó como si fuera guerrero por nacimiento. Ascendió hasta tener numerosos cargos de renombre. El día esperado llegó. Por primera vez participaría en batalla. Entró con la división que atacó la ciudad de Cartago, en la costa de África. Ahí demostró su valía. Fue un momento memorable. Los griegos regresaron victoriosos. Ankinosatón sentía la vida hecha. Eso pensó.

“Pasaron cuatro años. Durante ese tiempo fue trasladado de ciudad en ciudad. Ankinosatón era el guerrero modelo. Admirado por todos, él hacia todo lo posible para que así fuera. Sólo había una cosa que lo ponía inseguro: el campo. Su pasado se encontraba ahí. Cuando Ankinosatón, el antes pastor, viajaba con su tropa a otra región, le agradaba ver pastar a las ovejas. En la pradera, era él mismo.

“Al año siguiente, sintió que el peso de su armadura incrementaba. La culpa no era del hierro, sino del deseo desgastado. Pidió ser un guerrero, pero ahora se daba cuenta que no era vida para él. Siendo elemento de la milicia lo tenía todo, mas era infeliz.

“Al mirar el campo, su espíritu se animaba. Continuamente soñaba con él. Regresar era imposible. La idea de dejar las armas y regresar a su origen, lo torturaba día y noche. Perdió la concentración, cayó enfermo. Todos sus amigos comenzaron a preocuparse. Después de una larga lucha interna, la más importante de su vida, llegó a la determinación, apremiante, de tener que elegir.

“Pensó sus opciones muchas veces: la milicia o el campo. Quiso elegir, primero, por la actividad que le diera más fama, la respuesta no le dejó satisfecho. La que le diera honores, decidió elegir de nuevo. Por la más popular, mismo resultado. Luego de tantos rodeos,

Ankinosatón se preguntó: ‘¿Cuál me hace feliz?’ Ganó el campo.

“El guerrero devolvió sus armas. Sus superiores le despidieron. Ellos también se dieron cuenta de su imposibilidad de continuar. Sus amigos le pidieron que no se fuera, pero él se mantuvo firme. Partió hacia su aldea una mañana de junio. En su casa, todos se sorprendieron. Su familia lloró por lo que dejó, sin embargo eran felices por su regreso. Con el dinero y las posesiones ganadas en la guerra, logró que sus parientes vivieran modestamente. Ankinosatón volvió al campo, donde en realidad era él. Fue feliz siendo pastor hasta su muerte.”

—¿Cuál es tu lugar Sofia? —preguntó el viejo. La chica apenas digería el cuento—. ¿Dónde eres feliz?

—Aún no lo sé.

—Piénsalo —sonrió el anciano—, tienes tiempo.

La madrugada los sorprendió en el pasillo. El estagirita llevaba la lámpara en la mano. Avanzaban hacia el final de un corredor. Sofia presentía la despedida. Llegaron frente a una puerta dorada. Los dos se detuvieron a admirar la belleza del tallado. Una vez más, pegados labrados en la madera. El anciano abrió una hoja de la puerta dorada. Un haz de luz blanca salió de ahí.

—Es hora de volver —dijo el hombre.

—Me parece que ya no quiero —replicó Sofia, dubitativa.

—No puedes retrasarte —insistió el viejo—. Ya es tiempo.

—¿Te volveré a ver?

—Ojalá no —sonrió—, porque si es así, significa que no has aprendido nada —Sofia rio igual. —Es momento de despertar.

—Una vez de vuelta —dijo Sofia queriendo prolongar el último momento—, ¿encontraré el lugar dónde soy feliz?

—Sólo responde esta pregunta: “¿*Quién soy yo?*” —el hombre la tomó del hombro y le ayudó a entrar.

—¡Gracias! —fue lo último dicho por la rubia.

Amara Sofia despertó. Tomó asiento en su cama. Era de noche. Recordó lo sucedido en ella. Arturo le pidió ser su novia. Ese sueño, por increíble que parezca lo recordaba de principio a fin. Sintió una energía nueva al repetir esa pregunta: “¿*Quién soy yo?*”. Ahora tenía que responderla. Nadie le ayudaría.

Presente

Tima se había despedido de su hermana con la mano apenas levantada. Abordó el taxi. Abandonaba a su hermana, pero ésta no se iba a resignar a su partida.

Impávida, Amara la había dejado ir sin explicación por el momento. En el apartamento, Sofia recogió sus cosas para irse de nuevo al hospital. Mudó de ropa con rapidez, colgó sobre el hombro su mochila y salió. Con paso tranquilo fue a la estación del metro. Esperó con paciencia la llegada de las “latas rojas”, después de ocho minutos de impaciente espera, subió entre la gente que la empujaba. La rubia, hacía espacio para formarse un lugar y respirar la miseria de oxígeno dejado por las narices de las pasajeras.

Al bajar, la prisa y la inquietud hicieron acelerar los pies a Amara. Poco faltaba para llegar a su destino. Por fin vio el nosocomio. Se dirigió a la sala de espera. Ahí encontró a Carmen sentada en las incómodas y frías sillas del pasillo. Su amiga de un impulso la saludó con un prolongado abrazo.

—¿Estás bien? —le preguntó Carmen.

—Sí, estoy mejor —le contestó la ojiazul. Tomaron asiento.

—No te preocupes todo va a salir bien —puso la mano en el hombro de Sofia—. Tu mamá se va a reponer.

—Estoy cansada y quisiera dormir —Amara restregó sus ojos—, pero siempre hay algo que me quita el sueño.

—Pronto irás a descansar —trató de tranquilizarla Carmen—. Esto acabará.

Amara lo sabía a la perfección. Eso iba a terminar. ¿Pero cómo? ¿Con la muerte de su madre? ¿El alejamiento irremediable de su hermana? ¿O con ambas? ¿Se quedaría sola? ¿A quién recurriría después? ¿Su tía? Ella no es posibilidad de ningún tipo. Esa desalmada mujer le robó el amor de su papá. La odia, es la bruja que acabó con su infancia. Le destruyó la inocencia obligándola a crecer rápidamente. “Tengo que crecer” era la frase de guerra de Amara para velar por su mamá y su hermana. Quería dejar de pensar en la posibilidad de la desaparición de Clara y Tima de su vida. No lo resistiría.

Una persona quedaba, su padre. Pero él las abandonó hace mucho tiempo. Tima lo adoraba sobremanera. A estas alturas sería inútil recurrir a ese hombre. Lo único que pudo conseguir su madre después del divorcio, fue el lujoso departamento donde viven, mediante una batalla jurídica le fue entregado. Después de la separación, él desapareció del mapa de sus afectos. Dejó de preocuparse por su padre. Prefirió olvidarlo y nunca más hablar de él. Había muerto su progenitor, y si moría su madre quedaba huérfana totalmente.

El tiempo se congeló en la sala. Alrededor de ellas, la gente pasaba esperanzada para recibir información del estado de salud de sus familiares. Las chicas también hacían lo mismo, esperaban al doctor que atendía a Clara. La preocupación las tenía al borde del colapso, los días de observación se prolongaron más de lo esperado.

Mientras duraba los días de suspenso, las muchachas fueron turnándose en el hospital. Tima desconocía el estado de salud de Clara. La consecuencia del disgusto con ella provocó este paro

respiratorio. ¿Podría ser ella la culpable de su muerte? o ¿es reflejo de una rotura existencial de Tima?

Amara y Carmen ansiaban el término de la pesadilla. Estaban cargadas de tensión y lo peor que podría pasarles era caer en la desesperación por esa incertidumbre.

—Regresó —Amara habló al vacío.

—¿Dijiste algo? —volteó Carmen a verla.

—Volvió —dijo Amara frente a ella—. Tima regresó.

—¿Y por qué no vino? —preguntó Carmen intrigada.

—La vi en el departamento bajar con su ropa en las manos —su rostro se entristeció—. Apenas logré cruzar algunas palabras con ella. No pude hacer algo para evitar que se fuera otra vez.

—¿Te dijo la razón de su huida? —dijo su amiga más intrigada.

—No me dijo —inclinó la cabeza—, pero la vi triste, muy triste. Ella está mal. Presiente que algo no va bien.

—Ya lo creo —dijo Carmen—, ustedes son hermanas, deben estar unidas.

—Ella sufre mucho —Amara levantó el rostro—. La vi llorar. Quería evitar hablar conmigo. Se siente culpable. Conversé un poco con ella y me pude dar cuenta. Nos extraña. Quisiera estar con nosotras, pero algo la detiene.

—¿En dónde está ahora? ¿Te dijo?

—Me dejó una tarjeta con la dirección... decía algo de Av. Rentería... no me acuerdo exactamente —indicó Amara.

—Pues, parece que el lugar no está lejos, ¿pero que habrá sido lo que evitó que se quedara? —repitió Carmen la pregunta, pero esta vez de modo impersonal, ya no se la dirigía directamente a su amiga—, pudo haberse quedado...

—Creo, como digo, se siente culpable —interrumpió para defender a su hermana—, Tima inclinaba la cabeza para no verme de frente.

—Pobre niña —Carmen movía su cabeza de un lado a otro—. Parece que tiene una gran tristeza... puede ser depresión. Ojalá y no. Debiste prohibirle irse, puede cometer una tontería. Por lo visto tu hermana está muy afectada.

—¡Ni lo digas!, ¡ni lo digas! —Amara, que había permanecido serena estalló—. Ha sufrido mucho. Sé que permanecerá en sus cabales. Ella se marchó por su propia voluntad, no puedo obligarla a quedarse. Tima tiene sus decisiones ¿no es cierto? —Carmen calló la boca durante el resto del tiempo y procuró evitar hacer ese tipo de comentarios. Amara tenía los nervios crispados.

Carmen abrazó a Sofía, ésta reclinó la cabeza sobre uno de los hombros de su amiga. Deseaban imaginar que las cosas eran sencillas, como sacar una golosina de una envoltura y disfrutar del azúcar lentamente. Las dos chicas querían cerrar los ojos ante tanta calamidad, pero llegaba el momento de enfrentarla.

“¿Quién soy?” Amara formuló la pregunta tratando de encontrar la respuesta a su ser y encontrar la identidad perdida en quién sabe dónde. Muy pronto descubriría la importancia de ser ella, tal y como es. Nadie le impide eso, nadie.

Presente

La noche caía. Amara caminaba a casa con prisa. La noticia de la inminente muerte de su madre la dejó tensa y nerviosa. Lágrimas surcaban sus rojas mejillas.

El médico le informó que sólo había que esperar el desenlace del estado de salud de Clara. ¿En qué momento sucedió esto? Las cosas se precipitaron tan rápido, Amara no tuvo tiempo de reaccionar. Las preocupaciones fueron carcomiéndola poco a poco.

Amara buscaba torpemente las llaves de la puerta del apartamento. La oscuridad del pasillo se lo impedía. Perdió el control de los dedos, dejó caer el llavero. Amara se inclinó a recogerlas pero las fuerzas le fallaron. La amargura se volvió lágrimas. Se sentó en el suelo sin poder parar el llanto. El tiempo la envolvía con inmisericorde manto. Y la ironía consistía en que tiempo era lo menos que tenía disponible. Su madre dejaría de estar con ella dentro de poco. Tima seguiría alejada. Tima. Era necesario su retorno. Despacio y muy lento recuperó la compostura. Un poco serena, abrió sin complicación.

Encendió la luz de la sala. Cansada de tanto llorar hundió el rostro en los cojines del mueble. Quedó en silencio. La muerte de un ser querido era difícil, muere parte de uno. El desprendimiento es muy doloroso.

A su memoria llegó el recuerdo de la partida de Tima. Ignoraba cómo darle la noticia. Tima, otra vez Tima. La reacción sería imprevisible, pero tenía que enterarse. Ella podría cometer una estupidez conociendo lo impulsiva que era.

Trató de calmarse. Fue a la cocina y bebió agua con avidez. Tenía que llamarla y eso es precisamente lo que iba a hacer. Marcó el número pero al primer timbre colgó de inmediato. Quería decírselo de otra manera. Le pediría que volviera a casa, así, la tendría bajo su supervisión. Le dolería a Tima, pero estaría vigilada.

Amara descartó esa posibilidad. Ella no regresaría, aunque se lo pidiera de rodillas, y eso la dejaría más preocupada. Otra opción era ir al hotel donde estaba, decírselo en su habitación y luego traerla a casa o quedarse con ella un día. Pero no sabía con certeza si en ese momento se encontraba en el lugar. Pudo haberse salido para volver en la madrugada. No se quedaría a esperarla toda la noche en el lobby.

Concluyó que lo mejor era decirle directamente a Tima la situación. Marcó a su móvil sin pensarlo más. Tecléo y el timbre del auricular repicó tres veces. Amara temía ser “mandada” al buzón. Sonó un *click* del otro lado de la línea. Tima había contestado.

—Bueno, ¿qué pasó? —habló Tima con dulce voz y algo nerviosa.

—¡Hermanita! —fue la primera palabra que llegó a la mente de Amara—, ¿estás bien?

—Sí —respondió tranquila la otra—, precisamente pensaba en ti.

—¿En serio? —preguntó Amara atónita.

—Sí, me acordé por fortuna que tengo una hermana —hizo una pausa—. Espero que no sea tarde para recuperarla.

—No lo es —dijo Amara para tranquilizarla— y no tienes por qué recuperarla, porque nunca la perdiste. ¿En dónde estás?

—En el hotel —después hizo la pregunta del tema que Amara quería evadir—. ¿Cómo está mamá?

—De... eso quería hablarte —el silencio se escuchó en la línea telefónica, Sofía tragó aliento para retener la noticia por más tiempo—. Tima esto es complicado, permanece serena y en calma hasta que yo llegue.

—¿Por qué dices eso? —Tima se puso nerviosa—. ¿Le pasó algo a mamá? ¡Sofía! ¡Respóndeme!

—Quédate tranquila —repitió al notar el descontrol de su hermana.

—Dime que ocurrió con mamá —lagrimó Tima intuyendo la noticia.

—Tima te lo voy a decir, pero contrólate por favor. Fui hoy en la tarde al hospital y estuve con Carmen —hizo una pausa—, ahí... me dijeron...

—¿Qué, linda? —la emoción embargó a las dos. Ese adjetivo antes era dicho por Tima, refiriéndose a Amara, cuando eran adolescentes y se llevaban bien.

—Hace tiempo que no me hablas así... —la tensión invadió todos los sentidos de Amara. No se lo quería decir, no podía y menos ahora que estaba lejos de su única hermana.

—Se me acordó, linda —repitió—, ¿qué te dijeron?

—Me... —no podía decirlo, no podía, pero tenía que hacerlo— dijeron el estado de mamá. No es bueno —se le quebró la voz—. Todo lo que queda por hacer es esperar... el final. —Tima cerró los ojos.

—¿Se va a morir, ¿verdad? —era más afirmación que pregunta.

—Sí —respondió Amara—, mamá se va a morir.

Tima gimió por el teléfono. Ambas necesitaban abrazarse y llorar juntas, pero no podían. Amara, guardando la compostura, le dijo a su hermana:

—Chiquita... mañana voy a verte. Espérame por favor y trata de tranquilizarte. Estaré contigo... ya lo verás. No, mejor voy a verte ahora, en un momento llego —dijo Amara.

—No, no vengas hoy, no es necesario. Te espero mañana —respondió Tima, logrando apenas hablar.

Les fue complicado colgar, ambas deseaban estar juntas. Al terminar la llamada, Amara trajo a su mente innumerables cosas que Tima podía hacer en ese estado. Al final, dio su voto de confianza de que Tima intentaría descansar. ¿Pero quién podía descansar sabiendo cercana la muerte de un familiar? Sofía experimentó el ansia de ver pronto el amanecer. Nadie le aseguraba un nuevo día promisorio.

Presente

Colgó el celular después de recibir esa llamada. El aviso la ensombreció. Su madre estaba en el hospital. Hace unos momentos estaba con ella, y ahora se debatía entre la vida y la muerte. Todo por su culpa. En lugar de quedarse acompañándola en su enfermedad, huyó. El miedo recorrió su alma. Temía la reprimenda de Amara. Por eso huyó, para ignorar su error. Tima discutió con su madre antes de la desgracia.

La noche se llenó con tristeza proveniente del horizonte del olvido. Miró fijamente el celular, una mentira de los labios de su hermana, eso quería escuchar. Amara por venganza le dijo eso para atormentar sus nervios y estalle en llanto. No, no era mentira. Su mamá se moría. Las lágrimas cubrieron su rostro. Tima se sentó en el borde de la cama del hotel. Mamá moriría sin que ella le pudiera decir siquiera “Te quiero”. Recordó muchos momentos vividos con ella, pero la mayoría de ellos acabaron mal.

El pavor la petrificó. Escondida, vio como corría Amara en busca de ella por la escalera del departamento. Miró, entre sollozos, descender a su mamá y los paramédicos por la escalera de caracol. Clara parecía dormida, pero la realidad indicaba lo contrario.

Intentó sacudirse aquellos pensamientos. Fue al baño para tranquilizar sus crispados nervios. Temía perder la compostura. Agarró el dentífrico, sus manos temblaban indetenibles, puso con dificultad la pasta en el cepillo y el nerviosismo le impidió limpiar los dientes. El cepillo cayó al lavabo.

Tima se apoyó con ambas manos en el lavabo para calmarse. Respiró profundo, gotas de sudor cubrieron su rostro. Decidió bañarse. Buscó su ropa en las maletas. El temblor de sus manos provocó movimientos torpes, mientras abría el compartimento de su ropa. Sacó su prenda favorita: el conjunto negro de dos piezas para dormir. Lo guardó inmediatamente. La prenda atizó el recuerdo de la última discusión con su madre. Esa ropa traía puesta aquel día.

Escogió otro: el blanco de encajes. Entró al cuarto de baño. Sus pensamientos no la dejaban tranquila, eso le molestaba. Recordó cuando era niña, las innumerables veces que su mamá se acercaba a ella para conversar, Tima rechazaba su compañía. Nunca la escuchó, la evadía constantemente y la atacaba con tal de que la dejara en paz. El dolor de perder a su padre hacía el odio más acusado. El resentimiento creció en el corazón de Tima. Ya adolescente quería alejarse de su madre, vivir sola, así ninguna persona le diría qué hacer. Regresaría con su papá para estar junto a él siempre.

La poca comunicación con su progenitor la apuró para ser independiente lo más pronto posible. Los fines de semana había una llamada telefónica para ella. Hablaba largamente con él. Quería verlo, abrazarlo y le comentaba todos sus planes para irse a vivir con él. Su padre nunca la contradujo, hasta hace poco. Hace dos meses, la última conversación, él dejó en claro que no la quería a su lado. La otra mujer, le prohibió llevar a sus hijas a vivir con ellos. Eso fue un duro golpe. Tima lloró hasta el amanecer. Perdió a su padre para siempre. Aquel narrador de cuentos le rompió el corazón.

Si su padre la quería lejos, ella se iría lejos entonces. Las inquietudes de escapatoria surgieron

de nuevo, como cuando era adolescente. En venganza, haría las cosas contrarias a los consejos que su padre le dio. Huiría, sería una marcha triunfal, abandonaría a su madre malvada y a la hermana entrometida. Libre, libre por fin. El triunfo podía ya saborearse.

Sin embargo, ahora era lo opuesto. Tima huyó como perro con el rabo entre las patas. En el momento que más la necesitaba su familia, se fugó cobardemente. Nada triunfal, sino derrotada por su propio egoísmo. Cargaba el remordimiento por su reprensible actitud.

La ropa caía dificultosamente a sus pies. La desconcentración hizo perderle el rumbo. La tristeza la aprisionó con sus enormes y fuertes brazos de amargura. Hizo esfuerzos para serenarse. Giró la llave del agua fría, el líquido rodó por su cuerpo. Los recuerdos torturaron su mente, poco a poco la fueron envolviendo de culpabilidad, el peso fue cada vez mayor y la hizo sollozar inaudiblemente. Las lágrimas se confundían con el agua de la regadera que mojaba su cuerpo.

La reciente visita que hizo a Amara la dejó a la deriva. Bajó sus ropas hacia las maletas, pensaba que su hermana volvería tarde de la escuela. Eran las últimas fuerzas de su alma. Lo único que le dio a su hermana fue la dirección del hotel donde se hospedaba. Volvió a huir en un taxi.

Se apoyó en la pared, entonces quedó fundida en la tristeza. Terminó sentada en el frío suelo de la ducha. Abrazó las piernas con fuerza. Trataba de sofocar el dolor y la desesperación, resultó inútil. Se levantó con dificultad, seguía llorando mientras secaba su piel. Salió, cubriendo su cuerpo con la toalla, llegó a la cama y trató de sosegarse. No podía, giró sobre sí misma. La calma no vino.

Recordaba cómo le gritó su hermana cuando ésta quiso hacerla entrar en razón, los desplantes que le expresó, las palabras de humillación y el gozo de verla llorar. Para ella era boba. En ese instante, entendió a Amara: ella era fuerte. Siempre se preocupaba por mamá, siempre estaba atenta a ella, aun así soportaba los insultos de Tima.

“Sofía, mi hermana Sofía” repitió en su interior. “Sólo tú te atreviste a ser diferente, mi única hermana y yo te traté como basura”. Se sentía mal por haberla tratado como si no valiera nada. “Yo soy la que está mal no debí tratarlas así. Fui mala con ellas a pesar de que siempre estuvieron a mi lado. Actué como una estúpida, no les di su lugar. Realmente soy mala, muy mala”. Se castigaba en su interior.

El llanto la fue consumiendo. Se movía con más fuerza de un lado a otro en la cama. Si Clara moría nunca se lo perdonaría, ella era la causa directa de que estuviera en el hospital. Por su culpa su madre esperaba la muerte. No habría ningún milagro para mamá. ¡Ella moriría sin remedio! Amara y Tima quedarían solas.

Ya no soportó más la situación. Sentada, pensó algo. En la maleta había guardado un envase de pastillas para los nervios y otro para el dolor de cabeza. Escarbó desesperada el equipaje y halló los medicamentos. Con los ojos vidriosos los miró y tomó su decisión. Alcanzó el celular y marcó un número conocido. Nadie la acompañaba.

Presente

El timbre del teléfono sonó repentinamente. La madrugada estaba cuajando y el sonido del celular de Amara quebró el silencio. Sofía entre sueños lo oyó. Estaba sobre el buró de la cama. Se revolvió bajo las sábanas mientras hacía un esfuerzo sobrehumano para despertar. El sueño se negaba a ir. Por fin la rubia tomó el aparato restregando sus ojos. Contestó soñolienta.

—Bueno —contestó sin evitar el bostezo.

—Amara, ¿eres tú? —Sofía despertó al reconocer la voz.

—¿Tima? ¿Qué pasa? Es tarde, son las dos quince de la madrugada. ¿Cómo es que sigues despierta? —algo iba mal.

—Perdón por hablarte tan tarde. Te aseguro que no lo volveré a hacer —dijo Tima, el tono de su voz era muy triste.

—No, no te preocupes. Perdóname, no debí regañarte —se disculpó Amara.

—Ya me acostumbré ¿sabes? —continuó—, te hablé para decirte que has sido buena hermana conmigo —los ojos de Tima se enrojecieron.

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó intuyendo algo—. Mañana puedes decírmelo. No creas que no me agrada que me digas eso, sin embargo en la mañana tendremos más tiempo para hablar largo y tendido. Trata de descansar —Amara trataba de tranquilizar a su hermana. Fue una mala idea decirle eso. Ahora Tima estaba muy inquieta. Si intentaba averiguar lo que tenía en mente podría ser contraproducente.

—No, tiene que ser ahora —interrumpió Tima—. Mañana no podré hacerlo.

—Espera, no entiendo...

—Fuiste una gran persona para mí —le volvió a interrumpir—, tú siempre te preocupaste por ayudarme a encontrar la manera de llegar al camino correcto, sin embargo, nunca te hice caso. —Hablabas en tiempo pasado ¡era una despedida! concluyó Amara—. Quiero disculparme por haberme portado tan mal contigo. Yo siempre fui la boba y tú eras la inteligente. Estaba muy equivocada con respecto a ti. Si me desesperé e impacienté contigo e inclusive... te humillé, fue porque no supe reconocer la calidad de persona que eres. Por eso te pido perdón. Discúlpame, fui mala hermana. Discúlpame por lo de tus brazos. ¿Sabes? Siempre estuve orgullosa de ti, eras la única que te levantabas de todos los problemas que nos rodeaban. Cuando ese hijo de puta te dejó, no sabes que rabia me dio. Me encabroné con ese mal nacido. Me dolía verte llorar y yo era incapaz de aceptarlo. No te mereces nada de eso que te ha pasado. Tú no eres boba ni tonta, ni mucho menos estúpida, eres simplemente buena. Eres incapaz de percibir el mal de los demás. En todo momento ocultaba mis sentimientos. Yo nunca fui indiferente como tú y mamá pensaban. Realmente me dolía lo que te sucedía. Te disculpo por todo lo que me dijiste. Sé que jamás fue tu intención decirme que yo no tenía familia, lo hiciste para que recapacitara que es la única que tengo. Eres fuerte linda, sigue así. Gracias por haber sido mi hermana.

—Tima, ¿por qué me dices esto? —preguntó Amara bañada de llanto.

—Todo se acabó para mí. Siento el final —Amara se levantó bruscamente de la cama al oír tan lapidarias palabras.

—Tima... ¿de qué final hablas?...

—Sólo espero que mamá me perdone —Tima colgó inmediatamente.

Amara llamó inmediatamente a Carmen. Algo planeaba Tima y era evidente. Ella estaba sola en ese hotel y podía hacer cualquier cosa.

En su recámara, Tima sostenía los envases de medicamentos en las manos. Se paralizó por lo que iba a hacer. Dos eternos minutos la detuvieron antes de reaccionar y decidir que la vida no era para ella. Había cometido muchos errores y era necesario pagar por ellos. Mientras más pronto fuera, mejor.

Abrió la botella de agua que llevaba en su equipaje. Destapó el envase blanco de las pastillas para los nervios. Se sentó en el borde de la cama. Anticiparía el final y se dispuso a esperar que llegue.

El rostro blanco y dulce de las facciones de Tima cambiaron a una faz petrificada y perdida. Puso algunas pastillas blancas en su mano y las miró indecisa.

Cerró los ojos y puso una en su boca. Sorbió el agua y la tragó sin pensarlo dos veces. Tima sintió como el medicamento cayó en su estómago vacío. Puso otra en su mano temblorosa y sin ver la tomó. Repitió el procedimiento una y otra vez hasta que gastó el frasco completo. No pudo soportar el seco sabor de las pastillas. Intentó tomar las cápsulas del otro frasco, pero no pudo.

Se empezó a sentir mal. La cabeza le daba vueltas y se recostó en la almohada. Sentía náuseas y el estómago le empezó a fastidiar por el trabajo de digerir las medicinas. Tima oprimía su rostro con las manos, desesperada, para soportar el dolor.

Tosió un par de veces. Quería vomitar y lo hizo una vez. Su cuerpo ya estaba minado, estaba mareada, dentro de poco las pastillas acabarían con la muchacha. Un escalofrío recorrió la medula espinal de Tima que la hizo gemir.

Le vinieron a la mente las últimas palabras que le dijo a su hermana por teléfono: “Todo se acabó para mí. Ya siento el final”.

Cerró los ojos y se quedó inmóvil. Nadie podría protegerla.

34

Presente

El celular repicó inoportunamente a las altas horas de la noche. Madrugada para ser exactos. Carmen sujetó la almohada y cubrió su cabeza para no oír el timbre del aparato. Esperaba que cesara de sonar, pero el móvil seguía sonando sin parar. Carmen estaba desesperada y se revolcaba entre las sábanas.

Cansada de tanto escándalo buscó el maldito objeto y sin fijarse de quién era la llamada contestó.

—¡Oye! —gritó furiosa—. ¿Puedes dejarme en paz? ¡Trato de dormir! ¿Qué tienes en la cabeza para chingar gente a esta hora? —la respuesta no se hizo esperar.

—Carmen... ¡soy yo! —dijo Amara al otro extremo de la línea.

—Ups! —Carmen reconoció la voz y se mordió el labio inferior.

—Sí, ups —le dijo en tono burlón—. Cabrona, revisa el identificador antes de contestar.

—Amara, no creí que fueras tú. No sé quién pensé que podría ser...

—Bueno, ya basta —interrumpió Amara—. Esto es urgente.

—¿Qué pasa? —Carmen se preocupó.

—Necesito que me acompañes al hotel donde está Tima.

—¿Te habló?

—Sí, me habló y... se despidió de mí. No sé qué piensa hacer. Es urgente, ¡tenemos que ir!

—Dame la dirección —Carmen encendió la luz de su habitación y agarró de su escritorio pluma y papel.

—Es en el hotel Hidalgo en Zaragoza 248 sobre la Avenida Rentería.

—Bien, ya lo tengo —dijo Carmen.

—Te veré ahí.

—Ok —colgaron.

Después de colgar, Amara llamó un taxi. Era de madrugada y al parecer había más peligro en el mismo taxi que en las calles. El vehículo llegó rápido, al entrar al hotel miró la hora: dos treinta y cuatro de la mañana. No hacía ni veinte minutos que Tima le había hablado. La avenida Rentería estaba relativamente cerca. El corazón de la rubia empezó a palpar con fuerza.

Llegó al hotel en quince minutos. En la recepción dio la razón de su llegada. No quería imaginar lo peor, pero al comentar sobre la despedida de su hermana fue acompañada a la habitación 215 por un empleado del hotel, con una copia de la llave de la habitación. Golpearon tres veces la puerta. Sin respuesta. El empleado tomó la llave y al abrir vieron a la chica inconsciente acostada en la cama.

Amara corrió desesperada hacia ella mientras el empleado llamaba a una ambulancia. El corazón de la rubia se detuvo unos instantes. Dos muertes le serían insoportables. Cerca de Tima había dos frascos de medicina uno vacío y otro apenas tocado. No había pasado mucho tiempo desde que las ingirió. El vómito cerca de la cama era señal de su lucha por la vida.

Amara con el corazón con la mano, hizo lo necesario para tratar de salvar a Tima. Sentó el cuerpo de ella, después metió los dedos índices y de en medio suyos en la boca de Tima hasta su garganta, para así provocarle el vómito. Al instante el cuerpo respondió y sacó el resto de las pastillas del estómago.

Acostó a su hermana con la esperanza de haberla salvado. Tima empezó a reaccionar con una intensa tos. Amara repitió el procedimiento y le sacó otro tanto de pastillas. La vista de Tima se le fue aclarando y entonces reconoció a su “ángel salvador”.

—Amara estás aquí —dijo con esfuerzo, casi inaudiblemente.

—Como siempre —contestó su hermana.

—Me duele el estómago —dijo la menor.

La ambulancia llegó al lugar y llevaron a Tima al hospital más cercano, ahí las alcanzó Carmen.

Atendieron a Tima en el área de emergencias y estuvo bajo observación el resto de la madrugada. El doctor concluyó que no sufrió daño de consideración, las pastillas no estuvieron mucho tiempo en el estómago de la chica. Eso significaba que Amara podía llevársela a la casa al amanecer. A Tima le recetaron reposo, el mayor tiempo posible.

Las tres muchachas salieron del nosocomio y se dirigieron a casa de Sofía y Tima en el coche de la mamá de Carmen. Amara veía a Carmen muy lejana. A Tima le era imposible sostenerse por

el mareo que tenía y se apoyaba en el hombro de su hermana.

Eran casi las seis y media de la mañana cuando por fin llegaron. Amara ayudó a su hermana y terminó cargándola. Carmen le ayudó, subieron por el elevador. Una vez en el apartamento, Amara recostó a Tima en el mueble grande. Carmen se despidió con un beso de Amara y acarició el cabello de Tima, que dormía profundamente.

La ojiazul cerró la puerta, al acercarse a Tima, ésta entreabrió los ojos. Amara le sonrió y su hermana le respondió el gesto.

—¡Te salvé! —la emoción embargó a Amara. Colocó su mano en la cabeza de Tima. Estaba feliz de tener a su hermana de vuelta. Se hincó junto a ella.

—Sí, me salvaste —contestó ronca Tima.

—¿Sabes? —Amara tomó la palabra—, quiero pedirte que me disculpes. He sido muy dura contigo y muy prejuiciosa. Yo tampoco... he sabido entenderte —Tima estaba sorprendida, esperaba un regaño. —Discúlpame por haberte insultado. No supe comprender tus actitudes. Debí haber pensado mejor lo que decía...

—Pero yo te lastimé —interrumpió Tima—. Tus palabras eran ciertas. Tenías razón para molestarte.

—Sí, pero no quería herirte. Te confieso... he pensado mucho en mí y no me fijaba en ti. Siento todo el daño que te causé por mi indiferencia. Sin embargo, siempre he deseado lo mejor para ti.

—Eso es verdad. Tú siempre has estado a mi lado siempre. ¿Sabes? Nunca fuiste indiferente —dijo Tima con una sonrisa.

—Pero también... —los ojos azules lagrimaron—, quiero agradecerte que seas mi hermana. Aunque no lo creas, aprendo mucho de ti. Te admiro porque eres una buena estudiante y bueno... yo siempre he sido una tonta en eso. Esto es algo que nunca te había dicho —Tima quedó más que sorprendida—, me sentí horrible al ver tus bajas calificaciones y me preocupé mucho. —Tima la escuchaba callada, los ojos se le volvieron húmedos. —Me faltó escucharte y animarte para tu superación. Pero a pesar de todo siempre te he querido por ser mi hermana. Nunca me faltó amor para darte.

—Gr...gracias —dijo con esfuerzo Tima, porque el llanto le ganó.

—Te aseguro —continuó Amara Sofia—, que mamá está orgullosa de ti. De seguro ya te perdonó. Ella siempre te ha querido mucho. Lo he visto. Ella ha dado la vida y su tiempo para atendernos y desvivirse por nosotras. ¡Hoy estoy feliz porque regresaste a casa! Te juro que te extrañe.

Se abrazaron como si fuera la última vez. Lloraron la misma pena, sin embargo ahora se tenían cerca ante el terrible trance amargo de la incertidumbre. La muerte, siempre la muerte. ¿Cuándo acabaría eso? Nadie podía responder.

Presente

Tima despertó en un lugar conocido: su habitación desordenada por su intempestiva fuga. Se acomodó en la cama, quería seguir durmiendo. La inquietud le recordó la presencia de Amara, entonces el sueño se le fue. Tima ansiaba hablar con su hermana. Las noticias de su madre la habían alterado, pero desconocía a ciencia cierta el estado de Clara.

Se puso de pie pesadamente. Era de tarde, irían al hospital dentro de poco. Tomó un baño de agua caliente, se alistó y bajó las escaleras de caracol. Encontró a su hermana alistando el almuerzo sobre la mesa de la cocina. Vio unos platillos de comida china que tanto le gustaban y un gran vaso de bebida gaseosa.

—Así como cocinas voy a quedar gorda en poco tiempo —dijo Tima entre risas.

—Búrlate —le contestó su hermana—, y te lo comes.

Rieron como en los mejores días. El ánimo regresó y comieron una junto a la otra. Al terminar se miraron, Tima bajó la cara mientras Amara la veía con ternura. Sofía le levantó el rostro.

—Despreocúpate, ya pasó —le dijo para animarla.

—No todo —se entristeció— mamá está en el hospital... va a morir por mi culpa.

—Han sucedido tantas cosas —le acarició la cabeza—. Ha sido difícil y doloroso todo esto. Deja de atormentarte.

—Discutí la noche anterior con ella y...

—Basta —puso el rostro de Tima entre sus manos—. Ambas hemos fallado de una manera u otra.

—Tú no —dijo desahogándose—, tú siempre has sido buena.

—No. Eso no es cierto —Tima se quedó atónita—. A mí nunca me gustó que me trataran a gritos, varias veces se lo reclamé. —Quitó las manos del rostro de Tima. —Cuando me enteré de que andabas de un lado a otro con hombres si me disgusté, pero no estaba dispuesta a decírselo hasta que me descubrió al salir del baño. El día que te grité cuando subías la escalera me sentí muy mal, porque siempre intenté que no te trataran así.

—¿En serio? —Tima se sorprendió.

—Cada vez que había oportunidad le reclamaba su actitud hacia a ti. Yo te defendía. Sin embargo, yo tampoco la comprendía del todo. Veía que sufrías. Iba a verte cuando llorabas ¿Te has olvidado lo que compartimos? —le interrogó Amara.

—No, por supuesto que no. Me acuerdo muy bien. Ahí estuviste siempre que te necesité. Me decías palabras de consuelo o callabas para hacerme compañía.

—La comprendí mucho después de saber la verdadera razón de la separación de ella y papá —continuó Amara—. Su tristeza fue originada por esa terrible experiencia y el trauma de que su hermana se lo quitó. Tú querías mucho a papá por eso no la entendiste.

—Esa noche le eché precisamente eso en cara.

—¿Qué pasó esa noche? No te vi. ¿En dónde estabas? —le rogó Amara.

—Cuando salí de la recámara, bajé. Salí al pasillo, ahí me desesperé. Lloré de coraje por lo que me dijo mamá. Al regresar al apartamento ya no te vi en la sala, subí y te oí gritar. En ese

momento bajé las escaleras y me escondí para que no me vieras, en el baño bajo la escalera. Entré y dejé entreabierta la puerta. Vi que pasaste fugazmente. Luego llegó la ambulancia. Observé cómo llevaron a mamá, pensé que había muerto. Oí lo que decían los médicos sobre el infarto. Regresé arriba cuando se fueron todos. Te ausentaste toda la noche y me preocupé mucho, tenía miedo. Por eso decidí irme para evitar que me culparas. Tuve miedo, mucho miedo —concluyó Tima.

—Al día siguiente te vi recogiendo tus cosas, te vi y... te abofeteé— dijo Amara con pesar—. Tú huías porque tenías miedo no porque fueras indiferente ni porque no te importara. Ignoraba lo sucedido. —Amara se levantó. —Vamos a ver a mamá.

—No, no —Tima se afianzó a la silla—. no lo podré resistir.

—Confía en mí. Ahora sólo nos tenemos a nosotras. Vamos al hospital, llamaré a Carmen.

El teléfono sonó varias veces. Carmen contestó. Las dos amigas intercambiaron algunas palabras. Luego, sin decir algo, Amara y Tima fueron a la habitación de la primera. Cualquiera que fuera el desenlace, estarían presentes. Amara le prestó ropa a su hermana porque la mayoría que ésta trajo del hotel estaba sucia. Tima miró mientras Amara le pasaba las prendas, las cicatrices de los brazos. Tima las besó entre lágrimas, Amara sólo pudo responder con un abrazo entre sollozos. Una vez listas salieron en busca de un taxi que las llevó al nosocomio con rapidez.

Presente

El taxi las dejó en la puerta principal del hospital. Entraron como si fueran un manojo de nervios. En uno de los pasillos encontraron a Carmen que las esperaba. Sofía la miró. Iba a decirle cuanto lo sentía, pero el abrazo de su amiga respondió a sus dudas, la amistad continuaba. Carmen lloró un rato con Sofía. Volteó a su derecha. Al ver a Tima se congeló, no la esperaba. Los problemas pasados hicieron que Carmen pensara lo peor de ella, sin embargo, al verla en la madrugada tan indefensa y necesitada de ayuda, cambió su concepto por completo.

Carmen en el fondo deseaba el regreso de Tima. Sofía percibió la actitud de Carmen. Tima estaba todavía confusa, le hablaba o no le hablaba. Intentó decir algo, pero Carmen la abrazó muy fuerte y la dijo al oído: “Cuánto hemos deseado tu regreso”. Tima quedó conmovida, por primera vez, después de su huida, se sentía feliz. Abrazó a su nueva amiga. Ninguna había dormido bien. La mañana fue larga. La tarde sería el telón de fondo de ese largo día.

Clara convalecía en la siguiente puerta. Las hermanas sólo deseaban entrar para despedirse de su madre. Aguantaron su tristeza hasta que Carmen consiguió el permiso. Antes de pasar a la habitación, Tima dudó: “No estoy lista”. Sofía le dijo: “Yo tampoco”. La tomó del brazo y entraron.

La habitación emanaba un aire tenso, la blancura de las paredes reflejaba la luz del sol filtrada por la ventana. Clara parecía dormida, sus signos vitales habían bajado de ritmo. Usaba todavía el respirador de oxígeno.

—A ella le gusta vernos juntas —sonrió triste Sofía—, como hoy.

—Recuerdas como nos regañaba cuando peleábamos —dijo Tima—, aun así te mandaba a verme como me encontraba después de haberme regañado.

Las dos deseaban que su madre abriera los ojos. El tiempo que tenían para estar ahí era breve, no podían despedirse largamente. El desenlace era difícil e incierto. Lo más seguro era que sería la última vez que la vieran.

Los nervios y las emociones mermaron la fortaleza de las dos y provocó el llanto de ellas. La idea de la muerte las embargó por completo. Tima fue la primera que cedió y se hincó junto a la cama. Acarició la mano derecha de su mamá con sus dos manos. Cerró las palmas como si así pudiera retener a su madre para que no haga el viaje definitivo.

—Mamá —habló Tima—, si me escuchas... te pido que me perdones. Perdóname por lo mal que me he portado. Perdona mi soberbia. Perdona mi grosería. ¡Jamás fue mi intención tratarte mal! ¡No supe comprenderte! No pude ser buena hija. Ojalá tuviera otra oportunidad para decirte cuanto te quiero. Quisiera que te quedaras y abrieras los ojos para ver a tu hija arrepentida aquí. Que vieras el fin de año de mi licenciatura y la graduación de Sofía. No te vayas mamá. Perdóname por no amarte como debí haberlo hecho.

Sollozó. Recostó la cabeza sobre la mano de Clara. Sofía se hincó junto a su hermana se abrazó de ella. Ambas lloraron.

Cuando las lágrimas fueron suficientes cesó el llanto. Las hermanas estaban recostadas con los ojos cerrados, sentían latir el corazón velozmente una de la otra. Se quedaron durante unos

momentos así. Tima pensó que estaba soñando, la tristeza le vencía. En ese instante unos dedos reposaron sobre su cabeza y le acariciaron el cabello. “Es Sofía” pensó. Pero después escuchó una voz que le dijo: “Cómo no voy a perdonarte si eres mi hija”.

Las hermanas levantaron la cabeza y abrieron al instante los ojos. Asombradas vieron a su madre que les sonreían con ternura.

—¡Mamá! —gritaron ambas, habían callado esa emoción durante un largo tiempo. Las tres se abrazaron con una alegría indescriptible.

Todo apuntaba hacia un final trágico, pero algo pasó.

—Mamá regresó, regresó —expresó Tima, feliz.

Entonces Sofía pensó: “La razón no es suficiente para comprender todas las cosas”.

Meses después

Las semanas transcurrieron con velocidad. El ciclo escolar terminó. Hubo una notable sorpresa: Sofía obtuvo el promedio más alto de su curso. Tima recuperó lo que era suyo y logró otro reconocimiento en su primer año de carrera.

El sol posaba en el horizonte de un nuevo día. Amara y Carmen visitaban la Universidad por última vez previa a las vacaciones. Recordaron los sucesos tristes y alegres. Recorrieron los pasillos y jardines. Tomaron asiento en las bancas cercanas y conversaron de lo nuevo en estos últimos meses.

—Pasó rápido el año ¿no es así? —dijo sonriente Sofía.

—Tienes razón —mencionó Carmen—, además fue un año raro.

—¡Oye! —dijo Sofía como si recordara algo importante—. ¿Supiste lo que le pasó a Arturo?

—No, ¿qué le pasó ahora a ese idiota? —preguntó Carmen con su típico tono sarcástico.

—No volverá el próximo curso —dijo la rubia.

—¿Por qué?

—No tuvo el promedio para continuar en la Universidad —sonrió Amara—. Reprobó varias materias y tiene que regresar a Hidalgo.

—Pues ni modo —dijo Carmen encogiéndose en hombros— le faltó cabeza. Por cierto —habló Carmen en tono secreto —sacaron a Deniseye también.

—¿En serio?

—Sí, debió todas sus materias —quedó pensando un rato—, creo que la única aprobada fue la de prostitución.

—Eres una cabrona —dijo Amara entre risas.

—Te aseguro que la pasó con cien.

—A propósito —Sofía quería averiguar algo—, sé que es uno de tu secretos mejor guardados, pero ¿puedes decirme la razón de tu odio hacia Deniseye?

—Si te dijera, simples celos, no estarías satisfecha ¿verdad? —Sofía movió la cabeza de un lado a otro—. Está bien. Ella era una de mis amigas desde la secundaria —Sofía quedó con la boca abierta—. Una amiga muy cercana. Compartíamos todo. Sólo que ella pensó que el novio también entraba en eso. Mi novio en tercero de secundaria me dejó por ella. Sentí un coraje tremendo. No los volví a hablar. Al entrar a la Universidad la encontré de nuevo. Me sentí humillada. Desaté mi furia en ella. Me amargaba todo lo que hacía. Entonces empecé a burlarme de sus atributos, esos eran sus fortalezas. Quería destruirlas. Me sentí deshecha. Fue cuando te conocí. Supe que eras buena persona. Mis ex —amigos dejaron de hablarme porque Deniseye era más popular, agregando que discutí con ella varias veces. Ese día, al descubrirla con Arturo me dolió. Te lo oculté porque deseaba lo mejor para ti. Ella también te hirió. No quería que sufieras como yo —Amara no supo qué decir.

—Gracias —dijo después de meditarlo un poco. Abrazó a Carmen—. Eres una gran amiga.

—Tú también.

—Casi lo olvido, Tima me espera —Sofía agarró su mochila y se puso de pie.

—¿A dónde van? —preguntó curiosa Carmen.

—Al cine, mientras mamá recibe la visita de una amiga en la casa.

—Es sorprendente su recuperación. ¿Supieron los doctores qué pasó?

—Ninguno pudo explicarme —Sofía se encogió de hombros—. Sólo afirmaron: “Tiene muchas ganas de vivir”.

—Me alegra —Carmen tuvo una idea. —Espera, les puedo llevar a ti y a tu hermana al cine — se levantó como resorte.

—¿En qué?

—Mi mamá me regaló su auto porque se compró otro nuevo —dijo la castaña, chispeante de alegría—. Es bueno para empezar. Puedo llevarlas si quieres.

—Está bien. Acepto tu invitación.

—Te haces mucho de rogar, pero antes de eso —tomó a Sofía por el brazo.

—¿Pasa algo? —volteó.

—¿Te acuerdas de que una vez me comentaste acerca de un sueño? —Sofía asintió con una sonrisa.

—Sí, lo recuerdo —contestó la rubia, eso era algo que nunca olvidaría.

—¿Y también de la vez que me preguntaste si yo sabía quién eres?

—Lo recuerdo. Me dijiste que no podías darme una respuesta.

—Después de todos estos acontecimientos —Carmen empezó a hablar con un tono muy animado —, ahora me siento capaz de darte la respuesta que me pides —Sofía sonrió. —Escucha, tú me preguntaste: “¿Quién soy yo?” y hoy te puedo decir quién eres —hizo una pausa para darle algo de solemnidad al momento—. Tú eres Amara Sofía, pareces débil pero tienes un espíritu fuerte porque en los momentos difíciles te levantas emprendiendo un gran vuelo. A pesar de que tienes ideales o sueños imposibles y aunque te digan que no pueden realizarse, tú perseveras hasta alcanzar el fin. Tu sufrimiento tiene valor. Eres valiente al enfrentar tus miedos y siempre, ¡siempre! eres tú misma. Tú eres Amara Sofía. La Amada Sofía. ¡Nunca lo olvides!

—Gracias, muchas gracias. Esa era la respuesta que me faltaba —ambas sonrieron y se dirigieron al vehículo.

—Tima, ¿estás ahí? —llamó Sofía desde su celular en el auto de Carmen, mientras iban al edificio.

—Sí, estoy aquí en la casa —contestó Tima con un tono muy alegre.

—¿Estás lista? —preguntó Sofía ansiosa.

—Dentro de un momento. Estoy preparando la comida ya que mamá no puede acercarse al microondas por el marcapasos. Además, llegó su amiga.

—¿Quién es? —preguntó Carmen.

—Es una amiga que conoció en el hospital —respondió Sofía cubriendo el celular—. Mientras la daban de alta, conversó con una señora de la cama contigua. Se llama Silvia. Se hicieron buenas amigas.

—¿Qué está haciendo Tima? —preguntó Carmen de nuevo.

—Cocinando —respondió Sofía—. ¿Hace cuánto que llegó su amiga? —preguntó Amara a su hermana.

—Unos cuantos minutos —informó.

—Entonces las veo en el apartamento —le avisó la rubia.

—¿Vienes sola? —preguntó Tima—. Escuché una voz.

—No, Carmen viene conmigo.

—Ok. Entonces las espero —dijo y colgó.

Sofía y Carmen llegaron al edificio. Sofía llamó a la puerta. Tima abrió de inmediato. Ella saludó a Carmen con familiaridad. Le dejó de decir “chismosa” para llamarla “amiga”. Carmen le dio un prolongado abrazo a Clara. Saludó a Silvia. Ésta era una paciente que fue intervenida en el hospital por una hernia.

Carmen llevó a las hermanas hasta el cine, y se despidieron de ella. Sofía y Tima se fueron juntas entrelazadas de los brazos. Por fin juntas. Nadie era más feliz.

ADDENDA

(Prescindible)

Tú eres Amara Sofía, la Amada Sabiduría. La eternamente buscada y difícilmente encontrada. Tú te das a los que verdaderamente te merecen y los buscas sin cesar. En ti parece repleto el horizonte de felicidad e introspección. Es una tendencia de nuestro ser buscarte.

Quieres ayudar a hombres y mujeres en las alegrías y penas. A veces, el ser humano, obstinado en sí mismo, huye de tu luz para buscar la oscuridad por conveniencia en busca de un bien aparente. Aun así lo alcanzas y lo invitas a tu casa para conducirlo por un camino por la playa mientras escucha el murmullo del mar.

Ante la nada estás parada. Hablas al hombre, pero él ni responde ni contesta ni oye. Sin embargo, a los que te hacen caso te acercas enamorada para disfrutar del cortejo de los que te aman hasta dejarte alcanzar.

A veces lo haces a propósito y te escapas del ser humano para obligarlo a buscarte, para saber si su interés es realmente sincero. A veces lo ves vencido y derrotado, vas a buscarlo, lo salvas de la nada de su existencia para llevarlo en tus brazos de nuevo a casa. Quieres a los hombres porque ellos ansían la verdad. Llamas a cada uno sin descansar. Afortunado el que te escuche.

Estás ahí siempre entre la nada y el hombre; entre su mundo y él; entre la gente y su individualidad. Esperas la respuesta de él para ir a su encuentro. No te cansas de esperar.

Eres antigua y nueva a la vez. Pareces fuera de nosotros cuando en realidad estás dentro; sí estás fuera —o en una verdad fuera—, pero de lo que vemos.

Tú eres la Amada Sabiduría. En tu nombre, Amar—a Sofía, está el verdadero camino para que el hombre alcance su fin. Para llegar a la verdad. Nos invitas a pensar y reflexionar sobre nosotros, el mundo y la trascendencia. Eres la eternamente buscada y la difícilmente hallada. Es tarea del ser humano aceptarte y abrir su mente a ti, en la experiencia de vida. Es tarea nuestra Amarte Sofía, Amara Sofía.

«Cantaban las Musas que habitan
las mansiones olímpicas,
las nueve hijas nacidas del
poderoso Zeus.
Calíope es la más importante de
todas,
pues ella asiste a los venerables
reyes».

HESÍODO, *Teogonía*, 1-103

